

BiCentenario

el ayer y hoy de México



Un impopular ministro
estadunidense

Una hija de don Benito
y viuda porfiriana

Trámites absurdos

47



ÍNDICE

ARTÍCULOS **06**–Las Leyes de Reforma y su aplicación en la capital mexicana. **PABLO MUÑOZ BRAVO** | **16**–Hija de un presidente mexicano y rica viuda porfiriana. **MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ** | **24**–P. H. Morgan, un ministro impopular. **ALFREDO GÓMEZ RUVALCABA** | **32**–Luis de la Rosa y la revolución de Texas. **DANIEL SOTOMAYOR VELA** | **40**–Bato, pachuco, ese. **VIRGINIA MEDINA ÁVILA** | **48**–La irrupción de los “Azules” sonorenses, *hippies* nortños. **CUI-TLAHUAC ALFONSO GALAVIZ MIRANDA** ¶ **DESDE HOY** **56**–Mi abuelita intenta construir casa en Coyoacán. **LA NIETA JUSTICIERA** ¶ **TESTIMONIO** **64**–El Plan de Guadalupe. Un documento fundacional. **EDWIN ALBERTO ÁLVAREZ SÁNCHEZ** ¶ **ARTE** **72**–Juan García Ponce y el privilegio de la mirada en el arte. **ÁNGEL AURELIO GONZÁLEZ AMOZORRUTIA** ¶ **CUENTO** **78**–Lorenzo, “El Mixe”. **MODESTA FONTICOB** ¶ **ENTREVISTA** **86**–El cine no es improvisación: Roberto Gavaldón. **GRAZIELLA ALTAMIRANO** ¶ **SEPIA** **96**–Un destino singular. **GUADALUPE VILLA G.** ♡

Portada:
Diseño a partir de Luis Valdez, *Zoot Suit*,
cartel publicitario, 1981. Colección particular

BiCENTENARIO. EL AYER Y HOY DE MÉXICO
vol. 12, núm. 47, enero-marzo de 2020, es una publicación trimestral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C. P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 5598 3777/1152 y 1193

www.mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 5598 3777/1152 y 1193

CONSEJO EDITORIAL
Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Héctor Luis Zarauz López
Iconografía: **Ramón Aureliano Alarcón**
Asistente editorial: **Norberto Nava Bonilla**
Diseño editorial: **Héctor Gómez**

EDITORIAL

Las páginas de este nuevo número de *BiCentenario* conllevan una serie de artículos que llamarán la atención del lector. Abarcan distintos momentos de nuestra historia, desde el siglo XIX hasta la actualidad. A través de ellos, nos adentramos en las Leyes de Reforma con un sentido de modernización del Estado mexicano, con la separación de los intereses públicos de los de la Iglesia, y su repercusión en la capital del país. Este artículo nos muestra el provecho que de ellas sacaron algunos negociantes y cómo propiciaron un crecimiento de la ciudad en perjuicio de los pueblos indígenas.

En “Hija de un presidente y rica viuda porfiriana” se nos revela la vida de Felicitas Juárez Maza y nos lleva a entender su existencia en función de la de su padre con el transcurrir provinciano, con los exilios en Nueva York y su regreso a la ciudad de México; en sus aprendizajes de señorita del siglo XIX con sus paseos, óperas y tertulias; con su inserción en la *crème* de la sociedad mexicana que la llevó a casarse con un rico español que supo acrecentar su fortuna, a la que unió la herencia de los Juárez Maza, los padres de su esposa.

Otros textos nos llevan a conocer las distintas relaciones que hemos sostenido a lo largo de los años con Estados Unidos, después de la guerra contra México y durante la revolución mexicana. En tiempos de don Porfirio, el manejo diplomático por parte del vecino país nortño rindió buenos frutos con la gestión de P. H. Morgan. Tiempo después, los conflictos revolucionarios de México repercutirían en la frontera norte e incluso favorecerían una posible independencia de Texas, en favor de los *outsiders*, los de origen mexicano, con el texano Luis de la Rosa asumido como líder de los alzados, los perseguidos por los Texas Rangers.

Los mexicanos en Estados Unidos son también vistos desde los “pachucos”, aquellos mexicanos en territorio “gringo” que, para mostrar una “pertenencia”, se vestían, peinaban, expresaban, bailaban y se conducían de una determinada manera que los diferenciaba de los otros. Esos “pochos”, que iban contra las convenciones, crearon una cultura urbana que impactó e incomodó a los estadounidenses. Pero si los pachucos dieron de qué hablar, los “Azules”, los *hippies* de Sonora, fueron el centro de atención de la prensa, la sociedad y las autoridades locales en los años sesenta y setenta del siglo XX. Estos jóvenes, que emulaban al movimiento de contracultura californiano de “paz y amor”, de uso de drogas, de libertad sexual, pero también del

gusto por las artes, la música y la literatura, son abordados en otro de nuestros textos.

Frente a esos *hippies* desafiantes, nos topamos con una abuela del siglo XXI, del 2019, una mujer tenaz que, en busca de su sueño de “construir su casa”, se enfrenta a la dura realidad de los trámites burocráticos que le van desdibujando la sonrisa inicial y la van llevando por el enredo de las oficinas de una alcaldía de la Ciudad de México, con sus sellos y permisos, con las nuevas legislaciones y los funcionarios ineptos... que la enfrentan con la realidad cotidiana de una ciudad que cada día se inventa códigos y normas que roban la ilusión a quienes, con muchos esfuerzos, logran forjar un patrimonio para construir un hogar.

Por su parte, “Lorenzo, el mixe” es el cuento que nos narra una historia de dolor: la de un joven oaxaqueño que huye de su padre y enfrenta una serie de peripecias en plena época revolucionaria, que le provocan angustia y temor y que, a la postre, le llevarían a descubrir una dura verdad.

El origen de nuestras fuerzas armadas es el tema que aborda la sección Testimonio. Ahí se nos revela la importancia del Plan de Guadalupe como documento fundacional, con su artículo 4º que establece la existencia de un ejército constitucionalista, a cuya cabeza estaría Venustiano Carranza, en calidad de primer jefe.

Dos textos que nos hablan de arte en distintas manifestaciones cierran este número. Uno dedicado a Juan García Ponce, aquel escritor de la década de 1960 que propugnó por la libertad del arte, al considerar que la estética existente asfixiaba y el discurso se agotaba. Luchó y logró posicionarse como un crítico para la literatura y la pintura y encabezar nuevos caminos de expresión artística en tiempos difíciles, como en el 68, cuando la censura y la persecución estuvieron vigentes. El otro, se ocupa del gran director de la época de oro del cine mexicano, Roberto Gavaldón. La entrevista nos devela la pasión de un hombre por el séptimo arte; el tino del director que supo encontrar a los grandes guionistas, fotógrafos y actores como compañeros de aventuras; al hacedor de grandes películas como *La barraca*, *Macario* y *La escondida*, que le brindaron grandes satisfacciones.

Sin duda, la lectura de este número de *BiCentenario* será muy grata al acercarnos a personajes y acontecimientos de la historia de México y al brindarnos una imagen renovada de nuestros pasado y presente.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
Directora General
Dra. Diana Guillén
Director de Investigación
Dr. Gerardo Gurza Lavalle
Director de Docencia
Dr. Héctor Luis Zarauz López
Director de Administración y Finanzas
Mtro. Roberto Escobar Caballero

Editora responsable: Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresión de tiraje en Impresora y Encuadernadora Progreso S. A. de C.V (IEPSA) Calz. San Lorenzo 244, Col. Paraje de San Juan, Alcaldía Iztapalapa, C. P. 09830, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en diciembre de 2019. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

Por amor a la historia



En un edificio porfiriano en el centro de Pachuca, el Archivo Histórico y Museo de Minería alberga grandes colecciones documentales, una biblioteca-hemeroteca, el museo, y un laboratorio fotográfico. Creado por una asociación civil en 1987, fundamenta la historia minera de Hidalgo de 1556 a 1967.

¿Sabías que...?



Después de que, obligados por Victoriano Huerta, Francisco I. Madero y José María Pino Suárez presentaron su renuncia, Pedro Lascuráin, como encargado del despacho de Relaciones Exteriores y conforme a la Constitución de 1857, se convirtió en presidente interino el 19 de febrero de 1913. Su mandato duró tan sólo de las 17:15 a las 18:00 horas.

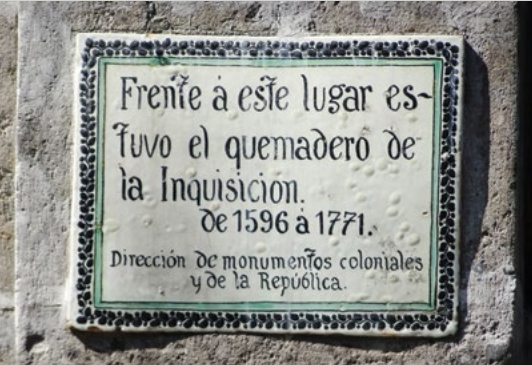
Correo del lector

ED –Gracias al Enmascarado de Plata, el cine mexicano no se hundió hasta el fondo durante los años setenta.
IG –¡Y Blue Demon con él, dando a conocer nuestro cine hasta en otros continentes!
ED –En efecto, aunque el Demonio Azul debió su fama a que el Plateado abriera brecha en el cine de luchadores y lo invitara a participar en este subgénero cinematográfico.



Reloj de arena

9 de marzo de 1820



Fernando VII declara abolido el tribunal de la Inquisición en el imperio español, de acuerdo con la Constitución de Cádiz, y ordena que se libere de inmediato a todos los presos por sus opiniones políticas o religiosas.

2 de enero de 1870



Se levanta el acta de defunción de la señora Margarita Maza de Juárez, fallecida a las 16:30 horas, en la casa del Puente Levadizo de la colonia de Arquitectos, a causa de una diarrea. Tenía 44 años de edad. Era originaria de Oaxaca y estaba casada con el abogado Benito Juárez.

6 de febrero de 1920



Convocados por el presidente Venustiano Carranza, 17 gobernadores se reúnen en la ciudad de México, a fin de conocer al candidato, Ignacio Bonillas, que habría de sustituirlo en el cargo. No asisten los mandatarios de Sonora, Tabasco y Michoacán.

7 de marzo de 1970



Ocurre un eclipse solar total. Su recorrido comienza en el océano Pacífico, cruza el istmo de Tehuantepec, el golfo de México, la península de Florida, la costa este de Estados Unidos y finaliza en el norte del Atlántico. Su duración en Miahuatlán, Oaxaca, es de 3:28 minutos.

i Archivo Histórico y Museo de Minería, Pachuca, Hidalgo, 2017. Fotografía de RubenHM, Wikimedia commons. | **ii** EPedro Lascuráin, ca. 1910. Library of Congress, Estados Unidos. | **iii** Frente a este lugar estuvo el quemadero de la Inquisición de 1596 a 1771, placa ubicada en la antigua iglesia de San Diego, Ciudad de México, 2016. Fotografía de Norberto Nava. | **iv** Anónimo, Margarita Maza de Juárez, óleo sobre porcelana, siglo xx, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

v Blue Demon, fotograma en Julián Soler (dir.), *Santo contra Blue Demon en la Atlántida*, 1970. Colección particular. | **vi** Ignacio Bonillas, ca. 1920, Library of Congress, Estados Unidos. | **vii** Eclipse solar visto desde Estados Unidos, 7 de marzo de 1970. NASA.

PABLO MUÑOZ BRAVO
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

06 Las Leyes de Reforma y su aplicación en la capital mexicana

Las leyes expedidas en el puerto de Veracruz en julio de 1859 –durante la guerra entre conservadores y liberales– fueron la culminación de un largo proceso de modernización del Estado mexicano y se dejaron sentir fuertemente en la capital del país.

Sin el ánimo de que el lector entienda lo anterior como una teleología o una fatalidad, pues la historia es todo menos eso, podemos ubicar el antecedente directo de estas disposiciones en las políticas del monarca español Carlos III, quien en el año de 1767 ordenó la expulsión de la Compañía de Jesús de todo su imperio, junto con la modernización de los planes de estudio de sus universidades, en lo que fue un esbozo de la futura separación entre la Iglesia y el Estado. Décadas después, durante las discusiones de la Constitución de Cádiz, se trató la propuesta de parcialización de las propiedades comunales de las corporaciones civiles y eclesiásticas, para ponerlas en circulación y crear a los nuevos ciudadanos, a quienes se quería volver pequeños propietarios, claro antecedente de la Ley Lerdo de 1856 y de la de Nacionalización de Bienes Eclesiásticos de 1859.

Ya en la época independiente, la primera en intentar “modernizar” a la sociedad mexicana, fue la primera

generación liberal mexicana que encabezaron políticos importantes en nuestra historia, como José María Luis Mora, Valentín Gómez Farías, Lorenzo de Zavala, quienes siguieron la pauta marcada con anterioridad por varios intentos reformistas en el interior de la república, en estados como Jalisco, Yucatán, Oaxaca, Zacatecas y el de México, caracterizados por la disputa constante con la Iglesia a la que querían arrancar el control de la educación y del Patronato (derecho de designar a eclesiásticos de alta jerarquía y el control de una parte del diezmo). Fue así que, durante el año 1833-1834, en el gobierno del general Antonio López de Santa Anna, estos hombres buscaron la realización de la primera reforma a nivel nacional, con el fin de llevar a cabo lo ya mencionado líneas arriba: la secularización de la sociedad, la modernización de la educación y la desamortización de los bienes eclesiásticos, entre otros. Sin embargo, el intento no llegó a fructificar por la oposición de la Iglesia y de una parte de la sociedad.

i
José María Luis Mora, óleo sobre tela, 1935, Museo Nacional de las Intervenciones. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



LEYES PRERREFORMISTAS (1855-1857)

Quienes retomarían esta agenda fallida fueron un grupo de políticos nacidos en los últimos años de la independencia, la llamada “generación de la reforma”, gente como Ignacio Ramírez, Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga, Ignacio Comonfort, Guillermo Prieto, Miguel Lerdo de Tejada, Benito Juárez, José María Mata y otros más, quienes se propusieron llevarla a cabo.

En efecto, simpatizantes del liberalismo y de la república –aunque habría que señalar que todavía se enseñaba derecho canónico y varios profesores eran curas–, sintieron la necesidad de avanzar sobre los fines perseguidos por la primera generación liberal. De tal modo, la mayoría de estos en ese momento jóvenes incursionaron en la política estatal y nacional durante la guerra de intervención estadounidense de 1846-1848, cuando los duros

reveses sufridos llevaron a creer que México desaparecería del “catálogo de las naciones” al ser irremediamente absorbido por la potencia vecina del norte o alguna potencia europea.

Al realizar un diagnóstico de las causas de la derrota frente a los estadounidenses, los liberales concluyeron que lo que hacía falta para que México sobreviviera como nación era llevar a cabo la reforma política, económica y social del país. Con esta idea en mente fue que, durante la última dictadura del general Santa Anna (1853-1855), se levantó en contra de este un movimiento acaudillado por Juan Álvarez e Ignacio Comonfort, pero al que se unieron desde el exilio en Estados Unidos un grupo de liberales, entre ellos Benito Juárez, quien llegó a Acapulco con Juan Álvarez en julio de 1855, semanas antes de la salida del dictador veracruzano.



ii
José Inés Tovilla, Valentín Gómez Farías, óleo sobre tela, 1920, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

08



iii
Rodríguez, Ciudadano Benito Juárez presidente de los Estados Unidos Mejicanos, litografía en Juan B. Híjar y Haro y José M. Vigil, *Ensayo histórico del Ejército de Occidente*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

09

Juárez dio a conocer la primera ley prerreformista, la del 23 de noviembre de 1855 o Ley Juárez, que suprimía parcialmente el fuero eclesiástico y militar, misma que fue el motivo de varios levantamientos durante la presidencia interina de Ignacio Comonfort. Fue durante esta administración que se promulgó también la ley del 25 de junio de 1856, mayormente conocida como Ley Lerdo, por ser su autor el ministro de Hacienda de Comonfort, Miguel Lerdo de Tejada, la cual ordenaba la desamortización de bienes de las corporaciones civiles y eclesiásticas. Se buscaba que el mayor propietario, la Iglesia, sacara a circulación sus bienes en el campo y la ciudad para que los ciudadanos pudieran volverse pequeños propietarios, mismo sentido con el que se ordenó la venta de los bienes comunales de las corporaciones indígenas. Se daba la prioridad de la adjudicación al arrendatario del inmueble, quien a partir de esa fecha pagaba lo que habitualmente cubría a la corporación correspondiente, pero ya no como renta, sino como adelanto por la propiedad, es decir, que la Iglesia y las corporaciones civiles seguían percibiendo los pagos, el Estado sólo recibía 5% de la alcabala, que era el impuesto por la venta. Esta disposición fue muy polémica y desató más movimientos en contra del presidente Comonfort.

Otra ley prerreformista fue la de obvenciones parroquiales elaborada por el ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, José María Iglesias, el 11 de abril de 1857, conocida como Ley Iglesias, que regulaba los derechos que podía cobrar la Iglesia por la celebración de sacramentos como el bautizo y el matrimonio o por las misas y los entierros, con los que tradicionalmente se endeudaban los jornaleros y artesanos, prohibiendo su cobro en caso de que sólo ganaran lo indispensable, lo cual causó

indignación en el clero mexicano. Todo este corpus legal coadyuvó al estallido de la llamada guerra de Reforma, que se inició en enero de 1858.

LEYES DE REFORMA

La distinción que hago entre leyes prerreformistas y Leyes de Reforma tiene que ver con la radicalidad y el contexto en el que se dieron las últimas. Este *corpus* legal, dado a conocer a partir del manifiesto de Benito Juárez a la nación del 12 de julio de 1859 en Veracruz, es producto del acecho del general conservador Miguel Miramón al gobierno liberal establecido en el puerto, pero sobre todo de la larga tradición liberal de la que ya hice mención, de un proyecto más o menos acabado de nación. Sin embargo, a diferencia de sus antecedentes en la vida colonial e independiente, se declara en estas medidas la separación de la Iglesia y el Estado, la nacionalización de los bienes eclesiásticos, la supresión de las órdenes mendicantes. Al manifestarse que los bienes eclesiásticos eran y habían sido de la nación, los pagos por ellos no pasaban más a la Iglesia, sino al gobierno, de ahí su radicalidad.

Otras Leyes de Reforma fueron la creación del matrimonio y el registro civil, la secularización de cementerios y la libertad de cultos. Sus autores fueron José María Mata, Melchor Ocampo, Miguel Lerdo de Tejada y Juan Antonio de la Fuente, quienes en la línea de la tradición liberal e ilustrada pretendieron modernizar a nuestro país, apartando a la Iglesia de la vida pública y cotidiana, de los procesos que ella administraba con anterioridad, como el nacimiento y la muerte.

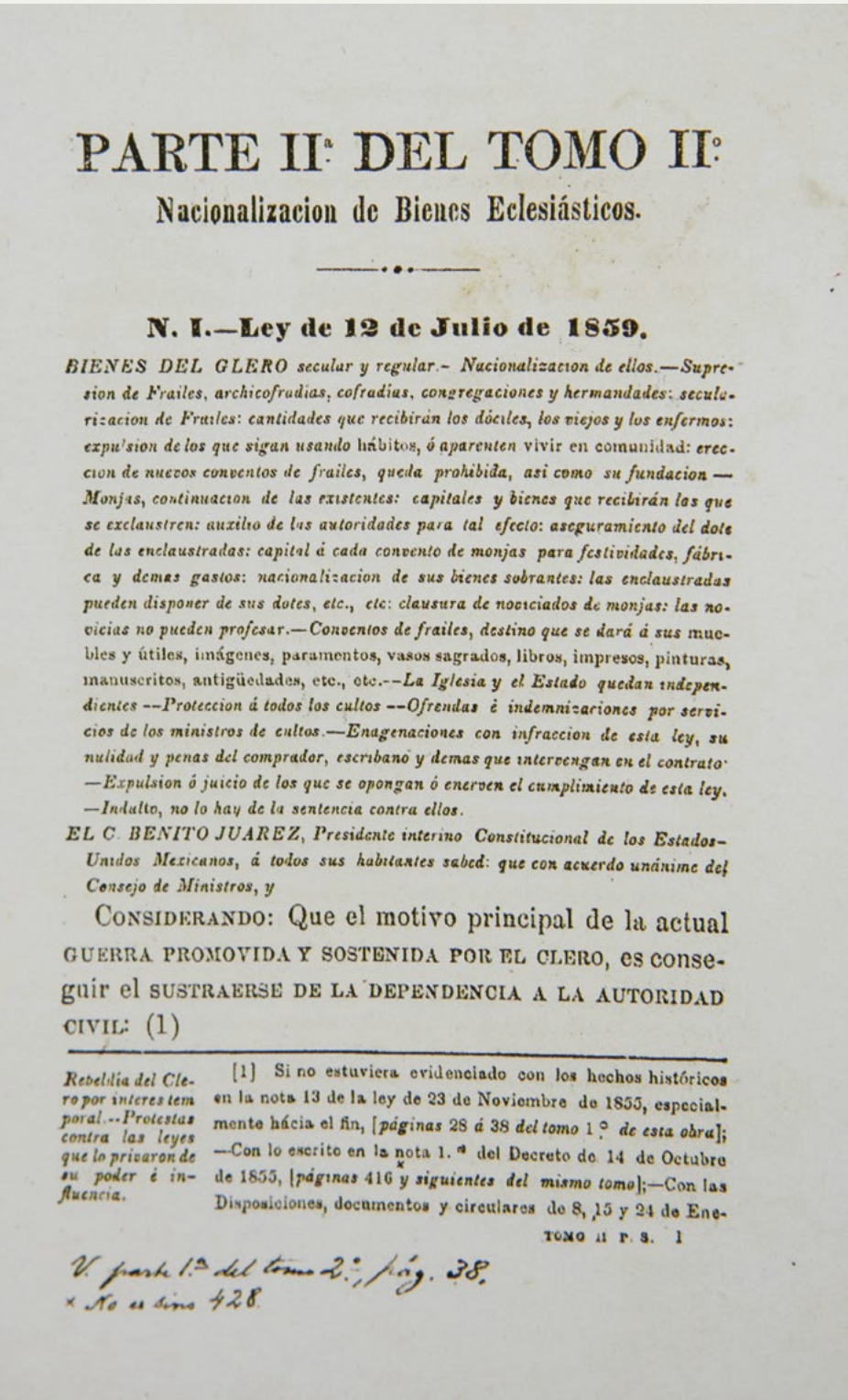
Juárez dio a conocer la primera ley prerreformista, la del 23 de noviembre de 1855 o Ley Juárez, que suprimía parcialmente el fuero eclesiástico y militar, misma que fue el motivo de varios levantamientos durante la presidencia interina de Ignacio Comonfort.

iv

Antonio González Orozco, *Entrada triunfal de Juárez a la ciudad de México el 15 de julio de 1867*, mural, 1967, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



12



▼ Ley de Nacionalización de Bienes Eclesiásticos, 12 de julio de 1859 en Código de la Reforma, o colección de leyes, decretos y supremas órdenes, expedidas desde 1856 hasta 1861, México, Imprenta Literaria, 1861. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

13

Al llegar al poder el presidente conservador Félix María Zuloaga, en enero de 1858, echó abajo todas esas desamortizaciones y varios de los que habían simulado adjudicarse las propiedades tuvieron que devolverlas a la Iglesia.

APLICACIÓN EN EL DISTRITO FEDERAL

Las leyes prerreformistas y de reforma tuvieron una aplicación intermitente en la ciudad de México, y una de ellas, quizá la más visible, la desamortización y la posterior nacionalización de bienes eclesiásticos, es el ejemplo más claro. Durante el gobierno nacional de Comonfort y el capitalino de Juan José Baz entre 1856 y 1857, la urbe sufrió una transformación radical, pues de 1 900 casas o propiedades desamortizables, se desamortizaron 1 600, todo ello como resultado de la labor del gobernador Baz y de otros liberales, como Ignacio Ramírez “el Nigromante” y José María del Castillo Velasco, quienes actuaron como “promotores” de la Ley Lerdo, orientando a la ciudadanía y llevándola ante los notarios y no sólo eso, sino otorgando las escrituras como representantes de la nación “a nombre” de la Iglesia, cuando esta se resistía a hacerlo.

Un resultado de dicha política fue que la capital –a fines de 1857– estaba desamortizada casi en su totalidad, lo cual pretendía favorecer que la incipiente clase media se volviera propietaria, pero más bien condujo al acaparamiento de la propiedad por unos pocos sujetos y compañías desamortizadoras. Algunos casos fueron los de Francisco Iniestra y Cía., y de Manuel Morales Puente y Cía., los cuales, al amparo del gobernador Baz, se hicieron de varios cientos de adjudicaciones y remates. Fue especialmente beneficiada la segunda de estas compañías, compuesta por Manuel Morales Puente, Ignacio Lopereña, Cayetano Rubio, Ramón Larraínzar e Ignacio Muñoz

Campuzano, quienes, según el historiador Jan Bazant, se quedaron con 175 propiedades con un monto de 934 821 pesos. Otros protagonistas del proceso fueron políticos liberales, que también se aprovecharon de la ley, algunos adquiriendo varias propiedades, como Manuel Payno, quien adquirió 90 000 pesos en inmuebles, o el presidente Comonfort, quien se hizo de dos haciendas en el istmo de Tehuantepec. Por su parte, Baz compró cinco propiedades en la capital, una de ellas la que habitaba desde 1838 en la calle de Meleros, actual Corregidora.

Ahora bien, aunque numerosos políticos liberales se adjudicaron propiedades, ya fuera para “poner el ejemplo a la ciudadanía” o para hacer realidad sus sueños de hacerse de bienes y lucrar con ellos, hubo políticos que mostraron su compromiso con la creación del pequeño propietario y una honradez rara vez vista, pues no adquirieron ninguna propiedad, como “el Nigromante”, Castillo Velasco y Félix María Zuloaga.

Al llegar al poder el presidente conservador Félix María Zuloaga, en enero de 1858, echó abajo estas desamortizaciones y varios de los que habían simulado adjudicarse las propiedades tuvieron que devolverlas a la Iglesia, por medio de la ley del 28 de noviembre siguiente, mediante la cual se obligó a casi todos los notarios de la capital a anular sus protocolos. Tras la nacionalización de bienes de la Iglesia de 1859 y el triunfo parcial de los liberales, estas propiedades fueron revalidadas para quienes las habían adquirido en la época de la desamortización y las que habían sido devueltas se pusieron en remate.

Las Leyes de Reforma no fueron incorporadas a la Constitución de 1857, sino hasta el año de 1873, gracias a la labor del presidente Sebastián Lerdo de Tejada y a la del diputado Juan José Baz quien condujo las discusiones en el Congreso y colaboró para su incorporación en la Carta Magna al debatir con los opositores.

LEGADO EN LA CAPITAL

Al llegar los emperadores Maximiliano y Carlota, en 1864, vieron con buenos ojos la legislación de 1859, y para descontento de la Iglesia y del partido conservador, le dieron continuidad; por tanto, las propiedades no fueron regresadas al clero. Tras el fin de la guerra de intervención francesa y el fusilamiento del emperador, las propiedades eclesiásticas fueron nacionalizadas totalmente. Lo anterior arrojó a las arcas del Estado –entre la desamortización y nacionalización hasta el año de 1867– alrededor de 23 000 000 de pesos. Fue una cantidad no muy grande (se creía que valían 100 000 000), pero dicho proceso ayudó a conseguir el apoyo a la causa liberal entre los propietarios nacionales y extranjeros que adquirieron esos bienes y quienes unieron su suerte a la causa liberal.

En el aspecto social, el proceso era de contrastes fuertes pues si bien hay indicios de que creció el número de propietarios medios y bajos, no cabe duda de que también hubo acaparamiento de las propiedades en pocas manos y se provocó el despojo de pueblos y parcialidades de indios en el ámbito rural y ciudadano. Algunas de las consecuencias de las Leyes de Reforma fueron el crecimiento de las ciudades sobre esos pueblos y parcialidades, y el triunfo del Ayuntamiento sobre otras corporaciones.

Parte del dinero recabado por la nacionalización de bienes fue utilizado por los gobiernos de Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada en la beneficencia pública y

en la educación, aunque en sus primeros años la primera fue deficiente, con respecto a como era atendida por la Iglesia, pero fue otro paso en la secularización de la capital. Un avance más fue la puesta en práctica de la libertad de cultos, pues a partir de esta ley los mexicanos pudieron practicar la religión que desearan o incluso no creer en ninguna. La instauración del matrimonio civil sirvió para obstaculizar la suplantación de identidades, los matrimonios fraudulentos, las muertes violentas para cobrar herencias, que era lo que se perseguía.

Finalmente, las Leyes de Reforma no fueron incorporadas a la Constitución de 1857, sino hasta el año de 1873, gracias a la labor del presidente Sebastián Lerdo de Tejada y a la del diputado Juan José Baz quien condujo las discusiones en el Congreso y colaboró para su incorporación en la Carta Magna al debatir con los opositores. Ambos, antiguos amigos y colaboradores de Benito Juárez, continuaron con la labor secularizadora de la sociedad mexicana, expulsando a las Hermanas de la Caridad en 1873.

El carácter laico del Estado mexicano fue sostenido por los gobiernos posrevolucionarios y mexicanos del siglo xx, y ese es un baluarte que no debe perderse para asegurar una de las libertades más valiosas que se han conseguido a lo largo de nuestra historia, la libertad de creer o no creer. Esperemos que el régimen de “la cuarta transformación” que conduce Andrés Manuel López Obrador, quien se asume como juarista, no lo olvide.



vi
José Clemente Orozco, *La Reforma y la caída del imperio*, mural, 1948, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

PARA SABER MÁS

BAZANT, JAN, *Los bienes de la Iglesia en México, 1856-1875: aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, México, El Colegio de México, 1977.

MORALES, MARÍA DOLORES, “Estructura urbana y distribución de la propiedad en la ciudad de México en 1813”, *Historia Mexicana*, 1976, en <<https://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/2813/2323>>.

MUÑOZ BRAVO, PABLO, “Los promotores de la desamortización eclesiástica en la ciudad de México, 1856-1858”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 2015, en <<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/moderna/vols/ehmc49/543.pdf>>.

Discutamos México. En la encrucijada: dictadura, república e imperio, en <<https://www.youtube.com/watch?v=kl5SRluA7eU>>.

MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ
Instituto Mora

16 **Hija de un presidente mexicano**
y rica viuda porfiriana

Felicitas Juárez Maza de Sánchez Ramos fue hija de familia, luego esposa de un gran empresario y más tarde una de las viudas más acaudaladas de México. Su presencia y redes familiares fueron fundamentales en el mundo de los negocios durante el porfiriato.

“Feli”, llamada así en confianza, nació en 1847, en la cabecera de Oaxaca donde fue bautizada en la parroquia del Sagrario Metropolitano. Adquirió prestigio inicialmente de sus padres –también oaxaqueños–, dos figuras destacadas de la historia nacional: Margarita Eustaquia Maza Parada de Juárez, mestiza de ascendencia italiana, de distinguida posición social e instruida, y Pablo Benito Juárez García, 20 años mayor que su esposa, de origen indígena zapoteco, humilde, quien tuvo abrigo y trabajo en casa de la familia Maza, y estudió la carrera de abogado. Ambos se casaron en 1843; engendraron a doce hijos, a los que bautizaron y, a los que sobrevivieron, dieron educación e inculcaron valores: Manuela, “Nela”; Felicitas, “Feli”; Margarita, “Márgara”; Soledad, “Chole”; Benito, “Benito”; las gemelas María de Jesús “Chucha” y María Josefa. Los cinco que murieron pequeños fueron: José María, “Pepe o El Negrito”; Antonio, “Antoñito”; María Guadalupe, Amada y Francisca. Por el lado paterno se sumaba un par de vástagos: Susana y Tereso.

Felicitas convivió al inicio con sus padres, sus hermanas mayores y con “Benito”, así como con otros parientes y amigos, pero no en un mismo lugar, pues habitó en diversos sitios muy lejos de Oaxaca. En esta ciudad, pasó parte de su infancia respirando el aire político que había en el hogar, y aunque no se acostumbraba que los niños se metieran en las charlas de la gente mayor, cuántas veces habrá escuchado y no comprendido lo que apremiaba a la patria conforme ella crecía y don Benito se encumbraba como el paladín del liberalismo, el hombre más importante de la nación. Fue testigo de cómo sus padres resistirían a la enorme pena de perder a varios de sus hermanitos; de cómo la familia, sus allegados, amistades y muchas personas aguantaron o no la incertidumbre política de México, cuando la república pendía de un hilo por conflictos bélicos en el interior y con el exterior, al tiempo que vivía insegura debido al bandolerismo, las rebeliones campesinas, la inestabilidad económica y los males de la salud.



i
Boda de Felicitas Juárez Maza
y Delfín Sánchez Ramos, 1868.
Archivo María Eugenia Klerian.

En su primer sexenio de vida, Feli se separó de su progenitor, quien, desterrado, partió de Veracruz a La Habana y de ahí hacia Nueva Orleans. Tanto ella como sus hermanos se fueron a la sierra con doña Margarita, quien, apoyada por unos amigos, estableció un tendajón en Etla, y así pudo sostenerlos. De regreso a su ciudad natal, en el año 55, volvió a ver a don Benito, aunque él salió del estado un bienio después, y para 1858, siendo presidente de la república e iniciada la guerra de Reforma, se trasladó con el gobierno a Guanajuato, Guadalajara y Veracruz. Doña Margarita decidió reunírsele y atravesó la Sierra Madre de Oaxaca con su prole, según dice María Elena Martínez Tamayo: “en un viaje lleno de incomodidades y peligros, sin escolta y sólo con dos arrieros [...] viajó a Ixtlán, de ahí a Talea, Valle Nacional, Tuxtepec y, finalmente, Veracruz”.

Al terminar aquel conflicto bélico, Felicitas, entrando a la adolescencia, habitó con los suyos poco más de dos años en Palacio Nacional, pero ninguno lo vivió en paz. Luego de ser ocupada la capital por los intervencionistas, en 1863, la familia se trasladó al norte del país. Sin embargo, un intento de plagio determinó que, al año siguiente, junto con su madre, sus hermanos, entre ellos Antonio y su sobrinita María, recién nacidos a mediados de 1864, se fueran a Estados Unidos bajo el cuidado de su cuñado, el liberal cubano Pedro Santacilia, “Santa”, casado con Manuela. De nuevo, Felicitas se alejaba del padre. Entre los 17 y 20 años vivió la mayor parte del tiempo en Nueva York y otro momento en Nueva Rochelle. Con base en la correspondencia que don Benito sostuvo con Feli, Nela, Beno, Santa, Matías Romero, doña Margarita, y otros amigos, conocemos anécdotas familiares curiosas; asimismo, de cuán agotada emocionalmente se hallaba la señora Juárez. Luego de perder a María Guadalupe, Amada y Francisca en México, la familia sufrió otra honda pena: Pepe murió a inicios de noviembre de 1864 y Antoñito en agosto de 1865, en Nueva York, quienes fueron embalsamados para ser sepultados al regresar a territorio mexicano, dos años después, en el panteón de San Fernando.

Nuestra protagonista había crecido y continuado entonces su educación en el país vecino del norte; aprendió inglés y piano. Una vez escribió a su papá, felicitándolo por su “santo” y de “cuelga”, le envió un cajoncito, en otra ocasión, un retrato. Entre las notas de don Benito a Santa estaban: que sus hijos se instruyeran lejos de “sectas”; que se sentía muy contento al saber que las muchachas y



ii
Margarita Maza de Juárez y sus hijas, ca. 1865. Colección Recinto Homenaje a Don Benito Juárez, SHCP.

“Beno” habían adelantado en sus estudios y porque llevaban a Margarita, “la vieja”, a la ópera para que se distrajera y no estuviese “clavando el pico”, y le alegraba que las jovencitas bailaran, lo que les haría “más provecho que rezar y darse golpes de pecho”. Aconsejó, cuando iban a regresar, que “todas traigan su velo verde para que no las mortifiquen los rayos del sol”. Estas noticias, que rescató Jorge L. Tamayo, permiten conocer que no siempre llegaba a tiempo el dinero a la familia, y también cuando partieron con sus “criados” a bordo del *Wilderness*, desde Nueva Orleans hasta nuestro país, entre junio y julio de 1867.

De vuelta en la capital, Feli se movió dentro de un círculo integrado por lo más granado de la sociedad; convivía bastante con Nela, Márgara, Chole, y a veces con otras mujeres de la elite, en paseos, tertulias, eventos públicos y en sus residencias para compartir la mesa, tomar el té, dar el pésame. Y es probable que haya visto por

Pasó parte de su infancia en Oaxaca, respirando el aire político que había en el hogar.

primera vez al hombre de su vida, el salmantino Delfín Sánchez Ramos, gracias a don Benito y Santa. Delfín había llegado de La Habana, Cuba, a Veracruz, en 1864, y, poco a poco, se relacionó con paisanos suyos como Pío Bermejillo y Vicente de la Fuente; se hizo de contactos y amigos mexicanos, entre ellos destacados políticos liberales, lo cual sería su primera llave para abrirse la puerta del éxito como negociante. Además de tener la vena empresarial, así como una inquietud continua y tenaz, en la trayectoria de Sánchez hubo otro factor de gran peso: la red familiar.

En 1868, él tenía una casa de comercio en la capital del país y solicitó entonces una carta de naturalización mexicana en septiembre; la Secretaría de Relaciones Exteriores le concedió su petición, certificando que “el súbdito español D. Delfín Sánchez ha observado en la República una conducta buena e intachable: que siempre ha tenido modo honesto de subsistir, y que en la actualidad se halla enlazado con señora mexicana, y a pedimento del interesado le expido el presente en México [...]”. Esta cita revela que, en septiembre de 1868 ya estaban casados.

Ella nunca perdió la fama de su apellido, antes bien reafirmó su posición social y seguridad económica al enlazarse con el rico comerciante. A partir de la mayoría de edad, se desempeñó como una buena esposa, quien en sus casas ubicadas en la calle de Moneda número 1, luego San Agustín número 14 y Reforma número 283, recibió a la familia, los amigos más cercanos, y otros allegados, así como a sus conocidos. Durante la etapa inicial del matrimonio, Sánchez era un negociante en ciernes que se abrió camino, con el apoyo de Feli, pues adquirió préstamos, acciones, bienes inmuebles, etc., compareciendo varias

veces ante notarios, con permiso de su marido según la usanza. En 1869, él poseía una carrocería con José Maza y José Vidal Maza, y se asoció con el último bajo la razón “Delfín Sánchez y Cía.”. Gradualmente fue haciéndose de un capital social que le facilitó entrar de lleno al grupo de políticos, constituido entre otros por Porfirio Díaz, a quien ya trataba como amigo, y al relacionarse con hacendados españoles, criollos y mexicanos, miembros de la oligarquía azucarera del naciente estado de Morelos.

La muerte de doña Margarita, en enero de 1871, y de don Benito, en julio de 1872, fueron muy dolorosos para nuestra protagonista. Como ninguno dejó testamento, en 1873 se llevó a cabo el juicio de intestado; Feli estaba en Nueva York, por lo que Delfín la representó ante notario. Aunque no se especificó lo que a ella le tocó, años después Sánchez dejó escrito en su testamento que fueron 23 567.86 pesos 1/4 y 1 500 pesos anuales que recibía por parte de la Tesorería de la Nación, además aclaró que al casarse él poseía 15 000 pesos.

La figura social de Felicitas continuó siendo notable: por ser una de las hijas de Juárez y porque destacaba como la mujer de don Delfín, quien en la época porfiriana formaba parte de un clan poderoso, de la gente rica, era ya un empresario famoso, socio de la Compañía de la Zarzuela, así como del Casino Español e importante promotor y concesionario de ferrocarriles, principalmente el de Morelos, el Interoceánico y el Nacional de Tehuantepec. En sus años cuarenta, Feli transcurría con plácido ritmo en la que parecía una era de paz, orden y progreso; como ama de casa y madre, dando instrucciones al personal doméstico, acompañando al esposo si él lo requería, y



iii
Margarita Maza de Juárez con sus hijas Manuela, Felicitas y María de Jesús, ca. 1865. Colección Recinto Homenaje a Don Benito Juárez, SHCP.

Nunca perdió la fama de su apellido, antes bien reafirmó su posición social y seguridad económica al enlazarse con el rico comerciante.

educando a sus hijas Carmen e Isabel, no dejándolas “en manos de los criados”.

Fuera de su hogar, se desenvolvió como las otras damas: vestida con elegancia para ir a reuniones sociales, al teatro y la ópera, donde solía encontrarse con sus hermanas Manuela de Santacilia, Margarita de Contreras Elizalde, Soledad de Luchichi, las gemelas Josefa de Dublán Maza y María de Jesús de Sánchez Ramos –casada con José, hermano de Delfín–; acaso con su cuñada María Klerian de Juárez Maza, y con otras mujeres de la elite, las señoras de Díaz Mori, de Gómez de la Cortina, de Iglesias, de Escandón, de De la Torre, etc., y con algunas señoritas de alta alcurnia, probablemente amigas de Carmen e Isabel. En septiembre de 1889, la familia Sánchez Juárez dio un baile en su residencia y no faltaron comentarios positivos sobre cómo se adornó la casa. Una nota del *México Gráfico* recreó con ironía el escenario y a los presentes:

Al pie de la escalera de mármol, dos enormes broncees repartían mil rayos de luz. El señor Delfín Sánchez hacía los honores a sus invitados; todo esto entre [...] plantas tropicales, murmullo de agua, vuelo de pájaros [...]. Comenzó la danza y todos [...] se sintieron transportados a las Tullerías [...]. Toda la elegancia de la corte de los Capeto se palpaba en el salón.

Las hijas de Feli se casaron con sujetos de renombre. Carmen, entre 1891 y 1892, con el comerciante Javier Algara, e Isabel con el abogado y negociante Ramón Corona, hijo, en 1898. En ese último año, además de la boda, hubo otro acontecimiento importante en la vida de la familia: el 27 de agosto murió Delfín. Pocos días antes se había accidentado con sus amigos Porfirio Díaz, hijo, y Nacho de la Torre y Mier cuando paseaban cerca de una

hacienda, propiedad de este último; el carruaje donde iban se volcó, Sánchez se dañó las costillas y con ello agravó un problema cardíaco que padecía desde joven.

En septiembre de 1898, nuestra protagonista escuchó el testamento de su marido en el que la instituyó como albacea y heredera única; poco después, otorgó poder a sus yernos, quienes realizaron operaciones notariales que aumentaron la fortuna de Felicitas, siendo muy importante la aplicación de bienes registrados en la “Testamentaría de Delfín Sánchez”, por la que aquella adquirió, entre otros, las haciendas morelenses de San Vicente, Chiconcuac, San Gaspar y Dolores. Pasó entonces a ser una de las viudas más ricas del país. Los años que le restaban de vida los compartió con amigos y familiares cercanos, en particular con sus nietos e hijas; los Algara Sánchez Juárez habitaban con ella.

Felicitas murió de un mal cardíaco a los 58 años tras regresar de un paseo con su hija Carmen el día 23 de febrero de 1905, en su residencia de Reforma, y como lo decidió, fue inhumada en el panteón español junto a su esposo. Dejó por escrito de su puño y letra cuál era su última voluntad. En la semana inicial de marzo de ese año, se abrió el testamento y se supo que el capital en su haber provenía de dos herencias: la de su “ilustre padre” y la de su “inolvidable esposo”, aunque, como ya dije, la fortuna se había incrementado. Entre otras líneas, se escuchó:

Al ocuparme de las familias de mis hermanas Margarita y Josefa no he hecho mención de sus hijos hombres [...], los he excluido [...], no por falta de afecto sino para que las señoritas que son las que más desamparo puedan tener, tengan un poco más de ayuda por mi parte, ya que los hombres con su trabajo personal tienen seguro siempre el porvenir.



iv
José Escudero y Espronceda,
Benito Juárez y Margarita Maza, óleo sobre tela, 1890,
Museo Nacional de Historia.
Secretaría de Cultura-INAH-Méx.
Reproducción autorizada por el
INAH.

Las sobrinas a las que heredó una fuerte cantidad de dinero eran: Aurelia Contreras Juárez y Manuela Mendiola y Juárez, por parte de su hermana Margarita, quien se había casado con Pedro Contreras Elizalde y después con Manuel Mendiola. Y Josefina, María, Juana, Margarita e Isabel Dublán y Juárez, hijas de su hermana Josefa, cuyo esposo y primo era Eduardo Dublán Maza. También dejó algo de efectivo a su ahijada Margarita; Josefina, el ama de llaves; Magdaleno, el mozo de comedor; Camilo, un antiguo criado de su padre, y Pascual, el jardinero; asimismo a Petra, Soledad y Francisca, si aún seguían siendo nanas de sus nietos, e hizo una deferencia a Ramona, nana de su nieta Carmelita, por haberle prestado “empeño y cuidados en mis enfermedades”. Las albaceas y mayormente beneficiadas fueron sus hijas Carmen e Isabel al

legarles una cuantiosa fortuna por montos iguales; a ellas pedía que procurasen la unión familiar y que “el día del santo” de sus nietecitos les dieran “cuelgas” a nombre de los abuelos Feli y Delfín.

Doña Felicitas Juárez Maza viuda de Sánchez Ramos había compartido la mayor parte de su espacio y tiempo con la gente que quería. Entre los suyos se le guardó siempre respeto, así como un gran cariño. Pese al abo- lengo, a la posición que guardaba en la sociedad porfiriana y a que destacó como una de las viudas más acaudaladas en el círculo social al que pertenecía, era considerada con alta estima debido a su generosidad, sobre todo por las obras de caridad que realizó a favor de varios asilos. Cuando *El Imparcial* dio la noticia del deceso, señaló que el rasgo que prevalecía en ella era la modestia.



Murió de un mal cardíaco a los 58 años tras regresar de un paseo el día 23 de febrero de 1905.

v
Hugo Breheme, *El Paseo de la Reforma*, ca. 1906.
DeGolyer Library, Southern
Methodist University. Flickr
commons.

PARA SABER MÁS

ACEVEDO, MARÍA ESTHER, *Por ser hijo del Benemérito. Una historia fragmentada, Benito Juárez Maza, 1852-1912*, México, INAH, 2011.

ARIAS GÓMEZ, MARÍA EUGENIA, “De la cuna liberal a la oligarquía porfiriana: Felicitas Juárez Maza de Sánchez”, *La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*, 2000, en <https://cdigital.uv.mx/handle/123456789/715>.

MARTÍNEZ TAMAYO, MARÍA ELENA, “Margarita Maza de Juárez” en Jorge L. Tamayo (comp.), *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, México, Libros de México, 1975, t. 15, pp. 1016-1018.

MENDIETA ALATORRE, ÁNGELES, *Margarita Maza de Juárez. Epistolario, antología, iconografía y efemérides*, México, Consejo Nacional para la Conmemoración del Centenario del Fallecimiento de don Benito Juárez, 1972.



i
Philip H. Morgan, litografía, ca. 1880. The New York Public Library.

ALFREDO GÓMEZ RUVALCABA
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

P. H. Morgan, *un ministro impopular*

La relación México-Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX estuvo marcada por el sentimiento antiimperialista de los mexicanos, derivado de la guerra de 1846 y la posterior pérdida de territorio. Empero, esto no fue obstáculo para abrir las puertas a la inversión extranjera en el primer gobierno de Porfirio Díaz y el gobierno de Manuel González, cuyas reformas facilitaron las negociaciones confiadas al enviado plenipotenciario Philip H. Morgan.

¿Cómo equilibrar el poco carisma de una persona con un asunto complejo como la diplomacia?, ¿cómo un ministro antisocial pudo sobrellevar un momento de tensión en la relación México-Estados Unidos y triunfar en el intento? Cuando Philip H. Morgan recibió en 1880 el nombramiento de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en México, su contexto no podía haber sido más adverso. El vecino del norte, bajo la presidencia de Rutherford B. Hayes, guardaba una imagen negativa entre los mexicanos, no sólo por la guerra de invasión, las anexiones y compra de territorio en el pasado, sino por su política exterior hacia México en 1877, cuando el reconocimiento diplomático al gobierno de Porfirio Díaz fue retrasado once meses, tiempo durante el cual

fue prácticamente inexistente la relación oficial. Por si fuera poco, habría que añadir la perenne actitud expansionista de Washington. El 1 de junio de 1877 Hayes había dado a conocer las órdenes que autorizaban el cruce del ejército estadounidense a territorio mexicano en persecución de los indios que asaltaban la región fronteriza. Con ello provocaba la indignación de México, pues dicho acto era violatorio de la soberanía nacional. Además, la política exterior nacionalista de Díaz, y luego de Manuel González, complicó el panorama. La labor de Morgan como ministro, entre 1880 y 1885, sólo puede entenderse considerando tales antecedentes de lo que, sorprendentemente, derivó en la integración política y económica entre México y Estados Unidos durante el porfiriato.

La labor de Morgan como ministro entre 1880 y 1885 derivó en la integración política y económica entre México y Estados Unidos.

26

Esta integración fue central en la historia diplomática de ambos países en la segunda mitad del siglo XIX. Como ha explicado el historiador Paolo Riguzzi, la suspicacia ante el vecino no desapareció, pero sí se diluyó. Y es que el país del norte inició la década de 1880 buscando nuevos mercados para ampliar sus exportaciones y, en su contraparte, México decidió buscar financiamiento extranjero, en particular estadounidense, para hacerse de tecnologías.

Es en este contexto del último tercio del siglo XIX mexicano cuando aparece Morgan. Cabe destacar la importancia de la administración González, pues en la medida en que efectuó reformas que facilitaron la inversión de capitales extranjeros, a través de concesiones ventajosas para sus dueños, su política económica determinó un mejor diálogo entre las partes. Lo anterior se refleja, por ejemplo, en los nuevos recursos dirigidos al desarrollo de infraestructura: como transportes y comunicaciones, pero también se privilegió el sector minero. No resulta extraño, entonces, que la construcción de la red ferroviaria, la aparición del telégrafo, teléfono y alumbrado eléctrico ocurrieran en esos años. De manera paralela, plasmó una política de conciliación interna con los caciques del norte, que le dio las bases para gobernar sin mayores conflictos.

Respecto a Morgan, era un personaje impopular y esto se debía a su carácter irritante, contrario al perfil idóneo para un diplomático; detestaba las reuniones y, en general, cualquier evento social que involucrara suavizarse para establecer relaciones. Era conservador en ciertos aspectos, rígido en su proceder y arisco. Para colmo, tenía problemas de salud: el reumatismo que sufrió durante su carrera lo retrataba bien. No obstante la difícil personalidad que le provocó menosprecio en la historia de las relaciones bilaterales, hay evidencia que nos permite dilucidar el papel activo que desempeñó en la apertura entre los países vecinos.

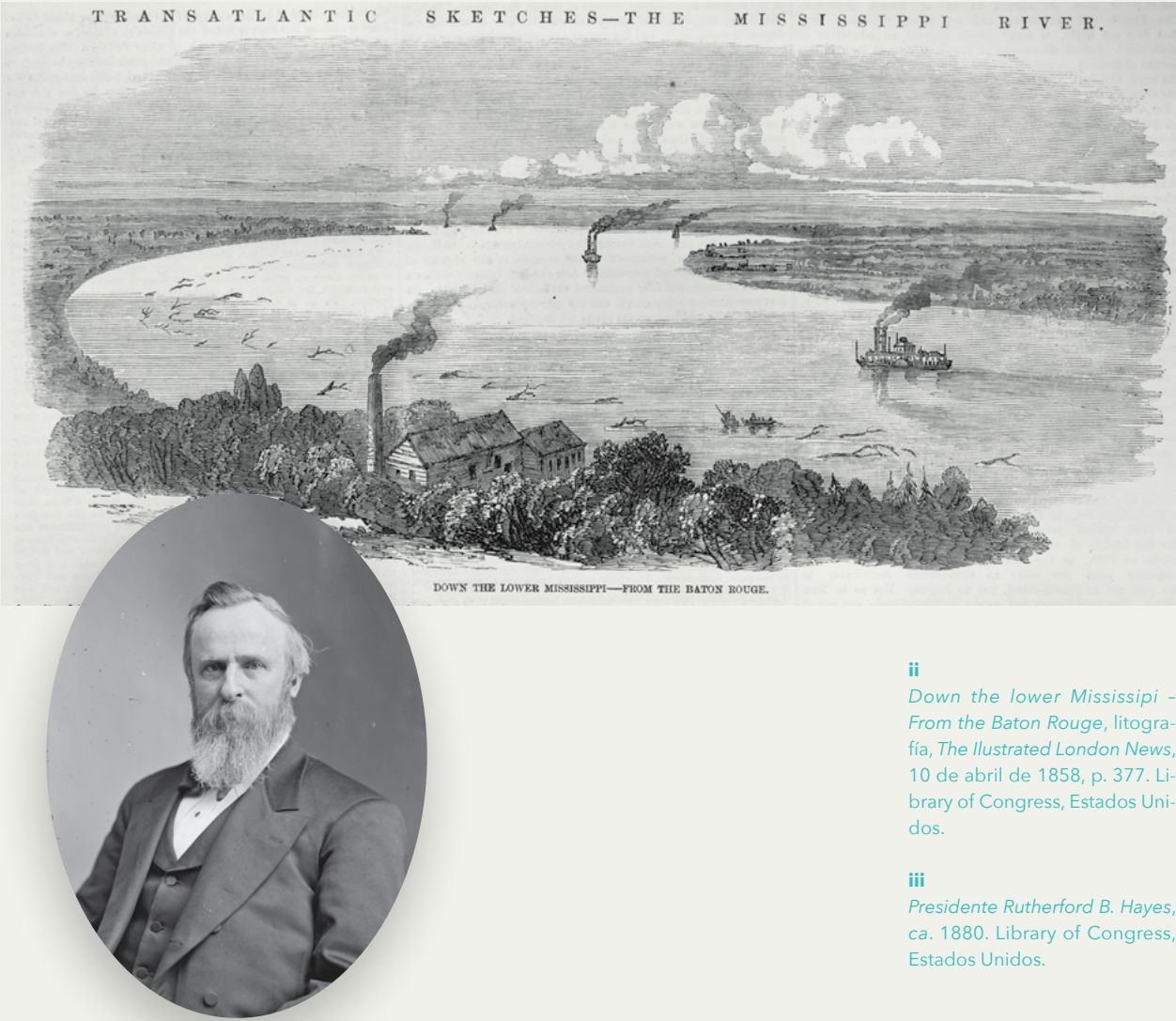
EL PERSONAJE

Philip Hicky Morgan nació en Baton Rouge, Luisiana, el 9 de noviembre de 1825 y fue un abogado republicano destacado. Sus abuelos paternos provenían de la elite de Canonsburg, Pensilvania, siendo su bisabuelo el coronel George Morgan, comerciante y agente de tribus indias, y su abuelo John Morgan. Sus padres fueron Thomas Gibbes Morgan, oriundo de Nueva Jersey, jurista prominente y cercano a la aristocracia mercantil de Nueva Orleans, y Eliza Ann McKennan. El futuro diplomático perdió a su madre a la temprana edad de cinco años. Su padre no tardó en contraer un nuevo matrimonio con Sarah Hunt Fowler, quien sería su madrastra y le daría ocho medios hermanos.

Recibió sus primeras enseñanzas en escuelas públicas de Baton Rouge. Su preparación profesional la continuó en el extranjero. Entre su juventud y el ingreso a la educación superior, viajó a La Habana, Cuba. Aunque se ignora qué hizo en la isla caribeña, su estancia le dio oportunidad de aprender el idioma español. En 1841 ingresó a la Universidad de París para estudiar leyes, esto le permitió añadir un idioma más a sus conocimientos. Cinco años después se graduó, a la edad de 21 años.

A su regreso, el joven abogado trabajó en Nueva Orleans, no en su ciudad natal, ya que su padre se había establecido ahí por aquel tiempo. Sin embargo, tuvo que aplazar la práctica de la abogacía al estallar la guerra con México, en 1846. Fue cuando Morgan se incorporó a la compañía de voluntarios de Luisiana, la llamada Phoenix Company bajo las órdenes de Albert G. Blanchard, en calidad de primer lugarteniente. Participó así en el conflicto entre mayo de 1846 y mayo de 1847. Transité por Tamaulipas, Monterrey, Coahuila y Veracruz. Debí ser para él una experiencia agobiante pues la división de voluntarios dejó a su paso acciones de indisciplina y rebeldía. No obs-

27



ii
Down the lower Mississippi - From the Baton Rouge, litografía, *The Illustrated London News*, 10 de abril de 1858, p. 377. Library of Congress, Estados Unidos.

iii
Presidente Rutherford B. Hayes, ca. 1880. Library of Congress, Estados Unidos.

Estados Unidos inició la década de 1880 buscando nuevos mercados para ampliar sus exportaciones; México financiamiento para hacerse de tecnologías.

tante, para el futuro ministro la invasión a México fue enriquecedora y quizá lo entendería años más tarde, cuando arribó a la legación estadounidense en México, por lo que en ese entonces aprendió sobre el país.

Tras acabar la guerra, Morgan comenzó propiamente a practicar su carrera de abogado junto a su padre. Se casó el 22 de mayo de 1852 con Beatrice Leslie Ford, hija de James Ford, un juez de Baton Rouge. Fruto del enlace tuvo ocho hijos, pero tres murieron antes que él, entre los 20 y los 30 años. Se estableció con su familia en la 1ª Sección de la zona alta de Nueva Orleans. Desafortunadamente, Morgan vivió los años siguientes en la adversidad. En un hecho trágico, su medio hermano, Harry, falleció en una pelea del barrio defendiendo su honor. Meses más tarde, su padre murió por enfermedad en Baton Rouge. Lo seguirían otros dos medios hermanos, Gibbes y George, defendiendo al Sur. En efecto, Luisiana, estado sureño, había entrado en guerra civil en enero de 1861, año en el que se separó de la Unión para integrarse a los Estados Confederados. Esta situación puso en aprietos a Morgan ya que él era leal a la Unión, siendo de hecho, oficial de su ejército. Pese a las diferencias, no luchó contra sus hermanos y no dejó de ayudarlos.

Al fin del conflicto, Morgan llegó a ser fiscal del distrito de Luisiana en 1866, durante la presidencia de Andrew Johnson, pero realmente se la ratificó durante el

gobierno de Ulysses S. Grant. Otro digno cargo que llevó a cabo, entre 1873 y 1876, fue el de juez de la Suprema Corte de Luisiana.

El último deber de Morgan antes de llegar a México fue en Alejandría, Egipto, donde en 1877 ocupó un lugar como juez en la Corte Internacional. Esta resultó ser una experiencia fundamental para él, pues le permitió tener habilidad conciliadora al actuar como juez de paz, pero sobre todo por la dinámica internacional del tribunal que, seguramente, le brindó el conocimiento necesario para desenvolverse en política exterior. Fue en medio de esta situación cuando el departamento de Estado de su país lo designó como ministro en México el 26 de enero de 1880.

EL DIPLOMÁTICO

Ahora bien, extrapolando las palabras del historiador Pablo Mijangos, cuya premisa, aplicada al tema, bien podría hacerse extensiva a nuestro caso: si el ministro se caracterizó por ser *impopular*, si la imagen estadounidense en México era negativa y las relaciones tensas, ¿por qué entonces Morgan representó un elemento persuasivo en la búsqueda de una buena vecindad? Creemos que el porqué



iv
La batalla de Baton Rouge, Luisiana, agosto 4 de 1862, litografía a color, ca. 1862. Library of Congress, Estados Unidos.

de tal influencia se debió, entre otras cosas, a su profesionalismo. De ahí que su personalidad compaginara un ánimo poco sociable con un carácter diligente y efectivo.

Una negociación que ejemplifica su esfuerzo por disolver el recelo de los políticos mexicanos la encontramos en la búsqueda del permiso para el cruce de tropas estadounidenses por la frontera en seguimiento de los indios. Sin vacilar un segundo, Morgan estableció vínculos con las principales figuras de la política mexicana, pues lo mismo se reunió con Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones Exteriores de México, que con José Fernández, oficial mayor de Relaciones, o con los mismos presidentes Díaz y González, para dejarles en claro la intención amistosa y de cooperación de su solicitud, así como para persuadirlos de la conveniencia de firmar un convenio que frenara los saqueos de los “bárbaros”, mismo que finalmente se llevó a cabo el 29 de julio de 1882, no sin antes haber aceptado la condición de reciprocidad impuesta por la diplomacia del porfiriato. La relevancia de Morgan, en suma, radica en su afán para contrarrestar la idea de una invasión militar.

Otro ejemplo muy ilustrativo de sus actividades en México fue el de la renegociación, a finales de 1882 y principios de 1883, de un tratado recíproco de comercio que permitiera el ingreso de productos libres de arancel de un país a otro. Pese a que Morgan no apoyaba el proyecto por completo, ni integraba la comisión negociadora y, por ende, tampoco tenía autorización del departamento de Estado para abrir pláticas con Matías Romero –ministro plenipotenciario de México en Estados Unidos–, la documentación permite asegurar, por una parte, que concilió

algunos puntos con él y, por otra, mostró su buena voluntad esta vez coincidiendo con él en lo absurdo de la creencia de que la firma de un tratado de esta clase significara una conquista económica. Así, hizo cuanto pudo para subrayar a aquellos sectores proteccionistas mexicanos que la integración comercial corregiría en todos los sentidos a la industria y producción de México. Sin embargo, el tratado, al no ser ratificado por la Cámara de Representantes del vecino del norte, no entró en vigor.

Además de estos asuntos, se encargó en México de otros problemas como los de la zona libre, el establecimiento de límites precisos al oeste del río Bravo y la convención sobre extradición. Baste por ahora con señalar su denuedo, su rigor para investigar en los archivos de la legación y su capacidad de anticiparse para resolver dichas controversias fueron algunos de los elementos que aportó a su gestión diplomática. Así, coadyuvó al tránsito de la desconfianza de la cooperación bilateral.

El 6 de junio de 1885 terminaría su misión en tierras mexicanas. Se retiró a Nueva York donde practicó derecho comercial los siguientes años. Vivió quince años más hasta su muerte el 12 de agosto de 1900. Sus restos yacen en el cementerio del condado de Allegheny, en Pittsburgh, Pensilvania.

A casi 195 años de su nacimiento, la biografía de Morgan muestra un esfuerzo por disminuir la oposición de los mexicanos hacia lo estadounidense, y en esa medida cobra realce su labor diplomática. Por último muestra, entre otras cosas, que la relación bilateral no siempre ha sido tan conflictiva como lo es hoy.

v
Porfirio Díaz, óleo sobre tela, ca. 1877, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

vi
Manuel González, presidente, óleo sobre tela, ca. 1880, Museo Nacional de las Intervenciones. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



Morgan supo combinar su ánimo poco sociable con su carácter diligente y efectivo.

PARA SABER MÁS

RIGUZZI, PAOLO, “Evolución de las relaciones económicas entre México-Estados Unidos: del porfiriato a 1929”, en https://www.youtube.com/watch?v=kwhJlOImAxs .	RIGUZZI, PAOLO, “Las relaciones de México con Estados Unidos, 1878-1888: apertura económica y políticas de seguridad”, <i>Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas</i> , 2002, en https://www.degruyter.com .	TOUSSAINT, MÓNICA, “Philip H. Morgan (1880-1885)”, <i>En el nombre del Destino Manifiesto. Guía de ministros y embajadores en México</i> , México, Instituto Mora, 1998.	VILLEGAS, SILVESTRE, “La diplomacia mexicana en el siglo XIX”, en https://www.youtube.com/watch?v=JmXSnbjDVEs .
---	---	--	---

DANIEL SOTOMAYOR VELA
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM



i Caballería estadounidense en el campamento Stewart, Texas, que será enviada para proteger la frontera con México, 1916. Library of Congress, Estados Unidos.

Luis de la Rosa y la revolución de Texas

La violencia en la frontera entre México y Estados Unidos ha sido una constante histórica, pero se incrementó durante los años de la revolución mexicana, cuando las tensiones raciales aumentaron y la región fue escenario de un enfrentamiento entre ambos países.

En la frontera norte de México y el sur de Texas hubo, durante los años de la revolución mexicana, una serie de incursiones que las autoridades de ambos países identificaron como de bandoleros, cuyo propósito era atacar ranchos de propietarios estadounidenses y mexicanos, cortar los cables telegráficos y hacer explotar las vías del ferrocarril que recorría el sur de Texas. Los ataques, ocurridos entre julio y octubre de 1915, fueron relacionados por la prensa texana con la emisión del Plan de San Diego, supuestamente proclamado en San Diego, Texas, el 6 de enero de ese año, y en una segunda versión, el 20 de febrero.

El Plan de San Diego era un manifiesto que tenía por objetivo empezar una revolución en Texas, que debía esparcirse a Nuevo México, Arizona, California, Nevada, Colorado y Utah, para combatir al gobierno de Estados Unidos, a fin de obtener la independencia socioeconómica del proletariado. Tenía la intención de aglutinar a mexicanos, negros, japoneses y apaches, quienes debían formar un Supremo Congreso Revolucionario y el Ejército Liber-

tador de las Razas y los Pueblos que declarasen la guerra a la población de origen anglosajón. Durante las incursiones, los agentes texanos identificaron a los principales cabecillas. Entre los implicados señalaron al texano Luis de la Rosa, quien se había hecho nombrar “jefe de las Operaciones desde el Cuartel General en San Antonio, Texas”.

La vida de Luis de la Rosa antes del inicio de la revolución de Texas de 1915 resulta poco clara. Es probable que naciera en Texas en la década de 1860. Se sabe que la mayor parte de su vida rondó entre los estados de Nuevo León, Tamaulipas y Texas y se especula que desempeñó algunos trabajos en el sur texano, como comisario y carnicero, también fue pequeño propietario y hasta cierto punto tuvo una vida próspera. Se especula también que fue partidario de Ricardo Flores Magón, que conocía textos de Marx y estaba a favor de la acción directa anarquista. Por otro lado, hay quienes han dicho que se dedicó al contrabando de ganado y de licor en la frontera norte durante el porfiriato.

34

No se ha esclarecido tampoco en qué momento decidió tomar parte en la revolución de Texas. No obstante, sí se tiene noticia de que tuvo contacto con otro texano: Aniceto Pizaña, quien a su lado tenía el nombramiento de Segundo en Jefe de Estado Mayor de la Revolución de Texas. Ambos lanzaron el manifiesto “La República de Texas” el 26 de agosto de 1915, en el que hicieron un llamado para que los mexicanos radicados en Texas –que vivían en condiciones precarias, sufrían de discriminación y violencia racial por parte de los Texas Rangers, los ganaderos anglosajones y las autoridades estatales– se unieran a la rebelión.

De la Rosa tuvo contacto en 1915 con el general Emiliano P. Nafarrete, con Ignacio Muñoz y otros soldados constitucionalistas, subalternos directos de Venustiano Carranza, quienes lo reconocieron como líder de la revolución de Texas. Entre julio y octubre de ese año, durante los meses más álgidos de la lucha contra Victoriano Huerta y Pancho Villa, Nafarrete estuvo al mando de la Quinta División del Noreste, como jefe de la Línea Fronteriza y jefe de armas en Matamoros. Muñoz era agente de Bienes Intervendidos en Tamaulipas; también estuvo a cargo de la hacienda La Sauteña, donde junto con Nafarrete reunió armas, municiones y caballos para De la Rosa y Pizaña. Así, en tanto que desde los estratos militares del constitucionalismo se reconocía al primero como el líder de la revolución de Texas, los cónsules y diplomáticos constitucionalistas lo señalaban como bandolero, sedicioso y cabecilla de los alzados texanos. Cabe señalar que Nafarrete negaría por la vía diplomática haber ofrecido armas a las gavillas.

A principios de agosto de 1915 se registraron en el sur de Texas, al mando de De la Rosa, ataques e incursiones contra el rancho Las Norias, cerca de Sarita, y el King Ranch, así como el asesinato de varios propietarios estadounidenses. A los pocos días, se reportaron tiroteos cerca de San Benito y Mercedes. Durante septiembre, otros asaltos y balaceras ocurrieron entre revolucionarios y autoridades locales. El resultado fue que el gobierno federal



ii

Capitán Luis de la Rosa, ca. 1914. Wikimedia commons.

prestara mayor atención a la actividad revolucionaria, observando que no se trataba de casos aislados y que había una conexión directa con México, así que presionaron a los constitucionalistas para que impidieran el paso de bandas armadas por la frontera hacia el sur de Texas.

El general Frederick Funston y el gobernador de Texas, James E. Ferguson, ordenaron al coronel A. P. Blocksom y al alguacil W. T Vann, entre otros, que persiguieran a los “alzados” texanos. En sus primeras investigaciones concluyeron que las partidas venían del lado mexicano y eran apoyadas por militares constitucionalistas, siendo el principal acusado el general Nafarrete. Se intuía, por lo demás, que Venustiano Carranza los apoyaba discretamente. De ahí que los Texas Rangers comenzaran a perseguir a los revolucionarios a fin de mantener el orden y salvaguardar los intereses de la población anglosajona. Utilizaron métodos violentos y coercitivos para lograr su cometido, aunque intensificarían su persecución a raíz del ataque al ferrocarril en Olmito la noche del 18 de octubre de 1915, cuando un grupo al mando de De la Rosa hizo estallar las vías justo al pasar el tren. El maquinista y otros pasajeros murieron de inmediato. Después, la partida abordó y asaltó a los supervivientes, dando muerte a algunos y al parecer gritando vivas a Carranza y a De la Rosa.

El primer jefe constitucionalista había ordenado ya la detención de las partidas de mexicanos que ocasionaban estragos en la frontera y el sur de Texas. Se relevó a fines de septiembre al general Nafarrete por el general Eugenio López, quien se dedicó a perseguir a los rebeldes. Sin embargo, Carranza era acusado de utilizar la revolución texana como medio de presión para que el gobierno estadounidense lo reconociera como presidente *de facto*, lo cual logró en octubre de 1915; si bien su política era la de mantener buenas relaciones con el gobierno de Woodrow Wilson, debido a que requería que no se le aplicara un embargo de armas para continuar la lucha contra los villistas en el norte del país. De ahí que después del reconocimiento las incursiones fronterizas disminuyeran y los

35

iii

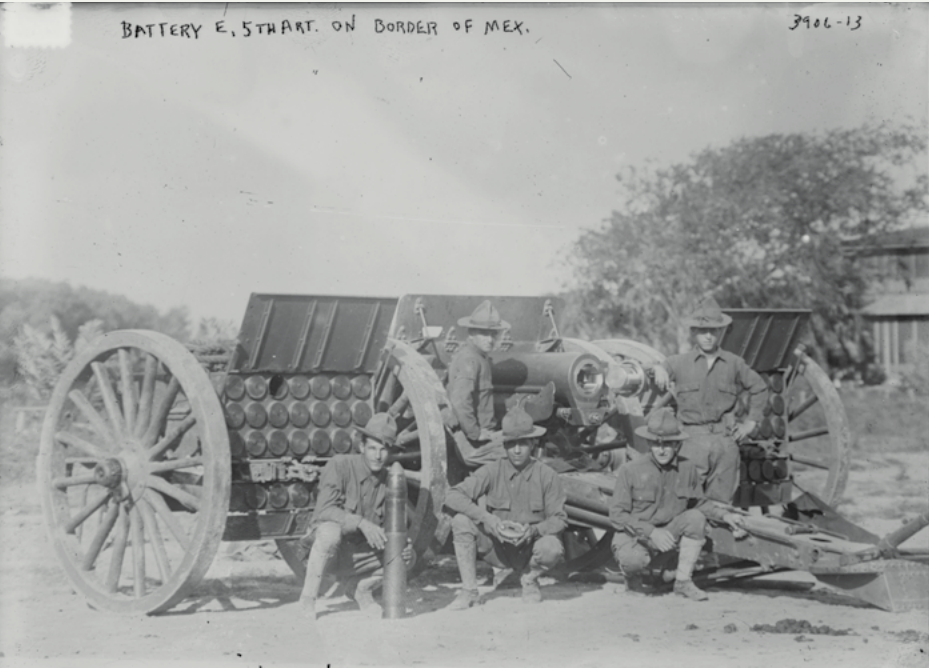
Artillería estadounidense en la frontera con México, Texas, 1916. Library of Congress, Estados Unidos.



En 1915 De la Rosa fue reconocido como líder de la revolución de Texas por Emiliano P. Nafarrete, Ignacio Muñoz y otros soldados constitucionalistas, subalternos directos de Venustiano Carranza.

iv

Batería estadounidense utilizada para defender la frontera con México, Texas, junio de 1916. Library of Congress, Estados Unidos.





v Guardia Nacional de Massachusetts cerca de El Paso, Texas, enviada para proteger la frontera con México, julio de 1916. Library of Congress, Estados Unidos.

La indignación de Villa por el reconocimiento de facto otorgado a Carranza favoreció a De la Rosa.



vi “Filibusteros” mexicanos capturados en el fuerte Hancock por estadounidenses, 1915. Library of Congress, Estados Unidos.

cónsules y otros agentes constitucionalistas pidieran que los alzados texanos fueran detenidos.

Entre fines de 1915 y principios de 1916, De la Rosa merodeó en Nuevo León y Tamaulipas. Varias veces se reportó que estaba hospedado en hoteles regiomontanos en compañía de soldados carrancistas, donde reclutaba gente para su movimiento. Carranza ordenó entonces su detención y la de Pizaña. De la Rosa debía ser fusilado de inmediato, se especula que Nafarrete siendo aún general de brigada y jefe de armas en Tamaulipas lo protegió.

La indignación de Francisco Villa por el reconocimiento *de facto* de Carranza acabaría por favorecerlo. La matanza de estadounidenses por una banda de villistas en la estación del tren de Santa Isabel, Chihuahua, el 10 de enero de 1916, y unas semanas después, el 9 de marzo, la incursión encabezada por el mismo Villa contra Columbus, Nuevo México, trastocaron las relaciones Carranza-Wilson. La tensión fronteriza se reanudó y volvió a ser apoyada por los constitucionalistas. La explicación más probable es que Carranza se valiera de ella para contrarrestar la expedición punitiva de John J. Pershing, pues aproximadamente en mayo, De la Rosa seguía en el noroeste de México, a fin de reorganizarse, conseguir adeptos y reactivar los ataques en el sur de Texas.

Entretanto, se daba una serie de discusiones y conferencias entre el secretario de Relaciones Exteriores, Cándido Aguilar, el subsecretario, Jesús Acuña, y Eliseo Arredondo, representante constitucionalista en Washington, con el secretario de Estado Robert Lansing y el agente James L. Rodgers. Lansing declaró entonces que, desde el año anterior, se había advertido a los constitucionalistas sobre el peligro que representaba y se hizo poco por detenerlo. Carranza, por su parte, insistía en que las tropas de Pershing debían salir inmediatamente de México. Cuando Lansing objetó que antes era imprescindible detener las incursiones en la frontera, la respuesta fue que estas se

organizaban en territorio estadounidense y las autoridades mexicanas nada podían hacer al respecto.

Entre tanto, con la anuencia del general Pablo González, se organizó en Nuevo León la brigada de Esteban E. Fierros, responsable de reactivar la revolución de Texas y De la Rosa formó parte de ella. Fierros entró en contacto con Agustín Garza, general en jefe del Congreso Revolucionario de San Diego y del Ejército Libertador de las Razas y los Pueblos, quien, además de proporcionarle recursos para atacar el sur texano, le expidió la credencial de general brigadier, para que pudiera reclutar gente, armas, municiones y caballos y así aumentar “las fuerzas revolucionarias” de su ejército. Hecho lo anterior, Fierros comunicó a González que ya podía transponer la frontera y comenzar las hostilidades. Su táctica fue pasar pequeños grupos de soldados durante la noche para no provocar sospechas a las autoridades. De tal modo, durante la primera quincena de junio de 1916, se reanudaron las incursiones en el sur de Texas con De la Rosa, Pizaña y varios constitucionalistas.

El 9 de junio se reportó una incursión al mando de De la Rosa, que atacó ranchos cerca de La Jarita. De acuerdo con los reportes de la prensa, los revolucionarios amenazaron a los rancheros estadounidenses para que se marcharan del lugar y robaron los caballos que encontraron. Volvieron a México por Nuevo Laredo, hicieron un campamento y durante la noche dispararon a través del límite para asustar a la población. Soldados estadounidenses intentaron perseguirlos en vano.

El *San Antonio Express* informó que el día 11 se esperaba otro ataque de los revolucionarios texanos. Por consiguiente, las tropas de Estados Unidos se dispusieron a evitarlo. También se hizo saber que Carranza había ordenado al general Alfredo Ricaut dirigirse a la zona y arrestar a De la Rosa. El 12 y 13 de junio se reportaron enfrentamientos entre militares estadounidenses y mexicanos.



vii
General Emiliano Nafarrete, ca. 1900, inv. 22724, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

Fueron prácticamente las últimas incursiones. Con la ventaja política ganada por Carranza, así como con el avance de las negociaciones relativas a la expedición punitiva, las incursiones de las fuerzas revolucionarias de Texas llegaron a su fin. Varios de sus jefes fueron perseguidos por los Texas Rangers, arrestados, interrogados y extraditados. Entre ellos estaba De la Rosa, quien fue detenido por las autoridades constitucionalistas y recibió órdenes de poner fin al movimiento armado. En efecto, aunque en 1917 él, Garza y otros intentaron encender de nuevo la flama, fracasaron. Tras estos años de violencia, el Plan de San Diego y la revolución de Texas se diluyeron y quedaron en el olvido.

Por otra parte, después del triunfo constitucionalista en 1917 comenzaron las pugnas políticas en el carran-

cismo y este comenzó a disgregarse. Se ha especulado que Nafarrete tuvo diferencias con Carranza y lo amenazó con destapar el asunto de la revolución de Texas, por lo que el presidente lo hizo asesinar. Por su parte, De la Rosa dejó la frontera norte en 1919. Con ayuda de Carranza obtuvo unas tierras en Xochimilco para trabajar y arrendarlas, sin embargo, tuvo dificultades, por lo que optó por pedir dinero y pases para viajar por ferrocarril de regreso al norte. Murió pobre y olvidado en 1930.

Si bien en México la revolución de Texas y el Plan de San Diego son poco conocidos, en el sur de Texas dejaron un legado considerable. No sólo las actividades de Luis de la Rosa y Aniceto Pizaña quedaron en las baladas, sino que las tensiones raciales persisten hasta nuestros días.

viii
Tropas texanas en la frontera con México, ca. 1915. Library of Congress, Estados Unidos.



De la Rosa dejó la frontera norte en 1919. Con ayuda de Carranza obtuvo unas tierras en Xochimilco para trabajar y arrendarlas, sin embargo, tuvo dificultades, por lo que optó por pedir dinero y pases para viajar por ferrocarril de regreso al norte.

PARA SABER MÁS

AGUILAR MORA, JORGE, *Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la revolución mexicana*, México, Era, 1990, pp. 260-359.

LARRALDE, CARLOS M., "Luis de la Rosa", *Handbook of Texas*, consultado en <https://tshaonline.org/handbook/online/articles/fdead>.

MONTEJANO, DAVID, *Anglos y mexicanos en la formación de Texas 1836-1986*, México, CONACULTA/Alianza Editorial Mexicana, 1991, pp. 133-159 (Los Noventa).

VIRGINIA MEDINA ÁVILA
FES-Acatlán, UNAM

40



i *Zoot Suits Riots* en la penitenciaría de Los Ángeles, junio de 1943. Library of Congress, Estados Unidos.

41 **Bato, pachuco, ese**

Zoot suit es la prenda de vestir que caracteriza al pachuco, al pocho, al mexicano nacido en Estados Unidos –que ni es de aquí ni es de allá–, el que funde el inglés y el español en un raro crisol, quien usa el caló como dialecto tribal que da cohesión e identidad a jóvenes socialmente discriminados.

El fenómeno social “pachuco” inicia en las ciudades fronterizas de Estados Unidos en los años veinte, y cobra mayor relevancia en las décadas de los cuarenta y cincuenta, tanto en ciudades del sur de la Unión Americana como en México. Surge de la necesidad de pertenencia y reafirmación entre las bandas de jóvenes de origen mexicano y se singulariza tanto por su vestimenta como por su conducta desafiante y su peculiar manera de hablar.

El pachuco, según Octavio Paz, “es uno de los extremos a los que puede llegar el mexicano”. Pachuco, extraña palabra que no tiene significado preciso; más bien está cargada, como toda creación popular, de una pluralidad de significados reflejados en el habla –“caló pachuco”– en el espectacular *zoot suit* (traje con saco de solapas anchas, cruzado y largo hasta cinco o diez centímetros por

debajo de las caderas), tatuajes, así como peinado de “cola de pato” que distinguen a mexicoamericanos marginados de El Paso, Tucson y Los Ángeles, hechos a una cultura urbana, más mexicana que angloamericana.

Pachuco, chuco, bato, ese. Son expresiones usadas para denominar a personas que se distinguen por el habla y estilo de vestir muy originales, tal como hemos visto a Tin Tan, en *El rey del barrio* (1945); a Víctor Parra, en *El suavequito* (1950) o a Edward James Olmos, en *Zoot Suit* (1981). Representan una riquísima manifestación cultural surgida en la primera mitad del siglo xx, entre los mexicoamericanos, mexicanos que emigraron al sur de Estados Unidos en busca de trabajo, numerosa población de la frontera norte y otras regiones de nuestro país. Aquí presento algunos textos que retratan este singular fenómeno.

El 10 de julio de 1944 apareció en la revista *Time* un artículo titulado “Autentic Pachuco” que describe a Tin Tan como “el popular mimo pachuco (*zoot-suited*) de 27 años de edad, que todas las noches de la semana se presenta en la ciudad de México en una sala musical llamada Follies Bergere”. Se trataba de un teatro de variedades ubicado sobre la avenida Gabriel Leyva, hoy Eje Central, junto a la Plaza Garibaldi, de la Ciudad de México.

42

De su apariencia externa el artículo comenta:

Tin Tan usa un erguido talle en su vestimenta negra, chaqueta amplia de terciopelo morado que le llega a las rodillas, así como una cadena de acero que le cuelga debajo de las rodillas, unos pantalones bombachos que se estrechan en los tobillos. Siempre es cariñoso y alborotador con su público [...].

Asimismo refiere que, en 1943, Tin Tan era un actor de radio poco conocido en Ciudad Juárez y que retomaba la jergonza –jerga, lenguaje especializado, difícil de comprender para las personas que no pertenecen al grupo– de las cantinas de la frontera. También se hacen comentarios acerca del éxito que ya para entonces había obtenido el cómico mexicano: contratos en el cabaret El Patio, en la XEW y en tres películas musicales: *El que la traga, la paga*; *Hotel de verano* y *El hijo desobediente*.

En otro texto, podemos ver que el estilo de vestuario del pachuco en general se basó en la moda de las décadas de 1910 y 1920, con grandes exageraciones. De este tipo de apariencia externa, tenemos una narración de Daniel Venegas en su novela *Las aventuras de don Chipote o cuando los pericos mamen*, publicada en 1928, y reeditada en 1984:

Como ya son gentes de posibles, se han comprado vestidos a la usanza de los paisanos que llegan y se arman y los cuales consisten en un traje de color azul marino con muchos botones, zapatos amarillos y sombrero texano. Además, con pantalones de campana y el saco a rayas, visten a la moda que a ellos les gusta mucho. En una de las cartas que don Chipote le envía a su familia les mandó un retrato que se tomó en la calle, con uno de los fotógrafos que los sacan luego. Como el retrato está vestido con los [pantalones] de campana, zapatos y corbata, su familia no ha podido reconocerle luego,

pero después doña Chipota ha enseñado el retrato a todas las comadres para que vean que su marido es todo un personaje en los Estados Unidos.

Otra descripción del pachuco y de su indumentaria la brinda Carlos Monsiváis, en el prólogo a *La otra cara de México: el pueblo chicano*, en 1977:

Su caracterización [anunciada por una canción: “Este es el pachuco, un sujeto singular...”] parte de una indumentaria del exceso que repite, inmovilizándola, la del pachuco angelino: sombrero de alas anchas, adornado con una pluma enorme, pantalones anchísimos, sacos con grandes solapas y hombreras puntiagudas [*zoot suits*], cintura delgada, la cadena que describe un arco de la cintura a la valenciana del pantalón. El dandismo desafiante del pachuco [...] el fruto y la premonición de las primeras luchas de los mexicanos-americanos, halla en Tin Tan su versión azucarada y festiva, su adaptación y su divulgación mexicanas.

Durante la segunda guerra mundial, la migración a las ciudades fronterizas nutrió y enriqueció esa experiencia. El conocimiento que había en México de esta parte de la república provenía en gran medida de la amplia publicidad que se daba a “la decadencia cultural y moral” (real o imaginaria) de las remotas ciudades vecinas a Estados Unidos. En Ciudad Juárez, por ejemplo, la abrumadora orientación de la economía local hacia el comercio turístico, en especial de los militares de Estados Unidos, aumentó su fama. El fácil acceso al licor barato, a las drogas, a la prostitución y a otras diversiones hizo que “las buenas conciencias” creyeran que Ciudad Juárez era una “vergüenza nacional”. La ciudad nortea adquirió entonces apodos como: Babilonia Pocha, La Ciudad Negra de México, El Pantano de la Inmoralidad, La Nueva Sodoma, La Ciudad del Pecado, entre otros calificativos denigrantes.

Y fueron estas ciudades –porque lo serían también Tijuana y Laredo– escenarios de situaciones y personajes relatados por Miguel Méndez en su novela *Peregrinos de Aztlán* (1989), como el buen “chuquito”, quien dialoga con un amigo en una cantina:

–Nel, carnal; por acá echándome una birria en Mexicles. ¿Sabes qué, ese? Ando brujas, ¿ves? Aliviáname con un toleco, camita, pa’ver si apaño avión.

43

ii
Zoot suit bailan jitterbugs en Lancaster, Pennsylvania, noviembre de 1942. Library of Congress, Estados Unidos.



Pachuco, chuco, bato, ese. Son expresiones usadas para denominar a personas que se distinguen por el habla y estilo de vestir muy originales.

iii
Zoot suit bailan jitterbugs en Lancaster, Pennsylvania, noviembre de 1942. Library of Congress, Estados Unidos.





Los pachucos crearon su propio estilo de vida, lenguaje y valores en oposición al modelo anglo-norteamericano que la juventud debía adoptar.

iv
Zoot suits en Detroit, Michigan, febrero de 1942. Library of Congress, Estados Unidos.

–Chuquito, le apuesto a que todavía es el mero campeón de la pizcada.
–¡Chale, ese! Ya estufas y calentones con ese bato ¿ve? No le pongo al jale, carnal, las baisas no me hacen help, estoy jodido del lomo, guy, la bola de, abros, buti millas corridas, ušte sabe, espueleado el bato.
–¿Qué desean tomar, señores?
–Pos yo le pongo a la birria.
–Traíganos dos cervezas por favor.
–Mándame una carta güey.
–Chuquito, no se le quita a usted lo peleonero.
–Nel, carnal, uno es como un donkey ruco, ¿ves? Rebuzna uno, ese, paque los otros burros no creyan que uno es la burra. ¿Qué no?
–Órale pinchi cat, échese otra birrionda de volada
–Usted no escarmienta. Pachuquito, no le busque.
–Puro vacil, ese, ya no tiro guante, carnaval, domás [sic.] se las rayo a los batos cuando me cain sura. ¿Sabes qué, carnal? Huáchame la birria un escante, no te borres, ese, cálmate un reclito, orita me retacho pa’ttras, domás hua levantar la pata.

Chuquito, Chuco, Pachuco. Algunos dicen que la expresión vino originalmente de México y denotaba una semejanza con las costumbres de la gente que vivía en Pachuca; otros dicen que primero fue aplicado a los bandidos fronterizos de El Paso. Pero independientemente del origen de la palabra, el estereotipo del pachuco nació en Los Ángeles.

Estados Unidos de América se vio oficialmente inmerso en la segunda guerra mundial en 1941. Un fenómeno espontáneo ocurrió en ciudades como Los Ángeles en los primeros años de esa guerra: se formaron pandillas de jóvenes mexicoamericanos como muestras de unificación, con un código de exagerada vestimenta. Los *zoot-suiters*, también conocidos como pachucos, eran jóvenes en la edad de reclutamiento o que habían sido rechazados en el servicio militar.

La formación de pandillas empezó al tiempo que se daba una gran conmoción social, debido a la movilización de la guerra. Estos jóvenes fueron desplazados socialmente porque no podían encontrar una forma de participar en los cambios económicos y sociales de una nación otra vez en guerra. Al mismo tiempo, por actitudes raciales, cualquiera que fuera visto como extranjero era sospechoso, como revela José Revueltas en *Los motivos de Caín* (1957):

Sí, de eso se trata, ¿comprendes?, dijo Bob con un ritmo apresurado, galopante, que Jack tampoco conocía. Después de una fiesta en que todos bebieron hasta caer, un grupo de pachucos, ¿sabes?, un muchacho amanece muerto a un lado de la carretera, cerca de una granja que se llama Sleepy Lagoon. Bien, al día siguiente nadie se acuerda de nada, beben como salvajes. El muchacho, en realidad, fue atropellado por un automóvil, según hemos podido establecer. La policía dice que no y comienza aprehender mexicanos en masa. Los periódicos gritan: *Alto a los pachucos, Escarmiento con esos criminales mexicanos.*

Revueltas relata también cómo el cónsul de México se limitó a decir que no eran mexicanos. Entonces, los gringos se envalentonaron y los golpearon por las calles como si de una guerra civil se tratara.

Esta tendencia cultural, como mencionamos, tuvo lugar entre amplios sectores de la juventud mexicoamericana que no entró al ejército. Fuertemente influidos por la era *Big Band*, bailaban el *jitterburg*. Con sus anchos trajes sujetos a los tobillos y su característico corte de pelo, los llamados *zoot-suiters* mostraban su desdén a las convenciones.

Para muchos mexicanos de entonces, el pachuco representaba la cristalización del *pochó*, es decir, el mexicano nacido en Estados Unidos; extraño para las dos culturas, iba y venía flotando entre el español y el inglés, era un especialista en *caló*, el argot de ese grupo social. En México, el pachuco fue percibido como una caricatura de los estadounidenses, mientras que en Estados Unidos era una prueba de la “degeneración mexicana”.

Los pachucos crearon su propio estilo de vida, lenguaje y valores en oposición al modelo anglo-norteamericano que la juventud debía adoptar. A pesar del claro apoyo general del pueblo mexicano a la producción bélica, los jóvenes de ascendencia mexicana en Estados Unidos no estuvieron exentos del hostigamiento racial. Por el contrario, los pachucos en particular –a los ojos de muchos anglo-norteamericanos, lo era cada joven mexicano– fueron sujetos al acoso policiaco y a la violencia desatada en las comunidades mexicanas de la costa del Pacífico desde Oakland a Los Ángeles en los llamados *Zoot Suit Riots* de 1943, entre el 3 y el 13 de junio. Los periódicos, en especial de Los Ángeles, contribuyeron, junto con la policía, a desatar este ataque a la comunidad mexicana.

46

El incidente que desató la histeria de la multitud se dio cuando unos marineros anglo-norteamericanos intentaron “levantar” a unas adolescentes mexicanas, que fueron defendidas por sus hermanos y amigos. La policía de Los Ángeles permitió que los supuestos pachucos fueran maltratados por los militares, después de lo cual los jóvenes mexicanos intentaron defenderse. Esto provocó varios días y noches de ataques de blancos a las comunidades de mexicanos y negros de Los Ángeles; la policía se mantuvo pasiva, en claro apoyo a los sediciosos blancos. Estos sucesos causaron un escándalo internacional. Cuando la prensa, incluso de las potencias del Eje, publicó este incidente, el gobierno mexicano exigió una investigación que culminó en una excusa del gobierno estadounidense que los hizo pasar por sucesos alentados por agentes fascistas y en especial por sinarquistas.

Así, este fenómeno se fortaleció y el caló, jerga del pachuco, se transmitió horizontalmente en los pueblos fronterizos y el centro de México, sobre todo en Hidalgo, Jalisco, Michoacán y la Ciudad de México. También se asentó en el norte en las áreas donde siempre existió y en ciudades fronterizas del país vecino. Un ejemplo que ilustra esta riqueza es el poema de Servando Cárdenas, aparecido en un pliego suelto en Corpus Christi, Texas, 1945, bajo el nombre de “Don Revas Saudecar, nom de plume del autor”:

LOS PACHUCOS

Melena que va huyendo al peluquero, un sombrero grande en la cabeza, / una pluma muy larga en el sombrero. / Y saco hasta la corva, de una pieza. / Van en turno después los pantalones: tienen en la cintura / pliegues miles / de cadena a chamorro dos balones / y en la parte de abajo dos fusiles. / Dos pulgadas de suela en los zapatos; / en sus modos y en todo son iguales / en su trato común se hablan de “batos” / y cuando hay más confianza de “carnales”. / Para amar ellos buscan su “pachuca” / y aunque se llame Paz, Juana o Josefina ellos / les llaman vulgarmente “ruca”, / al padre “Jefe” y a la madre “Jefa”. / Decir “voy a dormir, luego te veo” / ninguna ciencia en el lenguaje entrañan; / ellos dicen: “Por ay te barvoleo, / voy a tirar un poco de pestaña”.

La riqueza del fenómeno es inmensa: se halla de manera espectacular en la vestimenta *zoot suited* y en el peinado de “cola de pato”. Pero sobre todo, en el habla, caracterizada por anglicismos y caló mexicano, principalmente.

Birria (cerveza), chaquira (jacket), chainear (dar brillo a los zapatos), guachear (atisbar el horizonte), güi-cha o güichapa (muchacha y novia), piquinic (día de campo), caballón (drogado), alambrazo (hablar por teléfono). Otras palabras actúan como gentilicios: tirilón para el pachuco de El Paso; califa para el de Los Ángeles; manito para el de Nuevo México; huachile para el de México, y juarilense para el de Ciudad Juárez, y cientos de vocablos más reunidos por Luis Fernando Lara en el *Diccionario de mexicanismos*.

Por su parte, Alfonso Reyes, en “De la lengua vulgar”, reconoce en 1965 la riqueza de la lengua que se renueva día a día con el habla popular:

Eso que leemos en los libros no es el idioma, sino el retrato o reflejo de un solo momento del idioma. Es la fría ceniza que cae de la combustión de la vida. Es como la huella de los idiomas. Mas estos siguen adelante, y van caminado según las reflexiones que les comunica el habla familiar [...]. Sólo el populacho tiene el valor de innovar, de pronunciar mal, de ir haciendo mudar los giros y las expresiones. Así es la vida.

Finalmente, leamos este pasaje de *El Pete Fonseca*, de Tomás Rivera de 1986:

–Me lleva la chingada.
A nosotros no nos pareció mal que hablara así. Yo creo que vimos cómo le quedaban las palabras a su cuerpo y a sus ropas.
–No hay trabajo en ninguna pinche parte. Digan, ¿me pueden dar un lonchecito? Me lleva la chingada de hambre. Mañana me voy pa’Illinois. Allá sí hay jale.
Se quitó la cachucha de pelotero y vimos que estaba bien peinado con una onda bien hecha. Traía zapatos, un poco sucios, pero se notaba que eran de buena clase. Y los pantalones casi eran de pachuco. Decía chale cada rato y también nel y simón y nosotros por fin decidimos que sí era medio pachuco.

47

Bato, pachuco, ese



v Tienda vintage Valentino's Zoot-suit Connection, enero de 2008. Fotografía de istolethetv, Flickr commons.

Las vivencias de los trabajadores migrantes, el manejo de palabras y situaciones que, aunque burlescas, no son más que la expresión o reflejo de una formación social tan compleja y dinámica como la de los trabajadores y familiares mexicoamericanos, los mexicanos que emigraron a Estados Unidos, aquellos radicados en la frontera norte o en ciudades mexicanas, están expresadas en las piezas literarias aquí reproducidas para revalorar esta rica manifestación cultural cuyos rasgos son reconocidos en nuestros días.

PARA SABER MÁS

LARA, LUIS FERNANDO, “Para la historia lingüística del pachuco”, 1992, en < https://revistas-filologicas.unam.mx/anuario-letras/index.php/al/article/view/654/652 >.	PAZ, OCTAVIO, <i>El laberinto de la soledad</i> , México, FCE, 1994.	REVUELTAS, JOSÉ, <i>Los motivos de Caín</i> , México, Era, 2004.	Zoot Zuit, Luis Valdez (dir.), 1981.
--	--	--	--------------------------------------

CUITLAHUAC ALFONSO GALAVIZ MIRANDA
Instituto Mora

La irrupción de los “Azules” sonorenses, *hippies* nortños



i Joven *hippie* parado frente a una fila de soldados de la Guardia Nacional en la Convención Nacional Demócrata en Chicago, 26 de agosto de 1968. Library of Congress, Estados Unidos.

49

En la década de 1970, el movimiento *hippie*, nacido en California, Estados Unidos, ejerció gran influencia entre los jóvenes de distintos países. En Sonora, los “Azules” hacían eco de las propuestas y comportamientos marcados por el movimiento que proclamaba “paz y amor”.

El 11 de enero de 1972 la sociedad sonorenses despertó con una noticia que cimbró buena parte de su cotidianidad. Se trató de un evento que, en teoría, debía celebrar el amor: una boda. Sin embargo, la celebración terminó cuando fuerzas policiacas ingresaron al evento y arrestaron a varios de los asistentes.

El diario local *El Imparcial* publicó, el 12 de enero de 1972, una nota relacionada: “Marihuana party descubrió ayer la policía preventiva”. En ella se lee:

La policía preventiva de Hermosillo descubrió ayer en la madrugada un “nido” donde se celebraba una “marihuana party”. [Elementos policiacos] se abocaron al lugar del deshonesto agasajo y encontraron a nueve hombres y cuatro mujeres que se divertían abiertamente consumiendo drogas [...]. Se les recogieron cerca de cuatro kilos de marihuana, más una cantidad de pastillas tóxicas, así como varios “carrufos” de la hierba maldita que estaban fumando.

Por su parte, el hoy extinto periódico *El Sonorense* dio un especial seguimiento a los hechos. El día posterior, su nota principal fue: “Drogadicción y vicio cunden en la Cd”. El título se publicó con destacadas letras rojas y se afirmó lo siguiente:

La policía preventiva de Hermosillo cayó antenoche por sorpresa en una fiesta “*hippie*”, [Se] detuvo a quince drogadíctos, entre ellos cinco jovencitos que se embrutecían con marihuana, LSD y anfetaminas. [También se] recogieron tres bolsas de plástico y una mochila llenas de marihuana en greña, una caja de carrufos de cannabis indica, algunos cigarrillos sueltos, y un bolso de gamuza repleto de sobres con ácido lisérgico.

En la fiesta se celebraba el matrimonio de Blanca Estévez y Ricardo Olvera, miembros de un colectivo juvenil conocido como los “Azules”. En la obra *La contracultura en Sonora: los “Azules” y la nueva sensibilidad*

50



de Joel Verdugo (2001) se los caracteriza como “jóvenes de largas cabelleras, mujeres con pantalones a la cadera y acampanados; la mezcilla deslavada y la manta formaban las telas preferidas; los huaraches y tehuas cubrían los pies que muchas veces se dejaban ver desnudos: el olor de la marihuana amenizaba las pláticas sobre arte o filosofía”. Pero, ¿por qué se creó un colectivo de estas características en Sonora?, ¿quiénes eran estos jóvenes?, ¿qué buscaban o qué los unía? El presente artículo contiene algunos elementos que contribuyen a responder estas preguntas. La irrupción de los “Azules” en la sociedad sonorense no puede entenderse plenamente si no se toma en cuenta el contexto de rebeldía juvenil tan característico de las décadas de 1960 y 1970. Como es bien sabido, el principal rasgo político de esos años fue las intensas protestas de tipo estudiantil, feminista o guerrillero, entre otros. Lo que hoy conocemos como el movimiento *hippie* y la contracultura fueron parte de ese contexto. Un indicador importante para el surgimiento del movimiento *hippie* es la amplia resistencia a participar

como soldados en la guerra de Vietnam (1955-1975) por parte de jóvenes estadounidenses, quienes solían quemar pública y colectivamente sus tarjetas de reclutamiento militar. Muchos de ellos realizaron acciones colectivas a favor de la paz y la no intervención de su nación en el país del sureste asiático. Se trata de procesos que formaron parte de una tendencia general de nuevas creencias y prácticas que, en conjunto, son conocidos como la contracultura. En 1969 Theodore Roszak publicó un libro clásico al respecto: *El nacimiento de una contracultura*. En el prólogo, el autor señala que, en este convulso ambiente, los jóvenes rebeldes (no todos) mostraron interés por: La psicología de la alineación, el misticismo oriental, las drogas psicodélicas y las experiencias comunitarias. [Aspectos que] comprenden en conjunto una constelación cultural que difiere radicalmente de los valores y concepciones fundamentales de nuestra sociedad.

51

ii
Protesta de *hippies* en Lafayette Park, Washington, Estados Unidos, 5 de mayo de 1971. Library of Congress, Estados Unidos.

Así, los jóvenes rebeldes de esos años criticaron cuestiones que iban desde el sistema político institucional, hasta las más fundamentales de la experiencia humana como la sexualidad. El cambio en las prácticas sexuales fue uno de los aspectos centrales de la contracultura. La comercialización de la píldora anticonceptiva, a partir de junio de 1960, facilitó tales procesos. Ello nos ejemplifica cómo la época combinó desarrollo económico y avances científicos con cambios políticos y culturales. Tales transformaciones tuvieron eco en muchos lugares del planeta. Con sus indudables particularidades, los “Azules” sonorenses fueron un ejemplo de ello. De hecho, el estado de California, en Estados Unidos, fue el epicentro mundial del movimiento *hippie* y, por cercanía geográfica e ideológica, los “Azules” tenían contactos con dicho estado. El contexto nacional tampoco estuvo ausente de estas dinámicas; por ejemplo, el 11 y 12 de septiembre de 1971 se realizó el ya mítico “Festival de Rock y Ruedas de Avándaro” a las afueras de la ciudad de México. En

el festival se presentaron varias bandas musicales y hubo una presencia juvenil multitudinaria; ni siquiera los organizadores esperaban que la asistencia fuera tan masiva. En la prensa, el festival de Avándaro fue descalificado de forma similar a la detención de algunos “Azules”, como mencioné. En general, el movimiento *hippie* tuvo una aceptación significativa en el país. Incluso, después del festival de Avándaro, se creó una revista de contenidos contraculturales llamada *Piedra Rodante*, en alusión a la publicación californiana *Rolling Stone*. Por las características nacionales, el hipismo tuvo ciertos elementos propios, como el aprecio por las civilizaciones prehispanicas, visible en su vestimenta y gustos musicales. Algunos estudiosos del tema han denominado a sus integrantes como “jipitecas” mexicanos. Sobre el entorno sonorense, la versión más aceptada acerca del origen del nombre “Azules” señala que se debe al gusto de los integrantes del colectivo por las prendas de mezcilla, lo cual, para la época, no era algo común. Uno de sus integrantes, Sergio Serrano, me mencionó en una entrevista (julio de 2015) lo siguiente: “lo de los ‘Azules’ nace porque usábamos Levi’s con camisa azul, también de mezcilla. Te identificaban ¿no?, ‘ahí va un marihuano’, decían; así lo manejaba la prensa.” Es decir, el nombre de “Azules” no fue elegido por ellos mismos, así se les comenzó a llamar y se generalizó. Es difícil rastrear una fecha exacta para la formación del grupo (sabemos que se trata de finales de los años sesenta y principios de los setenta). En una entrevista realizada por Joel Verdugo, Mario Licón, uno de los miembros más representativos del colectivo, comentó lo siguiente: Los “Azules” nos hicimos en el camino, *on the road*. No fuimos un movimiento, éramos un grupo aleatorio al movimiento estudiantil [en la Universidad de Sonora], independiente, pero al mismo tiempo enclavado en él; un grupo de base muy activo. No convocábamos a manifestaciones o a huelgas, nos adheríamos a ellas. No teníamos demandas más allá que nuestra presencia ¡que ya era mucho para muchos!

52



iii

Protesta de *hippies* en Lafayette Park con el Capitolio de fondo, Washington, Estados Unidos, 5 de mayo de 1971. Library of Congress, Estados Unidos.

El mismo Licón, no obstante, propone una ubicación geográfica para el origen del grupo:

Para mí, la génesis de los “Azules” está en Ciudad Obregón. Entre el 67 y el 69 yo pasaba buenas temporadas en esa ciudad con mi hermano mayor, Héctor. Entre los vecinos estaba Patricia, la futura madre de Jorma, mi primer hijo, pero en ese entonces era la “precisa” de Benjamín Castro; éste y dos hermanos de Paty eran parte de un grupo de chavos que invariablemente se reunían todas las tardes en la misma banca de la plazuela 18 de Marzo, que era en aquel entonces uno de los mejores sitios para el conec-te [la compraventa de drogas] [...] Ahí nos explotaron los primeros aceites [LSD] [...] Esta banda tachaba a los chavos de Hermosillo de fresas [...] Para mí ese es el origen de los “Azules”.

Del testimonio de Mario Licón también pueden extraerse elementos de identidad importantes para el grupo: el uso de drogas y, en general, la inclinación hacia prácticas que desconocían la moralidad dominante que los rodeaba. Luis Rey Moreno (en una entrevista que le hice en junio de 2015) también coincide con esta descripción: “[los ‘Azules’] éramos amigos como pandilla: nos gustaba oír música, tomar vinito, fumar mota, tomar ácidos y la chingada. ¡Un alucine!, ¡un desmadre!”

Otros elementos importantes para los “Azules” fueron la música y la literatura. Continuando con el testimonio de Luis Rey Moreno, “los ‘Azules’ éramos un grupo que nos juntábamos porque nos gustaba mucho leer, nos gustaba la música: el *blues* y el *hard rock*, [también] el *jazz*”. Todos géneros musicales popularizados, sobre todo, por jóvenes de la época en otras regiones del planeta, lo

53

que reafirma que los “Azules” fueron parte del contexto de rebeldía juvenil tan característico en la época. En general, el gusto por las artes fue un elemento común del colectivo. De hecho, la Academia de Artes Plásticas de la Universidad de Sonora fue un lugar donde las prácticas y los significados de los “Azules” tuvieron especial recepción.

Lo interesante aquí es que se trataba de prácticas sociales que diferían de los comportamientos más comunes de su contexto cercano: cumplían la función de distinguirlos. Podríamos decir que constituían marcos de diferenciación social expresados a través de la vestimenta y del *performance*. Ante las prácticas y los valores dominantes que los rodeaban, los “Azules” (conscientes o no) hicieron suyos elementos que los apartaban de la aún muy conservadora sociedad sonorenses de finales de los años sesenta y principios de los setenta.

Por ello, no debe extrañar la forma en que las autoridades locales actuaron frente a la presencia del colectivo: después de la detención de un grupo de “Azules” (en enero de 1972), autoridades locales y los medios de comunicación más influyentes (en especial el diario local *El Sonorense* y su director Enguerrando Tapia), lanzaron una “campana antidrogas”. La campana incluyó ataques hacia las prácticas de los “Azules”; se hablaba de la “pérdida de valores” y “buenas costumbres” en la entidad. A partir de entonces, el contexto local fue más hostil hacia el grupo; con todo, se mantuvo unido algunos años más.

Aunque el arte y la cultura pueden tener contenidos políticos, a los “Azules” se les recuerda más como promotores de eventos artísticos que por un activismo político tradicional. Incluso crearon su propia revista (*Germen*), donde difundían parte de sus ideas y posturas. De dicha revista puede derivarse la estructura simbólica que dio cohesión al grupo. Algunos de los números son consultables en el Archivo Histórico de la Universidad de Sonora. Citaré un fragmento del número 2:

Somos hijos del mismo destino, de la misma humanidad y amar al hombre es amar su destino. Somos hermanos para construir, para crear nuestro mundo; no haciendo Tlatelolcos ni Vietnams; ni Alianzas para el Progreso, ni despertando cada mañana pensando en el modo más efectivo de agandallar a mi competidor.

Este era un discurso que marcaba barreras con valores como la competencia y apoyaba una relación más afectiva entre los seres humanos. Desde luego, no dejan de llamar la atención las referencias a eventos como la matanza de Tlatelolco y la guerra de Vietnam, lo cual ejemplifica que eran conscientes del contexto general del que formaban parte; esto es, que sus acciones tenían sentido más allá de sus experiencias locales y particulares.

Esta colaboración en la revista *Germen* fue firmada por “R. Olvera”. Supongo que se trata de Ricardo Olvera, mejor conocido como “El Hippie” (el mismo que fue detenido en la celebración de su boda), quien fue uno de los fundadores y miembros más reconocidos de los “Azules”. Más adelante, continúa:

Tal parece que nos hemos asociado los hombres para destruirnos; que somos hermanos para nuestra destrucción. Y c[ó]mo va a haber “PAZ” en una sociedad como la nuestra, donde a la mayoría de los “asociados” no [les] alcanza ni [para] la papa indispensable, y donde el amor es prostituido por la falta de ella. Y donde los dirigentes se enorgullecen de su gran capacidad para engañar y explotar impunemente. Y ahora nos viene con su “PEACE & LOVE”, no hay pedo con nada, todo va bien.

Lo ya dicho, esta interpretación de la realidad censura valores competitivos; ante ello, propone relaciones sociales sostenidas en significados contrarios, más fraternales. Aunque en la práctica los “Azules” cayeron en contradicciones siguiendo tales valores, me parece interesante utilizar palabras como “paz” y “amor” para exponer planteamientos políticos.

Sin embargo, aunque se esboce la interpretación de que las relaciones sociales debían ser más afectivas, la actitud no era totalmente pacifista. Así, este texto termina de la siguiente manera:

No nos dejemos engañar, no habrá paz en nuestro ánimo ni amor en nuestros corazones hasta que los conquistemos con nuestra lucha; hasta que no haya granaderos y soldados detrás de la “justicia”, hasta que no haya campesinos sin tierra, ni obreros sin fábrica.

“Somos el cisma; la negación; somos los que en nada creemos, los que esperan y no reciben; somos el cisma”.

En el mismo sentido, resulta interesante analizar el eslogan de *Germen*: “Una nueva mirada para un nuevo mundo”, frase que se enmarca dentro de los cambios que estaban gestándose durante la época. Es decir, nos habla de las influencias del contexto al que los “Azules” pertenecieron.

El colectivo también relacionó sus planteamientos con su entorno cercano: en el mismo número de la revista *Germen* reproducen, para criticar, una frase que atribuían a Jesús Corella (entonces candidato a presidente de la sociedad de alumnos de la escuela preparatoria): “la preparatoria de la Uni-Son es un nido de marijuaneros; tenemos que destruirlos”. Como los “Azules” se ostentaban abiertamente como consumidores de marihuana, es entendible que consideraran necesario responder a la declaración: en primer lugar, la reprodujeron en tono cómico con el título de “frase célebre para meditar”. Asimismo, le añadieron una imagen cargada de poder simbólico: una esvástica nazi. La intención era disputar los significados con que se llenaba una práctica concreta: en este caso, el consumo de marihuana. Además, es otro ejemplo de la hostilidad con que fueron recibidas sus ideas y prácticas por una parte de la sociedad sonorense del periodo.

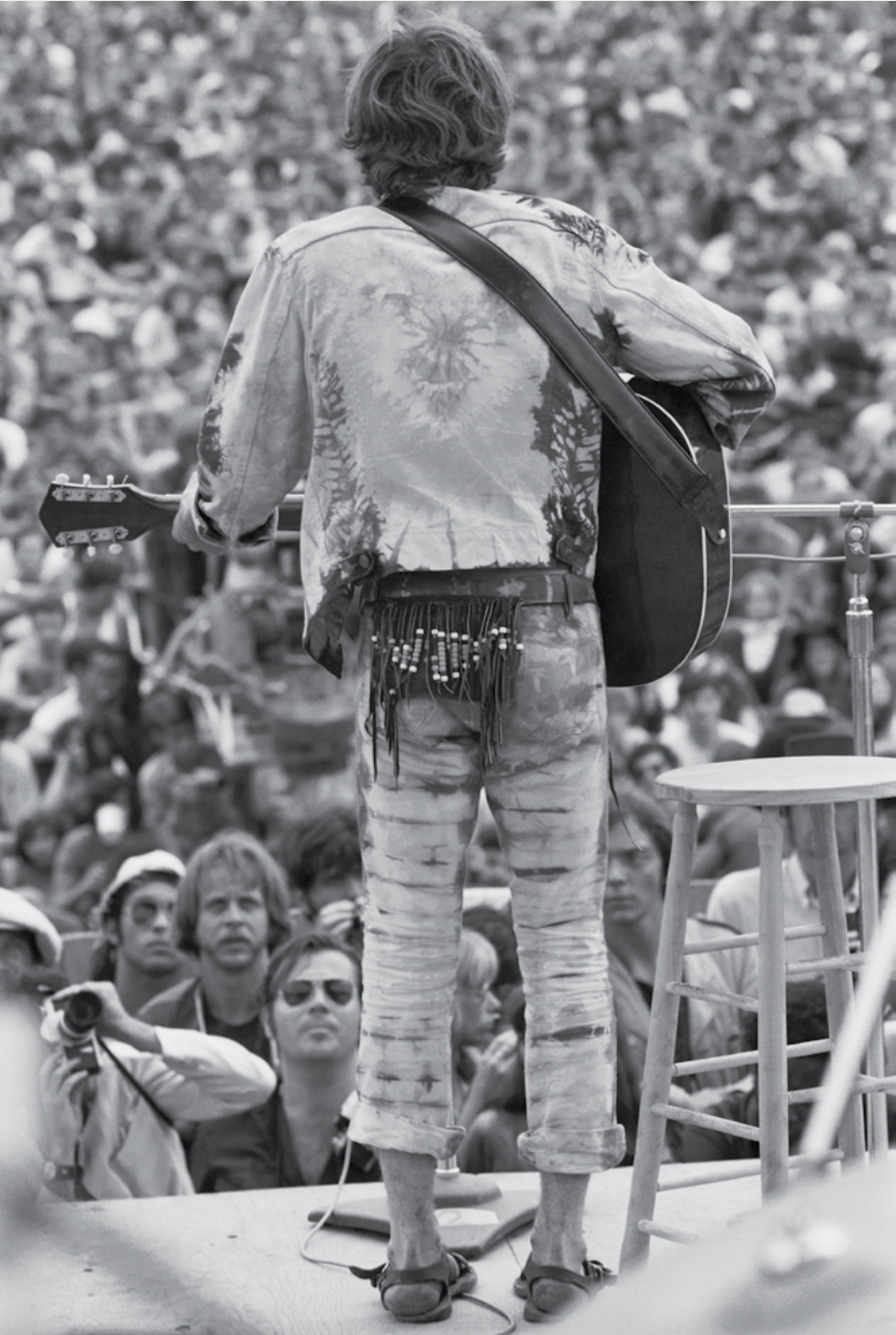
Los “Azules” fueron un colectivo juvenil compuesto de individuos que, en general, desconocía los códigos de moralidad dominantes en su entorno. Por ejemplo, se manifestaron en contra de la institución familiar monogámica y a favor del libre ejercicio de la sexualidad. Tuvie-

ron expresiones de desprecio al trabajo formal a cambio de una revalorización del ocio y la recreación. Es decir, lo que cohesionó al grupo fue, entre otros aspectos, un fuerte rechazo a los comportamientos e ideas tradicionales en torno a la vida humana, así como a los valores modernos de la productividad y la eficiencia. Además, si bien las interpretaciones de la realidad de los “Azules” se estructuraron a partir del agitado acontecer internacional del que fueron contemporáneos, resulta indudable que esta relación debió pasar por el filtro de sus experiencias cercanas y del contexto local.

En algunos aspectos, representaron una verdadera sacudida a la sociedad sonorense de los años sesenta y setenta. Formaron identidades inéditas y muy particulares en un medio principalmente tradicional y conservador. Fueron evidencia de la indetenible ola de cambios que caracterizó a la época. Por ello, en el número 2 de la revista *Germen*, se lee:

Somos el cisma; la negación; somos los que en nada creemos, los que esperan y no reciben; somos el cisma [...] Estamos hartos del estereotipo, del tótem, del mito, del rito, de todo. No somos pesimistas, no somos anarquistas, somos el cisma [...] Destruye al gusano que destruye tu mente, mátalos tú mismo. Piensa, destrúyete y libérate. Despierta al mundo nuevo, a la luz del nuevo concepto de vivir, vive ahora y juzga ahora. Mañana no existe y cuando llegue será hoy. Piensa y destruye.

iv
Escena de Woodstock Music and Art Fair, 1969. Fotografía de Tullio Saba, Flickr commons.



PARA SABER MÁS

AGUSTÍN, JOSÉ, <i>La contracultura en México</i> , México, Grijalbo, 1996.	GALAVIZ, CUITLAHUAC, “La dimensión simbólica de la protesta: el caso de las movilizaciones estudiantiles de 1970-1973 en la Universidad de Sonora”, tesis de maestría en Sociología Política, Instituto Mora, 2016, en < https://mora.repositorioinstitucional.mx/jspui/handle/1018/140 >.	MORENO FERNÁNDEZ, SILVIA, “Nueva era y contracultura”, <i>Casa del Tiempo</i> , 2005, en < http://www.difusioncultural.uam.mx/revista/julio_agosto2005/51_62.pdf >.	VERDUGO, JOEL, “Los ‘Azules’: nihilismo y contracultura en el norte de México” en Silvia González y Ana Sánchez (coords.), <i>154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica</i> , México, UNAM, 2011, pp. 331-354.
--	---	---	--

LA NIETA JUSTICIERA



Mi abuelita intenta construir casa en Coyoacán

Se describen las causas del TBS (trauma burocrático severo) que padece una pobre abuelita, como resultado de casi seis años de malabares absurdos e inútiles en varias instituciones de la Ciudad de México, sobre todo en la alcaldía que le corresponde y haciendo ella misma los trámites para construir una casa pequeña en Coyoacán.

i

Fotografía del logotipo de la Delegación Coyoacán, hoy Alcaldía de Coyoacán, 2019. Flickr commons.

57

En un lugar de Coyoacán, de cuyo nombre prefiero no acordarme, mi abuelita ha querido construir un hogar cómodo en el que sueña pasar el resto de sus días. Con los ahorros de toda su vida compró un terreno de 200 metros cuadrados y contrató a un arquitecto para iniciar, ilusionada, su proyecto. El arquitecto diseñó una casa cómoda y relativamente pequeña de 160 metros cuadrados sobre dos plantas, conforme a la normatividad vigente en 2014. Ella insistió mucho en dejar mucho espacio para el cultivo de su preciado jardín y, como es ecologista, para recargar los mantos freáticos. También insistió en el reciclamiento de aguas pluviales y de uso doméstico.

La pobre abuela no sospechaba que la construcción de su casa se convertiría en un verdadero calvario. El arquitecto no fue el problema. Su dolor de cabeza ha sido deambular, durante años, por los laberínticos pasillos de una burocracia kafkiana, digna de ciencia ficción. Resultó que los trámites para obtener la licencia de construcción eran complicados e infinitos. Animosa, como es, se lanzó a la Ventanilla Única (habría que averiguar por qué se llama Ventanilla Única a esas oficinas que no son ventanillas ni son únicas de la entonces delegación Coyoacán). La lista de requisitos fue tan larga, que ella expresó de inmediato: “¡Oiga, yo sólo quiero construir una casa de 160 metros cuadrados, no la Torre Mitikah!”. Ante el rostro impenetrable del funcionario que la atendió, dio media vuelta y lanzó un profundo suspiro.

Resignada, inició el trámite de cada uno de los requisitos en las distintas dependencias del gobierno capitalino: que si el alineamiento

y número oficial (en la delegación Coyoacán), que si el certificado único de zonificación de uso de suelo (en SEDUVI), que si la factibilidad (en SACMEX), que si esto en la Tesorería y que si lo otro en quién sabe dónde. La tarea era titánica para la pobre abuela, quien tuvo que aprender el lenguaje de la tramitología de cada dependencia, así como a hacerse de paciencia para soportar los tiempos de cada institución. Para aguantar, inició clases de yoga y meditación profunda. Ello le ayudaba a respirar para mitigar el enojo que le provocaba ir a cada oficina para enfrentar respuestas incompletas, el famoso “todavía no sale su documento” o el “venga dentro de un mes porque se cruzan las vacaciones”, o simplemente para soportar las largas esperas para ser atendida.

Al cabo de mucho batallar, la valiente abuela ya casi cubría todos los requisitos cuando se presentó el cambio de delegado en Coyoacán. Salía un mal afamado personaje e iniciaba funciones su compadre. La abuelita no entendía por qué ese cambio rompía la continuidad del funcionamiento de toda la delegación. En particular, por qué eso entorpecería su trámite. En fin... A esperar a que el nuevo delegado se instalara y formase sus equipos, ratificara personal, etcétera, etcétera.

Por fin, se armó de valor para contraatacar la burocracia kafkiana con los bríos que le dio el receso. Otra vez se acercó a la Ventanilla Única. Casi se va de espaldas cuando se dio cuenta de que la lista de requisitos había cambiado. No sólo eso, la vigencia de los documentos previos había caducado. La pobre contrató el desesperado grito de “¡Nooooo eeeess

58

pooosiiibleeee!”. Se tragó el llanto con un mantra aprendido en las clases de meditación, que venía como anillo al dedo para la ocasión. Cabizbaja y triste pensó: “Nunca podré construir mi adorable casita.”

Una vecina piadosa le aconsejó contratar a un gestor para que ella ya no se desgastara con tanto trámite, para que ya no hiciera corajes que iban a dañarle la bilis y porque, ultimadamente, ella ya no estaba para esos trotes. Le pasó el teléfono de un especialista en tramitología de alto grado de complejidad, experto en lenguajes burocráticos y, sobre todo, en simplificación administrativa (cuotas facilitadoras). La abuela estaba indignada. No comprendía cómo doña Chonita, tan católica ella, le había sugerido violar sus sagrados principios de honestidad para prestarse a la pura y vil transa. Se acordó de la frase que había escuchado de modo recurrente en ambientes que, por supuesto, no eran los suyos: “el que no transa, no avanza”. “¡Virgen santísima, apiádate de mí!”, exclamó para sus adentros. La abuela no pudo con semejante carga moral, y económica, hay que decirlo, porque a los costos de la construcción y de los propios trámites, se agregaban ahora los pagos al gestor y las “dádivas”, como él las llamaba. Se tomó un largo tiempo de reflexión.

Hacia el mes de enero de 2018, por fin la abuela se animó a rebasar los principios con los que había sido educada y se entrevistó con varios gestores, quienes le prometían las perlas de la virgen. Todos coincidían en que el trámite más complicado y costoso sería la aprobación del sistema alternativo de aguas pluviales por parte de SACMEX. Las dádivas para obtener los diversos trámites tenían montos diversos. Un gestor se atrevió a ofrecerle comenzar la construcción en una semana sin ser amonestada por los inspectores a cambio de 250 000 pesos. La abue puso ojos de plato y respondió: “O le pago a usted o construyo mi casa, ¿de dónde cree que yo voy a sacar ese dinero?” Ante tanta corrupción y opacidad en los procesos para obtener los documentos, mi abuelita decidió rehacer el periplo de la visita de las múltiples dependencias de gobierno ella misma para ir juntando los

documentos. Sólo solicitó a un gestor relativamente honesto el trámite de Sistema Alternativo, porque ahí sí, ni Dios Padre podía ayudarla.

En eso estaba cuando de nuevo llegó el periodo electoral de 2018. No sospechaba que la delegación Coyoacán, ahora alcaldía, y el SACMEX suspenderían durante varios meses los trámites, debido a la transición de equipos de trabajo. Tuvo que esperar hasta febrero de 2019 para sacar ficha en la alcaldía de Coyoacán para presentar los documentos requeridos para la manifestación de construcción tipo B de su añorada casa. Ella tenía la esperanza de que, ahora sí, pudiera conseguir la manifestación porque durante meses de campaña estuvo escuchando que el combate a la corrupción sería la bandera principal del gobierno entrante, lo cual incluiría a la Ciudad de México, y de pasada, creía, a la nueva alcaldía elegida en 2018. Tenía fe, y a lo mejor todavía la tiene, en que las declaraciones públicas del alcalde en las que se deslinda de las corruptelas de sus predecesores sean verdaderas y que el hombre sea honesto. A lo mejor su pasado deportivo le generó alguna disciplina y buena moral. Además, le dio mucha confianza ver los letreros pegados en las paredes de las oficinas, en los que se anuncia una estricta vigilancia contra la corrupción.

Entre febrero y julio del 2019, mi abue estuvo visitando insistentemente las oficinas de la Ventanilla Única de la alcaldía para que le revisaran sus documentos y la orientaran en cuanto a los nuevos requisitos para solicitar la manifestación de construcción. La experiencia acumulada la dotó de gran paciencia para soportar de nuevo las largas esperas para ser atendida. Cuando, por fin, obtuvo una cita para la revisión “definitiva” de la documentación, la funcionaria no se presentó en la oficina. Después de dos horas de espera, la abuelita, algo enojada, reclamó. Le explicaron que esa funcionaria era responsable de varias tareas, muchas de las cuales debía hacerlas fuera de esas oficinas. Pero que no se preocupara, que la esperase porque ya estaba en camino. La abuelita pidió que otro empleado le revisara la documentación. Le respondieron que sólo esa funciona-

59

ria estaba autorizada para hacerlo. La abuela se quedó pensativa y se preguntó: “¿Por qué asignan la importante tarea de revisar los requisitos para solicitar las manifestaciones de construcción a una persona a quien también envían fuera de la oficina?” Para entonces, ya no trataba de responder la pregunta absurda, porque ya se había acostumbrado a que esa alcaldía, antes delegación, así funcionaba y era muy probable que las otras alcaldías de la ciudad también tuvieran su buena dosis de irracionalidad.

La funcionaria llegó por fin. A pesar de todo, la abuela la trató con pinzas porque sabe ya que es contraproducente quejarse. La mujer revisó los documentos con aire de superioridad. Empezó a decir que faltaban. La abuela se entristeció, angustió... Le dictó una nueva lista tan rápido que ella se vio obligada a usar abreviaturas y signos diversos. Luego llegó el sablazo final: existía un nuevo requisito que se llama solicitud de publicitación. Consiste en colocar una lona en el predio para dar a conocer a los vecinos las especificaciones de la obra. Había que tomar fotografías de la lona y un periódico local, en las que se viera con claridad la fecha, durante quince días naturales. “Pero eso no me lo habían pedido en estas últimas revisiones que he tenido; tampoco aparece en la lista de documentos a entregar en la solicitud actual”, explicó la abuela. “Pues sí, pero ya lo pedimos. ¡Ah!, y también la constancia de inexistencia de drenaje”, respondió la funcionaria implacablemente. Ante la cara de sorpresa de la abuela y previniendo una explosión emocional de su parte, la funcionaria le pidió que tomase fotos de una guía para realizar el trámite de publicitación. Luego sacó cuentas en su calendario y le dio cita para un mes más tarde porque se atravesaba el periodo vacacional. Cita con ella, la única persona en la oficina autorizada para asegurarse del cumplimiento de los requisitos, el lunes 29 de julio a las 10:00 a. m.

La abue salió de ahí con sentimientos encontrados: más trabajo y trámites, pero confiada en que en el contexto de la 4T se le haría justicia y construiría, por fin, su casa. Esta vez preparó todos los requisitos con ayuda del ar-

quitecto y de su valiosa colaboradora, una arquitecta muy capaz. Tomó las fotos cada día, redactó el oficio de solicitud de constancia de publicitación, cuya redacción resultaba tortuosa e incomprensible, pero había que seguir el modelo de la foto. En fin, con gran ilusión llegó a la cita del 29 de julio poco antes de las 10:00 a.m., acompañada de la arquitecta y una asesora en tramitología. Entre las tres cargaban los planos, los paquetes de fotocopias, los valiosísimos originales de constancias obtenidas con sangre, sudor y lágrimas durante meses y años. Nuevamente, la espera fue larga. Por ahí de las 11:00 la abuela preguntó si la funcionaria llegaría. No le dieron certeza de nada. Por ahí de las 12:00 pidió hablar con un superior. El coordinador del área accede a atenderla hacia las 13:00 horas. La abuela hizo esfuerzos titánicos para no mostrar su desesperación y trató de explicar su caso al coordinador, quien la interrumpió de inmediato, explicando que la funcionaria en cuestión no llegó porque estaba en el hospital. Enseguida le dirigió un reproche por ser tan insensible y no comprender que los funcionarios son seres humanos susceptibles a enfermedades e imprevistos accidentes. La abuela, desconcertada, alcanzó a responder:

Bueno, es que como llegó dos horas tarde de la última vez, pensé que no vendría... ¿Entonces ahora qué procede? Nos costó mucho trabajo juntar todos los requisitos y quisiéramos saber que ahora sí están bien. Le pido, por favor, que nos asigne a otra persona.

El coordinador pidió que llamaran a alguien a que le revisase los documentos y preguntó si ya tenía la constancia de publicitación. La abuela respondió que siguió todos los pasos de la publicitación, pero que nadie le dijo que había que solicitar una constancia. “Pues sin ella no se puede ingresar la solicitud de manifestación. Entregue lo que trae para la publicitación en Ventanilla Única, le darán respuesta en dos semanas o en un mes.” La abuela previsoramente preguntó con ingenuidad qué había que hacer



ii
Edificio de la alcaldía de Coyoacán, 2019. Fotografía de chrisinphilly5448, Flickr commons.

iii

Edificio de la alcaldía de Coyoacán, 2018. Fotografía de chrisinphilly5448, Flickr commons.

una vez que obtuviera su constancia. Entonces no sospechaba que el trámite de publicación era largo y laborioso y, tal vez, irrealizable para los mortales. Con quién pedía cita si la persona encargada de revisar la documentación estaba enferma o de plano no estuviera. El coordinador se exasperó y en un largo discurso cantinflesco argumentó finalmente que “hay que tener fe”. La abuela es religiosa pero no entendió dónde entraba la fe y Dios en todo esto. ¿Tendría que esperar a que la manifestación le cayera del cielo?

El 25 de septiembre de 2019, dos meses después de haber ingresado la solicitud de publicación, mi abuelita llamó por teléfono a las oficinas de la Ventanilla Única para pedir informes sobre la respuesta. Se llevó una gran sorpresa cuando la secretaria le dijo que sí, pero que tenía “prevención”. “¿Qué es eso?”, preguntó la abuelita atónita. La respuesta fue parca: “Venga a los módulos para que le digan de qué se trata.” Mi abue colgó el teléfono con la mano temblorosa, pues no sabía si “prevención” significaba que siguiera a la siguiente etapa, o retrocediese diez casillas, como en el juego de serpientes y escaleras.

Cuando llegó a las oficinas de la Ventanilla Única, vio ya no estaba la funcionaria que supuestamente “atendía” el módulo de recepción de documentos, que estaba casi siempre vacío. En su lugar había otra señorita, quien le

dio información con amabilidad. Era evidente que habían cambiado las cosas en esas oficinas, porque la atención fue de mejor calidad y de hecho se le pidió llenar un cuestionario para evaluar a la funcionaria. La traducción al castellano chilango abuelil del oficio de respuesta a su solicitud de publicación fue: “Para darle la constancia de publicación vecinal y poder seguir con el trámite de manifestación de obra, requiere entregar, en menos de cinco días hábiles, los siguientes documentos.” La abuelita suspiró profundo y gritó para sus adentros, con gran preocupación: “¿Quéee? ¿Máaaas documentos? ¡Nooooo! ¿y a entregar en cinco días?” Y como si todo fuera muy fácil, la funcionaria leyó: “Planos del proyecto arquitectónico, memoria descriptiva, planos del proyecto estructural, planos señalando la protección a colindancias, todo firmado por el DRO, arquitecto y demás involucrados.” Todo acompañado de un oficio dirigido al director de Desarrollo Urbano de la alcaldía de Coyoacán y redactado en el lenguaje propio de aquella oficina.

A mi abuelita la invadió un pánico terrible provocado por su TBS (trauma burocrático severo, para el cual no hay remedios caseros). Como que sospechaba que su arquitecto tendría todo eso; pero se preguntó “¿Y si faltaba algún plano o documento?, ¿y si faltaba la firma del DRO en alguno de ellos?, ¿y si no era posible en-



contrar al DRO en tan poco tiempo?” Estaba a punto de darle el patatús, cuando pensó en llamar de inmediato a su arquitecto para tranquilizarse. La eficientísima ayudante del arquitecto le proporcionó todo lo necesario para entregar todo en los cinco días hábiles con que contaba, aunque se sintió intranquila porque todo se quedaría en las oficinas de Desarrollo Urbano y habría que imprimir planos, memorias y recabar las firmas de nuevo para el trámite de la manifestación. Nadie comprendía para qué requería la misma oficina tanto documento y planos repetidos. Son esos absurdos de la burocracia que responden a una lógica misteriosa que sólo se acata sin saber bien por qué razones. La abuela respondió en forma realista: “¡Ay!, m’hi-

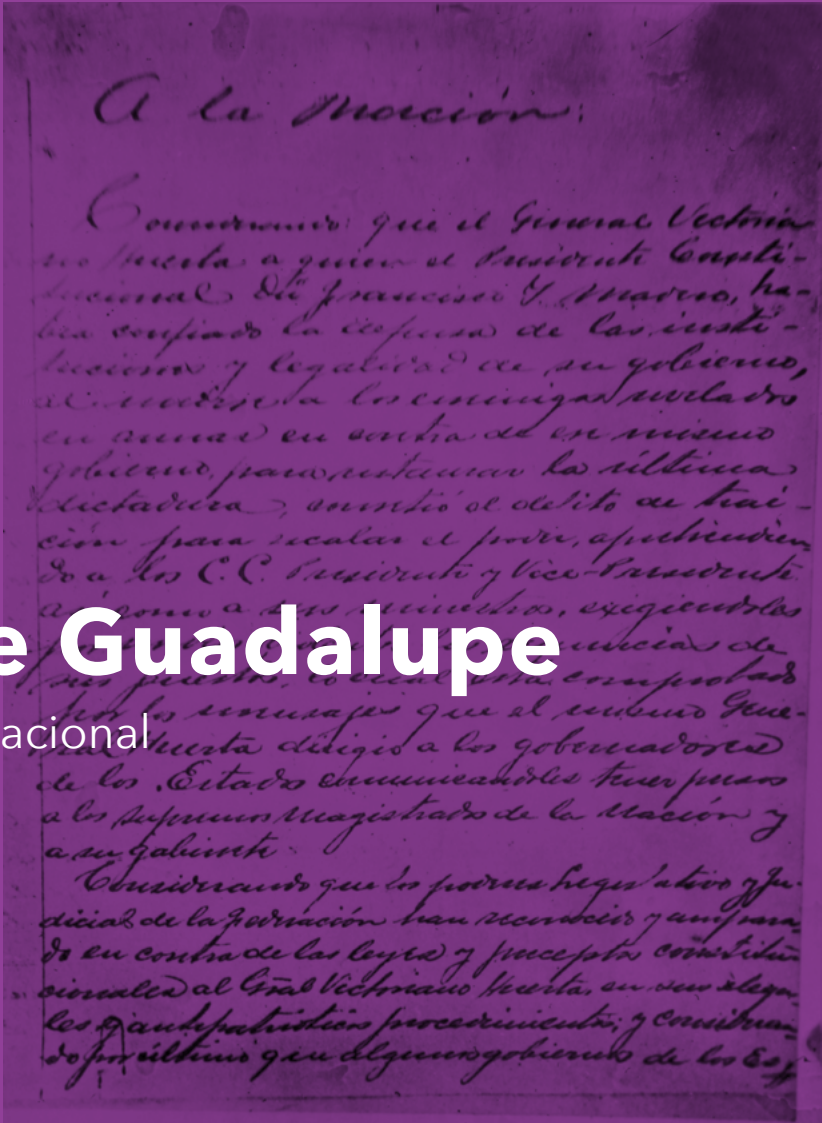
jita, ya veremos cuando lleguemos a ese paso. Con la lentitud de la alcaldía y todas las trabas que ponen, a lo mejor me muero primero.”

En eso está mi pobre abue en el momento de publicación de este relato: esperando que le den la constancia de publicación para poder seguir con el proceso que se ha empecinado en concluir. Desde que inició incisivamente sus intentos en febrero de 2019 hasta inicios de noviembre del mismo año, sigue sin poder ingresar la solicitud de manifestación de obra. Teme que el año acabe sin poderlo lograr. Reza todos los días por si acaso el coordinador de la alcaldía tiene razón y sólo Dios le concederá la manifestación para construir su casa antes de “colgar los tenis”, como ella dice.

PARA SABER MÁS

Nieta Justiciera, “Trámites absurdos: mi abuelita intenta construir casa en Coyoacán”, <i>Boletín Amigos de Coyoacán GO20</i> , septiembre de 2019.	Nieta Justiciera, “La abuelita contraataca en la Ventanilla Única”, <i>Boletín Amigos de Coyoacán GO20</i> , octubre de 2019.	DAMIÁN SZIFRON (dir.), <i>Relatos salvajes</i> , Argentina, 2014.	UGALDE, VICENTE, “Del papel a la banqueta: testimonio del funcionamiento de la regulación urbano-ambiental” en Alicia Azuela (coord.), <i>La ciudad y sus reglas: sobre la huella del derecho en el orden urbano</i> , México, UNAM-ISS, 2016.
Nieta Justiciera., “Mi abuelita sufre trauma burocrático severo (TBS)”, <i>Boletín Amigos de Coyoacán GO20</i> , noviembre de 2019.			

EDWIN ALBERTO ÁLVAREZ SÁNCHEZ
Museo Casa de Carranza



El Plan de Guadalupe

Un documento fundacional

El artículo 4° del llamado Plan de Guadalupe, proclamado por Venustiano Carranza el 26 de marzo de 1913 para restaurar el orden constitucional, consigna el nacimiento de nuestro ejército y fuerza aérea. Allí está el origen de nuestras fuerzas armadas.

i Primera página del Plan de Guadalupe, 1913, Museo Casa de Carranza. Secretaría de Cultura- INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

Cada 19 de febrero se celebra el Día del Ejército y Fuerza Aérea Mexicanos. Esto se debe a que, en esa fecha, el año de 1913, el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, obtuvo autorización de la legislatura local para levantarse en armas contra el general Victoriano Huerta, a fin de defender el orden constitucional, violentado por la aprehensión del presidente Francisco I. Madero y su gabinete. La autorización quedó consignada en el decreto 1421.

Sin embargo, ese decreto por sí solo no estableció ninguna fuerza armada. Simplemente dio a Carranza un respaldo legal para sublevarse. Días más tarde, el expresidente Madero, que coaccionado por Huerta había presentado su renuncia ante el Congreso de la Unión, fue asesinado. Al tanto de este hecho, Carranza abandonó la ciudad de Saltillo con una pequeña comitiva, decidido a encabezar un movimiento armado.

Huerta no tardó en responder y envió contra el gobernador rebelde a los generales Fernando Trucy Aubert, Arnoldo Casso López y Manuel Blázquez. Este último, padre del jefe de la Guardia Presidencial del extinto Madero, ocupó la capital coahuilense y asumió el gobierno de la entidad. Durante las primeras semanas del movimiento, Carranza se dedicó a merodear en las cercanías de Saltillo, para después librar un malogrado combate en Anhué. La llegada al estado del coronel Guillermo Rubio Navarrete y del mayor Joaquín Mass Aguila lo obligó a operar con más prudencia. Estableció su cuartel general más al norte, en Monclova, donde planeó un ataque a Saltillo, que resultó en un nuevo revés.

Dos derrotas consecutivas llevaron a los jefes y oficiales rebeldes a cuestionar el liderazgo militar de don Venustiano, quien no se aferró al mando operativo de sus fuerzas. Pablo González, Jesús Carranza –su hermano menor– y Francisco Coss se desprendieron del contingente principal, a fin de operar por su cuenta, aunque sin dejar de reconocer su autoridad política. Sin embargo, consciente de la necesidad de consolidar el movimiento ante la opinión pública nacional y extranjera, el también conocido como Varón de Cuatro Ciénegas acordó con su secretario Alfredo Breceda la elaboración de un programa de acción mientras hacían la marcha de regreso hacia Monclova. Este fue redactado en la hacienda de Guadalupe, propiedad de un amigo de Carranza llamado Marcelino Garza.

El llamado Plan de Guadalupe fue dictado por don Venustiano a Breceda y contenía siete puntos o artículos, el primero de los cuales desconocía a Huerta como presidente de la república. El segundo desconocía a los poderes legislativo y judicial por haber sancionado la usurpación admitiendo la renuncia de Madero. En el tercer artículo se desconocía a los gobernadores que 30 días después de publicado el Plan siguieran aceptando la administración huertista, lo que evidentemente buscaba la adhesión del movimiento de algunos de los que hubieran optado por plegarse al cuartelazo. El artículo 4° establecía, ahora sí, la existencia de un ejército constitucionalista, a cuya cabeza estaría el propio Carranza en calidad de primer jefe. El artículo 5° informaba que, tras el triunfo del movimiento, el primer jefe ocuparía la presidencia interina de la república, en tanto que

66 los artículos 6° y 7° versaban sobre las elecciones a celebrarse a nivel federal y estatal con objeto de sustituir a las autoridades espurias. Cabe añadir que la razón de que el ejército revolucionario adoptara el título de constitucionalista se debió a que su misión original fue restablecer el orden constitucional violentado por el cuartelazo huertista.

El texto fue presentado por Carranza y Breceda a los jefes y oficiales rebeldes, a fin de que lo aprobasen y asentaran sus firmas. No obstante, la mayoría de ellos opinó que el texto era muy escueto y que necesitaba más explicaciones. Ciertamente, el Plan de Guadalupe en su versión original cabía en una sola cuartilla, mientras que el farragoso Plan de San Luis de Madero había cubierto alrededor de once fojas completas. Don Venustiano defendió su plan, no sólo por indicar un sencillo programa político a seguir sino por no hacer promesas incumplibles. Los jóvenes oficiales insistieron y obtuvieron la anuencia del primer jefe para asentar una introducción o “considerandos”, que explicaban las causas del movimiento revolucionario. Terminada la redacción definitiva, los 66 jefes y oficiales del naciente ejército constitucionalista que estaban presentes escribieron sus rúbricas. Entre ellos cabe destacar a los futuros generales Jacinto B. Treviño, Lucio Blanco, Cesáreo Castro, Gustavo Elizondo, Guadalupe Sánchez, Francisco J. Mújica, Agustín Millán, Manuel W. González y el ya citado Breceda.

Carranza no firmó su propio Plan, pues el tono del artículo 4° indicaba que el documento fue acordado por los firmantes, quienes habían decidido nombrarlo como su jefe. Habría sido de mal gusto e impolítico que don Venustiano se hubiera autonombrado líder del movimiento. De cualquier manera, con esto se

seguía el procedimiento usual de los pronunciamientos del siglo XIX, cuyos textos daban a entender que el verdadero redactor del Plan no estaba enterado del mismo y que había sido nombrado por otras personas –los supuestos redactores– como cabecilla de la revuelta.

Pasaron varios meses para que el ejército constitucionalista cobrara realidad, a través de los cuerpos de ejército del noreste, noroeste y oriente, así como de la división del norte villista. No obstante, el Plan de Guadalupe y la amplia difusión que recibió fueron fundamentales para organizar la lucha a nivel nacional y en torno a la figura del primer jefe. La victoria militar sobre el huertismo se alcanzó el 23 de junio de 1914, con la batalla de Zacatecas, aunque el ejército federal se rindió hasta la firma de los Tratados de Teoloyucan, el 13 de agosto del mismo año. Posteriormente, a partir del 12 de diciembre de 1914 y hasta febrero de 1915, el primer jefe decretó una serie de adiciones al Plan de Guadalupe, encaminadas a poner los cimientos de una profunda reforma social –agraria y obrera–, así como política, una vez alcanzado el triunfo sobre la Convención de Aguascalientes, apoyada por Francisco Villa y Emiliano Zapata.

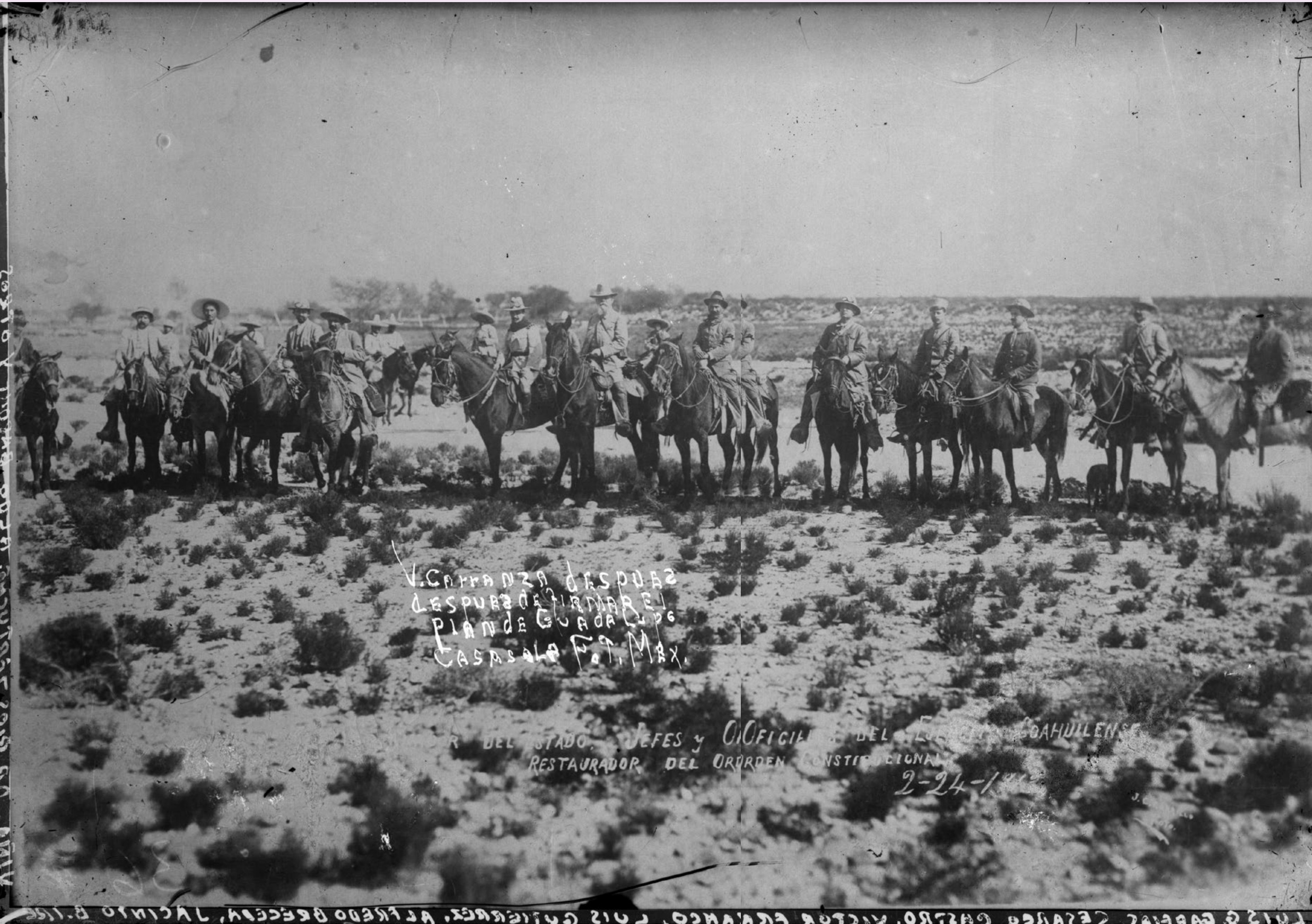
Ahora bien, ¿por qué puede considerarse que dicho Plan es el documento fundacional del ejército mexicano contemporáneo? La respuesta obedece a que el actual instituto armado se considera descendiente directo del ejército constitucionalista. Ciertamente, después de la desaparición del ejército nacional o federal en virtud de los Tratados de Teoloyucan; de la reducción de la división del norte a una guerrilla localizada en Chihuahua luego de la derrota convencionista de 1915-1916, y de la incorporación de los restos del ejército libertador del sur

67



ii

G. Sánchez Guerrero, *Venustiano Carranza*, óleo sobre tela, siglo XX, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



iii
Venustiano Carranza después de firmar el Plan de Guadalupe, 1914, inv. 33600, SINAFO. Secretaría de Cultura-**INAH**-Méx. Reproducción autorizada por el **INAH**.

70 al ejército gobiernista en virtud de su adhesión al Plan de Agua Prieta de 1920 no quedó en pie otra fuerza digna de llamarse “ejército” además del constitucionalista. Este último adoptó el nombre de ejército nacional a partir de la promulgación de la Constitución de 1917, convirtiéndose, de hecho, en la fuerza armada oficial de los Estados Unidos Mexicanos.

Los años posteriores a 1917 atestiguaron los continuos esfuerzos por profesionalizar e institucionalizar a dicho ejército, así como por someterlo a la autoridad del Estado. El general Álvaro Obregón, como secretario de Guerra y Marina, dio los primeros pasos en ese sentido y los continuó como presidente de la república, aprovechando la rebelión delahuertista para depurar las filas del ejército. Su sucesor, el general Plutarco Elías Calles, encomendó la continuación de esta tarea a su secretario de Guerra, Joaquín Amaro, quien se valió a su vez de la rebelión escobarista para purgar a los elementos desleales al orden legal. Paralelamente, se establecieron planteles educativos de gran importancia, como la Academia de Estado Mayor, el restablecido Colegio Militar y la Escuela Superior de Guerra.

De tal modo, puede considerarse con justicia que el Plan de Guadalupe es el documento fundacional del ejército mexicano de nuestros días, incluida la fuerza aérea, que fue creada por el propio Carranza en el curso de la lucha constitucionalista. Sin embargo, cabe preguntarse qué sucedió con el documento en sí, luego de que fuera sustituido por la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, como base legal del Estado mexicano y sus fuerzas armadas.

Al parecer, don Venustiano conservó el manuscrito original en su poder, el cual pasó a

manos de su hija mayor Julia Carranza, luego de su asesinato en Tlaxcalantongo, Puebla, la madrugada del 21 de mayo de 1920. Ella preservó el documento en el mayor secreto, sin compartir información al respecto, ni siquiera con su hermana Virginia ni con el esposo de esta, el general Cándido Aguilar. Este último se propuso encontrar el manuscrito para donárselo al museo Casa de Carranza, que estaba en proceso de ser montado por la Asociación de Diputados Constituyentes. El general Aguilar falleció en 1960, sin ver cumplidos sus deseos. El museo fue inaugurado el 5 de febrero del año siguiente. Julia Carranza falleció en 1965, lo que llevó a su hermana Virginia a hurgar en sus papeles, hallando por fin el famoso Plan. Deseosa de cumplir los deseos de su finado esposo hizo entrega del documento al teniente coronel Ignacio Suárez, primer director del museo Casa de Carranza, así como a la Asociación de Diputados Constituyentes. El acta respectiva se encuentra en el Archivo General de la Nación, galería 7, fondo Rafael Carranza, pero también puede ser consultada en el libro titulado *Plan de Guadalupe. Decretos y acuerdos 1913-1917* (INEHRM/SEDENA/SEP, 2013).

Así pues, desde el 10 de diciembre de 1965, el museo Casa de Carranza resguarda este importantísimo documento de la vida nacional. Cabe añadir que, por algunos años, las cédulas de dicho museo afirmaban que el original del Plan había estado escondido en un tubo de la cama de Julia Carranza. Sin embargo, ese dato ha sido corregido gracias a la información del acta citada y de una carta dirigida por Virginia Carranza al teniente coronel Suárez, cuya copia fotostática se encuentra resguardada en ese mismo recinto.

iv

Venustiano Carranza con militares y funcionarios, ca. 1917, inv. 41299, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

71



PARA SABER MÁS

BARRÓN, LUIS, *Carranza: el último reformista porfiriano*, México, TusQuets, 2009.

CARRANZA, VENUSTIANO, *Plan de Guadalupe. Decretos y acuerdos 1913-1917*, México, SEDENA-INEHRM-SEP, 2013.

GARCÍADIEGO, JAVIER, *1913-1914 de Guadalupe a Teoloyucan*, México, Clío/Gobierno de Coahuila, 2013.

SALMERÓN, PEDRO, *Los carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2009.

ÁNGEL AURELIO GONZÁLEZ AMOZORRUTIA

72

Juan García Ponce

y el privilegio de la mirada en el arte

Juan García Ponce abordó en sus obras distintintas vertientes, que van desde la literatura hasta la crítica de arte. Tuvo además un papel fundamental en la formación de la llamada Generación de la Ruptura.

73

i Juan García Ponce, 1981. Fotografía de Elisa Cabot, Flickr commons.

*El poder de la belleza y la imaginación.
Ese es el derecho del arte.
Con él, en él,
Nos devuelve el derecho a la vida.*

Uno de los escritores más importantes de la literatura mexicana en la década de 1960 fue el yucateco Juan García Ponce (Mérida, 22 de septiembre de 1932 - Ciudad de México, 27 de diciembre de 2006), conocido por su vínculo con las vanguardias literarias de esos años, y autor de obras importantes como: *La casa de la playa* (1966) y *El gato* (1974), entre muchas más.

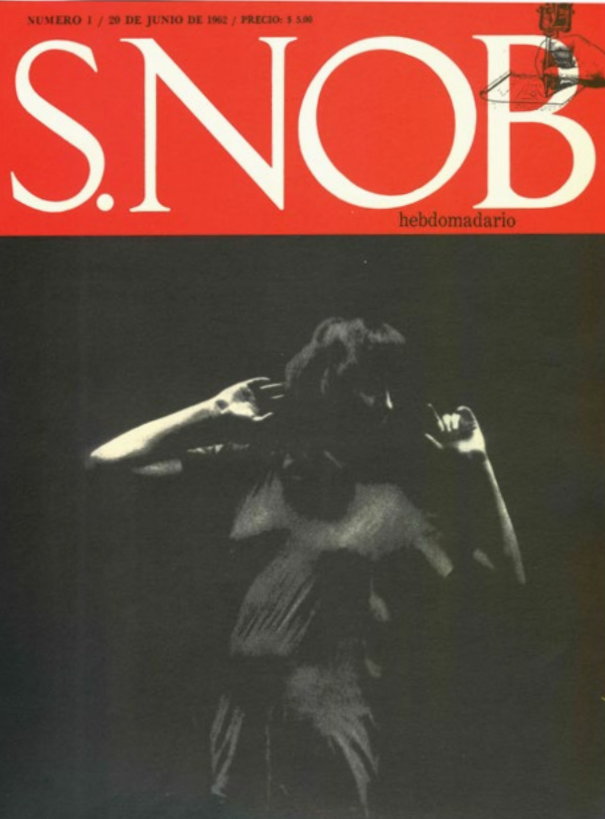
No obstante que su trabajo literario estuvo centrado en la novela y el cuento, García Ponce se involucró en la escena pictórica de esos años, en un principio de manera casi “natural” –dado que su hermano Fernando fue uno de los jóvenes exponentes de la nueva estética que se ensayaba en la pintura nacional–, al escribir textos sobre una generación, la de la “ruptura”, que aspiraba a cambiar los cánones entonces vigentes. Este texto se centra en esa integración entre literatura y pintura manifiesta en sus escritos.

En un entorno de cambios sociales y políticos, el arte también hizo eco en diversas expresiones como la música, las letras, la pintura, el teatro y el cine. En cuanto al ámbito pictórico, Juan García Ponce analizó a la nueva generación de pintores, que buscaron nuevos caminos de expresión, a través de su texto *Nueve pintores mexicanos*.

Dicha generación irrumpió en México a mediados de la década de 1960; en ese momento un conjunto de artistas buscó nuevas rutas sobre el arte, lejos de la categórica sentencia de David Alfaro Siqueiros “*No hay más ruta, que la nuestra*”; donde los dogmas de la Escuela Mexicana de Pintura sobre el nacionalismo en el arte asfixiaba y censuraba todo quehacer artístico que no contribuyera a

la exaltación del nacionalismo, donde el arte únicamente era un medio para la construcción de la grandeza de la nación. Los museos de la ciudad y el discurso estético del Estado se consagraban en difundir la obra de aquellos artistas que exaltaban los valores triunfantes de la revolución mexicana, un pasado indígena ensalzado como una utopía de orden perfecto de un pasado glorioso, y los ecos del muralismo, que había iniciado, en la segunda década del siglo xx, una cruzada en los edificios públicos bajo el apostolado de José Vasconcelos, secretario de Educación Pública, que respondió al momento histórico pero cuyo discurso, en cierta forma, se había agotado a mediados de la década de 1950.

García Ponce, de padre español y madre yucateca, pasó la niñez entre Campeche y el estado materno. En su *Autobiografía precoz* (1966), que le fue encargada por el crítico literario Emmanuel Carballo, junto con otros escritores como Salvador Elizondo y José Agustín, describe cómo fue formada su vocación hacia la escritura, ciertamente tardía de acuerdo con su propio testimonio, y cómo su infancia transcurrió en casas señoriales de amplios patios y, siguiendo las costumbres de la época, bajo el cuidado de su abuela, tías y nana. Estudió la primaria con los mariistas en Mérida. Este ambiente se refleja en su obra *El canto de los grillos*, que en 1956 ganó el Premio Ciudad de México, siendo galardonado por el entonces presidente de la república Adolfo Ruiz Cortines, en un hecho que definiría su destino como escritor, mismo que lo alejó del destino que su padre le tenía reservado, continuar con la tradición de manejar los negocios familiares.



Muy joven se trasladó a la ciudad de México para estudiar Letras Alemanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde entró en contacto con profesores y escritores. Cabe señalar que desde los años cuarenta se habían incorporado a ella varios intelectuales y académicos españoles, exiliados por la guerra civil, gracias a la generosa y valiente política de asilo que emprendió el presidente de la república, el general Lázaro Cárdenas del Río. Esta afluencia de escritores y filósofos, como José Gaos, Max Aub y editores como Joaquín Diez Canedo, por citar algunos, fue muy valiosa para la literatura y la crítica; también llegaron a México artistas como Leonora Carrington (con quien después Juan colaboraría en la mítica *Revista S.nob* de arte y literatura), Remedios Varo, Vlady, hijo de Víctor Serge, quienes también huyeron del fascismo; todos con clara influencia surrealista y de las vanguardias europeas, que eventualmente se confrontaron, en ciertos aspectos, con el discurso del arte de cuño nacionalista.

En la ciudad de México, Juan García Ponce entró además en contacto con escritores y artistas como José Emilio Pacheco, Carlos Monsiváis, Salvador Elizondo, José de la Colina, Sergio Magaña, Juan José Arreola, Rosario Castellanos, Juan José Gurrola, Juan Vicente Melo, que

ii

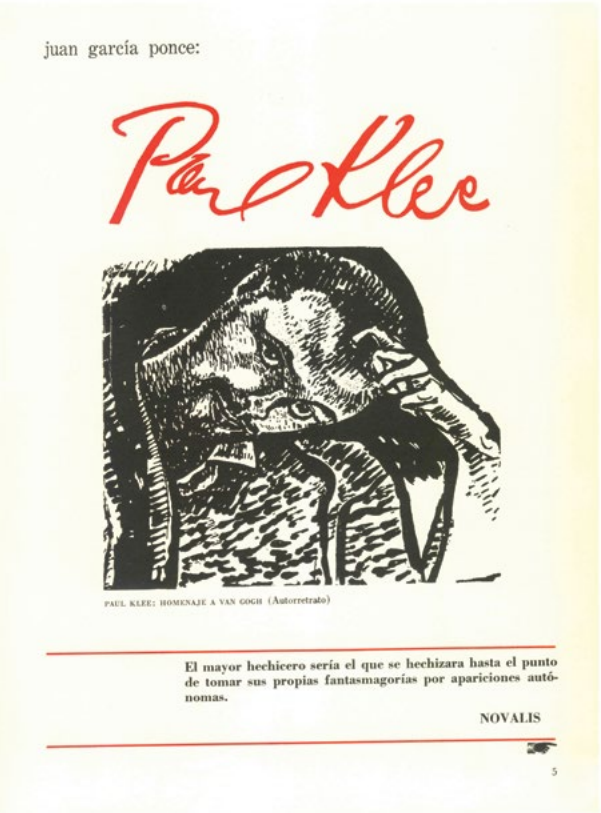
Portada de *S.Nob*, núm. 1, 20 de junio de 1962. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

fueron llamados también la Generación de Medio Siglo o Casa del Lago.

Lo cierto es que esta notable generación de escritores revolucionaría la concepción del arte y la literatura. Gracias a su obra, la visión de un México más lejano a sus fronteras daría la pauta para entender el espíritu libertario de una época que tuvo su punto de quiebre histórico con el movimiento estudiantil de 1968, en el que Juan García Ponce participó, y que se manifestó en su obra, sobre todo en dos novelas: *La invitación*, editada por Joaquín Mortiz, y cuyo diseño de portada fue realizado por el maestro Vicente Rojo, exiliado español, y *La crónica de la intervención*, publicada en México por el Fondo de Cultura Económica, ambas imprescindibles sobre el movimiento estudiantil, al que se suman historias y erotismo, que también eran un reflejo de la época.

Igualmente importantes y revolucionarios fueron sus textos sobre el arte contemporáneo en los que defendió a una nueva generación que era descalificada desde las posiciones del oficialismo. En ese sentido, vale la pena retomar las letras de Octavio Paz cuando señala, en *Los privilegios de la vista: Arte de México*:

A pesar de tantos defectos y lagunas, no todo ha sido perdido. Combatí por la libertad del arte cuando los dogmáticos y los diaconistas delirantes distribuían anatemas y excomuniones como pan maldito; defendía a Tamayo, a Gerzo y a los otros artistas independientes cuando los cuestoreos y los censores con su tropa de alguaciles y alguacilas los amenazaban con el sambenito y la coraza de los herejes y los relapsos, me negué a confundir la bandera tricolor con la pintura y a los catecismos del realismo socialista con la estética. Fue una pelea solitaria pero a la mitad aparecieron aliados inesperados: Alberto Gironella, Jose Luis Cuevas, y un poco después, los pintores que surgieron hacia 1960. Esta nueva generación tuvo la fortuna de encontrar un crítico generoso e inteligente: Juan García Ponce. Desde entonces hemos sido testigos de muchos cambios.



Conviene precisar que en su formación como crítico de arte, fue definitivo su primer viaje a Europa. En esa ocasión entró en contacto directo con los pintores europeos, pasó un año recorriendo museos en varios países, que influyeron considerablemente en su visión del arte. También fue determinante su cercanía con los escritores alemanes y austriacos, que posteriormente introduciría en México a partir de sus traducciones y ensayos, como Robert Musil, sin lugar a dudas, el autor que más lo marcó.

La concepción y la crítica de arte que realizó no fue solamente una historia del arte, fue sobre todo una mirada humanista que le permitió la conjunción de su quehacer literario con un conocimiento amplio de la pintura, como quedó de manifiesto en los ensayos que realizó en torno a sus escritores y pintores favoritos: Octavio Paz, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Jorge Cuesta, Truman Capote, Salvador Elizondo, Mario Vargas Llosa, Marcel Proust, Jorge Ibargüengoitia, Pablo Picasso, Paul Klee, y Jorge Luis Borges, por citar algunos. En estos ensayos se observa una nueva manera de entender el arte, lejos del acartonamiento del estudio formal e historicista.

iii

Artículo de Juan García Ponce en *S.Nob*, núm. 6, 25 de julio de 1962. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

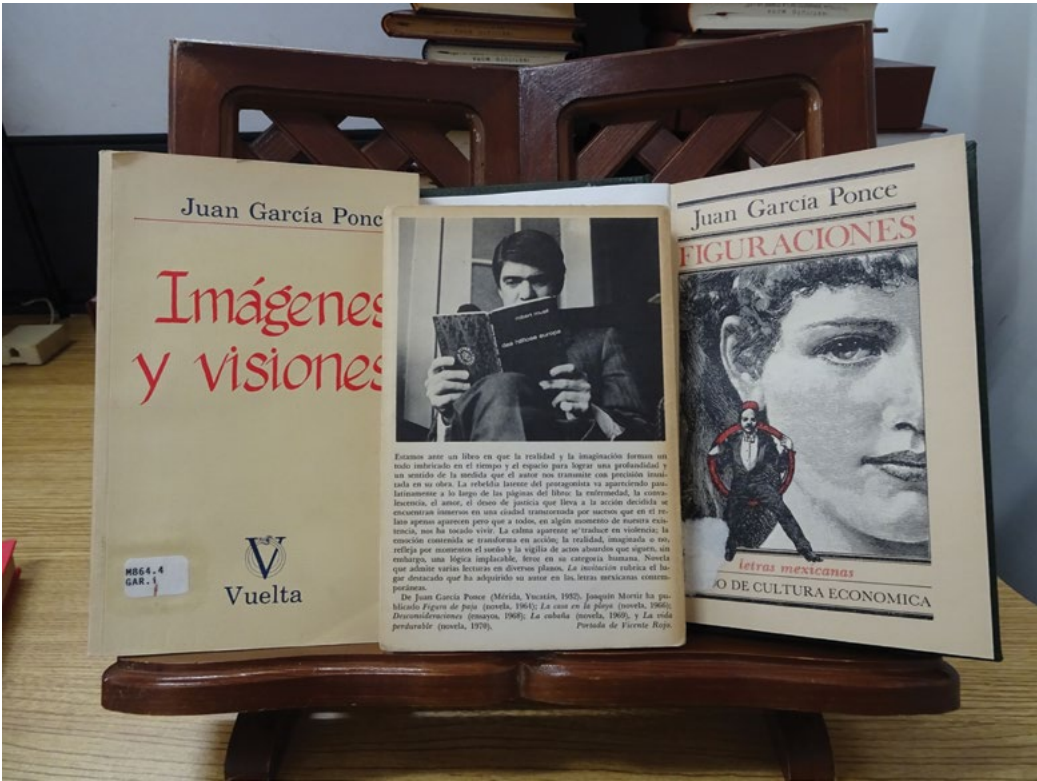
1968

A finales de la década de 1960, Juan ya había publicado diversas novelas y ensayos. En ese año recibió la noticia de que sufría de esclerosis múltiple, enfermedad crónica que le haría perder movimiento y lo confinaría a una silla de ruedas el resto de su vida. Lo anterior no sería, sin embargo, un obstáculo para su proceso creativo.

En ese año también se realizó la exposición Nueve Pintores Mexicanos en la galería Juan Martín, que se había constituido como la más importante y agrupaba a los artistas de la generación de la ruptura, que nunca fueron un grupo formal ni realizaron manifiesto alguno, pero los unió una amistad cercana. La mayoría se formó en Europa e irrumpió en el arte con propuestas de vanguardia lejanas a la Escuela Mexicana de Pintura. El término “ruptura” también ha sido debatido, ya que como afirmaba la historiadora Teresa del Conde, ellos no pretendían romper con nada, buscaban en sus propuestas individuales formas innovadoras del arte que en esa época no eran bien vistas por los artistas afines al discurso nacionalista. En la exposición y el libro publicado a raíz de ella participaron Manuel Felguérez, Alberto Gironella, Lilia Carrillo, Vicente Rojo, Roger von Gunten, Fernando García Ponce, Gabriel Ramírez, Francisco Corzas y Arnaldo Coen.

Posteriormente, Roger von Gunten relató en una entrevista:

Recuerdo la presentación que hizo Juan [Martín] en su galería del libro *Nueve Pintores Mexicanos*, que Juan García Ponce escribió de nosotros. Eran tiempos muy dramáticos, fue cuando surgió el movimiento estudiantil de 1968. El libro atrajo la atención de las autoridades. Llevaba en la cubierta las huellas digitales de todos nosotros y como éramos una generación nos vieron con sospecha. Recuerdo que hubo patrullas delante de la galería y al entrar nos cateaban. Adentro había muchas personas vestidas de civil que se esforzaban por mirar los cuadros, pero que evidentemente eran policías o agentes.



En ese contexto, la participación de García Ponce en el movimiento estudiantil fue activa; desde la revista *Siempre* y en sus escritos habituales realizó crítica de arte y literatura, además de que participó con manifiestos y cartas abiertas contra la represión de los jóvenes. Conviene señalar que por entonces realizó la traducción de dos importantes textos de Herbert Marcuse: *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional*, en un momento en el que se debatía sobre el impacto de la sociedad industrializada, el uso de la píldora anticonceptiva y la minifalda, y se planteaban diversos modelos de vida lejos del esquema tradicional. El propio presidente de la república, Gustavo Díaz Ordaz llamó a este pensador *filósofo de la destrucción*, pues pensaba que la juventud mexicana estaba influenciada por ideas perniciosas que pretendían romper el orden y la paz en México.

Nueve pintores mexicanos marcaría a varias generaciones de artistas que en Juan encontraron la cohesión a partir del goce estético y la amistad entre ellos. Y es que, en el universo del arte, las exposiciones van dejando una estela en la memoria, y justamente esta exposición se con-

sidera como el momento fundacional de la Generación de la Ruptura. Años después, la Fundación Fernando García Ponce editó el libro *Juan García Ponce y su colección pictórica*, que reúne las obras que se expusieron y donde el escritor comenta su relación con la pintura: “es lo que yo he hecho poniendo además [en] unas palabras mi admiración por muchos pintores mexicanos. Ellos me devuelven mi complicidad original con la suya. A todos les doy las gracias por haberme dado la oportunidad de mirar.”

El museo Fernando García Ponce, Fundación Cultural MACAY, en Mérida, Yucatán, dedicado a la promoción y difusión del arte moderno y contemporáneo en esa entidad tiene una sala permanente en su honor y se ocupa de compilar sus escritos y difundir su obra. En este sentido, realizó el documental “El placer de la mirada en Juan García Ponce”, en el que varios escritores como José de la Colina, Hernán Lara Zavala, Huberto Batis, Adolfo Castañón, Teresa del Conde y el autor del presente texto, dimos testimonio de la trascendencia de su obra, tal y como lo señala el título de una de sus novelas: *La vida perdurable*.

iv
Obra de Juan García Ponce en la Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora. Fotografía de Norberto Nava, 2019.

v
Obra de Juan García Ponce en la Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora. Fotografía de Norberto Nava, 2019.



La participación de García Ponce en el movimiento estudiantil fue desde la revista Siempre, así como en manifiestos y cartas abiertas contra la represión de los jóvenes.

PARA SABER MÁS

Fundación Macay, “El placer de la mirada en Juan García Ponce”, en <<https://macay.org/television/video/469/el-placer-de-la-mirada-de-juan-garcia-ponce->>.

GARCÍA PONCE, JUAN, *Nueve pintores mexicanos*, México, Pértiga, 2006.

GARCÍA PONCE, JUAN, *Obras reunidas*, México, FCE, 2003-2008, 5 vols.

Ramírez Faušto, “Adiós al paraíso”, *Catálogo del Museo de Arte del Estado de Veracruz*, México, Fomento de Cultura Banamex, 2001.

MODESTA FONTICOPA

78

Lorenzo cabalga veloz sin rumbo fijo por sus amadas sierras. Un instante después de montar su caballo sintió una bala pasar rozándole el hombro. Escapaba de su casa, escapaba de la ira de su padre. Su padre le había disparado. Después de galopar por largo rato, aminora la marcha sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. Luego se detiene sin dejar de pensar: “Una bala pasó rozándome el hombro, mi propio padre quiso matarme.”

LORENZO, “EL MIXE”

Lorenzo no ha cumplido aún los quince años, aunque parece un poco mayor. Una incipiente pelusa ha empezado a asomar encima de su labio superior. Se baja de su montura cabizbajo y triste, camina con el corazón estrujado. Está acostumbrado a trabajar duramente y a recibir golpes de su padre, Eulalio. “Mi padre me insulta y me maltrata, a pesar de eso, yo sigo respetándolo. ¿Por qué me odia tanto que hasta quiso matarme? Igual no le tengo miedo.” Ha oscurecido, temblando de frío y angustia busca dónde recostarse. Llega a un paraje donde las copas de los frondosos árboles se unen unas con otras. Se acuesta entre ellos, pero sus negros pensamientos no lo abandonan. Se levanta y busca hojas grandes de platanar para taparse. Vuelve a acostarse y se duerme al fin.

79

Se despierta cuando oye relinchar al “Negro”. Un hombre con uniforme militar lo tiene tomado por las riendas. Otros dos lo toman a él. Pensando lo peor forcejea tratando de escaparse, un golpe lo tumba al suelo. Lo levantan y le amarran las muñecas a la espalda.

—¿Un espía carrancista, eh? Pues nosotros fusilamos a los espías.

Lorenzo no entiende lo que le dicen, el único idioma que habla es el mixe, pero aquellos soldados de feroces miradas le infunden gran temor. Trata de comunicarse con ellos en su lengua: “Mästutkötsj kääts tytintuñj” (“Déjenme, yo ni hice nada”).

Al oírlo, uno de ellos se echa a reír mientras mira a sus compañeros.

—¿Y este, qué jijos dice? A mí no me engaña vestido como está, como un indio de la sierra. Mírenle la cara y los ojos y vean nomás qué caballo tiene. Este no es un indio serrano. ¡Vamos a llevarlo al cuartel y allá lo ajusticiamos!

—¡Vamos, pues! —dice otro—, a ver si allá lo hacemos hablar.

Lo amarran por la cintura a un caballo al que hacen galopar despacio. Por un largo trecho corre brincando los pedruscos intentando no caer. Poco después, los soldados miran hacia atrás y, entre carcajadas, espolean sus caballos jalándolo hasta que cae, arrastrándolo entre las piedras y tierra del camino. En un momento sus calzones quedan destrozados, las desnudas piernas sangran desgarradas y el pecho se le llena de arañazos. Lorenzo trata de levantar la cabeza; apenas alcanza a elevarla unos milímetros del suelo. Este trayecto dura sólo unos instantes. Los soldados no quieren que se les muera en el camino. Al llegar al cuartel lo avientan a un calabozo y le dicen al sargento que se han encontrado a un espía de Carranza.

—¿Ha confesado algo?

—No, el muchacho hace como que no sabe hablar castellano. ¿Qué hacemos con él mi sargento?

—Ya saben lo que se hace con los espías, ¡formen el pelotón de fusilamiento!, yo tengo que salir del cuartel. Me han mandado llamar, ¡ustedes se encargan!

Abren la puerta del calabozo. Lo encuentran acuclillado y asustado en un rincón, tratando de limpiar sus rodillas de la sangre y tierra pegadas a ellas con los jirones de manta que quedan en sus calzones. Mira con temor a los que abren la puerta, lo sacan a empujones al patio y lo ponen contra la pared.

Cuando ve los rifles en las manos de los soldados, su corazón comienza a galopar locamente. Como último intento vuelve a gritar desesperado: “¡Mästutkötsj kääts tytin!”

Al escucharlo, el sargento Jacinto brinca de su asiento y sale a toda velocidad al patio gritando:

—¡Alto! ¡Alto! —cuando ya el pelotón apuntaba hacia Lorenzo—. ¡Tráiganlo a mi despacho!

El muchacho, muy pálido, tiembla en frente del sargento. Jacinto lo mira y le habla en mixe:

-¿De dónde eres?

Al oírlo, Lorenzo mira asombrado hacia el hombre alto que tiene enfrente y ve una sonrisa amable en sus labios, entonces empieza a hablar con voz entrecortada:

-Soy mixe... de la sierra... soy de Tlahuitoltepec... en la sierra alta. No sé por qué quieren matarme, de verdad yo no hice nada.

-Te creo, yo también soy de allá. Dime, ¿de quién eres hijo?

-Mi padre se llama Eulalio Robledo y mi madre...

-Tu madre se llama Martina, -le dice adelantándosele-, ¡Es increíble!, eres hijo de Martina. Afortunadamente te oí cuando gritabas en nuestra lengua; estaba a punto de irme, un poco más y estarías muerto. Yo también soy de tu pueblo, soy hijo de María, la que fabrica y vende cerámica.

-Si usted es mixe, dígame por qué iban a fusilarme.

-Creyeron que eras un espía, nosotros somos gente del general Guillermo Meixueiro, líder del Ejército Soberanista Oaxaqueño. La gente de Carranza anda tras nosotros. Desde hace unos meses nuestro estado es independiente, ya no pertenecemos a la república mexicana. Tenemos nuestra propia moneda y nuestros propios timbres postales. El gobernador de Oaxaca, José Inés Dávila, organizó un gobierno soberano, quiero decir, un gobierno libre, sólo nuestro.

-¿Y eso es bueno o es malo?

-Puede ser que fuera bueno, aunque no creo que podamos con Carranza. Dicen que esta es la cuarta vez que Oaxaca intenta ser independiente, yo creo que no lo vamos a lograr.

-¿Me está diciendo que piensa que no va a ganar la guerra?, ¿entonces para qué pelea?

-Porque soy un soldado y es mi deber. ¿O tú no defenderías tu casa y a tus padres, aunque fuera enfrentándote a gente que sabes que no podrás vencer?

-¡Sí que lo haría, aunque me mataran! ¡Y también defendería mi pueblo! A nuestra casa llegaron varias veces, a caballo, hombres vestidos de soldados a robarnos los animales y los granos. Mi padre y yo les disparamos con escopetas a dos de ellos.

-Podían haber sido hombres de Carranza, o algunos revolucionarios que se fueron convirtiendo en bandidos al terminar la revolución. Dime, ¿a ti no te gustaría ser soldado? ¿Cuántos años tienes?

-En dos meses cumpliré quince. Yo no quiero ser soldado, nomás quiero cuidar a mi madre.

El sargento Jacinto Álvarez palidece cuando oye la edad de Lorenzo.

-¿Casi quince años? Y ¿cuántos hermanos tienes?

-Tengo tres hermanas, hijas de mi padre. Mi madre sólo me tuvo a mí.

Un pensamiento hiere su imaginación: “Hace algo menos de dieciséis años que yo...”. Lo mira de arriba abajo; está sucio, casi desnudo,

herido y ensangrentado. Da unos pasos hacia él.

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Lorenzo Robledo.

-¡Ven, Lorenzo, acércate aquí a la ventana! -Jacinto observa detenidamente sus facciones. Tiene la cara ennegrecida con tierra y la barbilla arañada; al ver de cerca sus ojos verdosos el pulso se le acelera. Saca un pañuelo, lo humedece y limpia aquella cara bronceada por el sol. -Dime Lorenzo, ¿a quién te pareces?

-No sé, mi padre me mira y me pregunta lo mismo.

-Vamos afuera, tengo que salir del cuartel. Mi capitán me mandó llamar, esperas aquí mi regreso, quiero seguir hablando contigo. Llama al cabo de guardia y le ordena: -¡Quiero que cuides este muchacho mientras yo vuelvo! ¡Le pones una tinaja con agua para que se bañe! Le traes alguna ropa usada y algo de comer. Y, ¡joye bien lo que te digo! Me respondes de él con tu vida.

Lorenzo se queda varios meses viviendo en el cuartel. Ha aprendido algo de castellano, trabaja en las caballerizas, limpia las instalaciones y cepilla su hermoso caballo, que es envidia de la tropa, sobre todo de un cabo que no le quita los ojos de encima. Un día que el sargento había salido a recorrer y vigilar las sierras con algunos de sus hombres, Lorenzo observa cómo los soldados afinan su puntería en los patios, apuntando a ciertos blancos, uno de ellos se fija en él y le pregunta:

-¿Quieres probar?, ¿sabes disparar? Y le muestra un revolver.

-¡Tómalo! ¡Dispara hacia allí! -le dice señalando hacia dónde apuntar.

Lorenzo estira el brazo, apunta y dispara. La bala sólo pasa cerca del blanco.

-Tienes que apuntar mirando esta parte del arma, aquí arriba, luego disparas con calma y cuidado las primeras veces, lo primero es acertar, luego irás tomando velocidad, porque en caso de enfrentarte a alguien deberás hacerlo muy rápido.

El muchacho no entiende la totalidad de la explicación, pero sí la manera de apuntar hacia el blanco, ahora, más tranquilo, apunta hacia el objetivo y acierta plenamente. En ese momento el conocido relincho de un caballo lo hace mirar hacia atrás. El cabo primero está tratando de ponerle una silla de montar al “Negro”, que se resiste levantando las patas delanteras. Lorenzo guarda con prisa el revólver en la cintura y se enfrenta al cabo.

-¡Caballo mío! -grita, mientras trata de hacerse con las riendas-, ¡caballo mío!

El militar golpea con fuerza a Lorenzo y lo tira al suelo, diciéndole:

-Este caballo me gusta y va a ser para mí, le tengo echado el ojo desde que llegaste. Tú eres un desarrapado muerto de hambre, ¡qué va a ser tuyo este caballo!, de seguro se lo robaste a alguien. No te atrevas a enfrentarte a mí, porque te va a ir mal, ahora no está el sargento para defenderte.

-¡Caballo mío!, grita Lorenzo más fuerte mientras se levanta con

el arma en la mano apuntando al cabo, que se ha dado cuenta que el muchacho sabe disparar y que seguramente se atreverá a hacerlo. Suelta el caballo y Lorenzo lo toma por las riendas con una mano, apuntando a su contrincante con la otra, camina dando pasos hacia atrás. El portón está abierto, de un salto monta su caballo y se aleja cabalgando a toda velocidad. El cabo y dos soldados salen a galope atrás de él. Lorenzo se va alejando cada vez más de sus perseguidores, cuando el cabo se da cuenta saca su revólver y dispara. El muchacho siente la sangre caliente correr por su brazo.

El sargento llega por la tarde al cuartel. No encuentra a Lorenzo y pregunta al cabo de guardia.

-¿Dónde está el muchacho?, ¿dónde está Lorenzo?

-Se escapó -contesta el cabo.

-¿Cómo que se escapó? ¿Por qué se escapó?, ¿qué le hicieron?

El tal Lorenzo resultó un ratero, lo encontré con un revolver que le robó a uno de los soldados, y cuando se lo recriminé agarró su caballo y salió de aquí hecho una bala. Yo, intentando pararlo, le disparé y creo que lo herí, no va a llegar muy lejos.

-¿Lo heriste? Mira que si lo que me estás contando no es verdad, si me estás mintiendo vas a pagarlo muy caro. ¡Que me ensillen un caballo fresco que voy a salir a buscarlo!

Jacinto cabalga despacio por donde ve las huellas recientes de tres caballos. Un poco más adelante solamente aparecen las huellas de un caballo sin herrar. Ha empezado a caer una lluvia ligera. Jacinto sabe que el rastro se borrará. Sigue adelante. La noche cae sin que encuentre señales de él. Por aquellos parajes merodean algunos jaguares, robustos felinos que entrañan un gran peligro. No sabe si el muchacho conserva el arma, sigue buscándolo. La lluvia arrecia, pero no quiere darse por vencido. Los relámpagos iluminan el cielo de vez en cuando. Ve a lo lejos una gran montaña. Sabe el gran significado que tienen para su pueblo, cabalga hacia allá. Oye un disparo no muy lejano y se queda quieto, escuchando, no oye nada más. Desmonta para rodear la majestuosa montaña. Un relámpago rompe la oscuridad. Entre la lluvia le parece ver un caballo. Con el corazón agitado se acerca al animal: es el "Negro". También vislumbra, un poco más allá, una figura humana tirada cerca de la montaña. Hundiéndose en el lodo camina lo más deprisa que puede. Se arrodilla en la tierra y lo ve: es Lorenzo. Le palpa el pecho que late débilmente. Alza su cabeza y lo llama. El muchacho parpadea un poco, al lado de su mano encuentra el revolver recién disparado. Mira hacia los lados y ve una serpiente muerta de un disparo.

-¡Lorenzo!, ¡ójeme! Soy Jacinto. Tengo que sacarte de aquí. El muchacho abre un poco los ojos y los vuelve a cerrar. Sin pensarlo más lo toma en brazos, camina hacia el "Negro" y lo sube a su lomo.

-Agua, agua, -pide Lorenzo. El sargento toma su cantimplora, le levanta la cabeza y se la pone en la boca. En medio de una gran tormenta llegan al cuartel. El sargento lo lleva en brazos y lo acuesta en su catre

sin que pare de temblar. Le cambian las empapadas ropas y tratan de que tome un poco de caldo caliente. Lorenzo toma un poco con los ojos cerrados casi sin darse cuenta. Llamen a Odilón, que hace las veces de enfermero, para que lo revise.

-A mi parecer la herida del hombro está infectada y el muchacho muy débil. Mire, yo conozco un curandero que sabe mucho de hierbas curativas. Si quiere voy mañana por él.

-Sí, ¡Ve mañana lo más pronto posible!, y tráeme otro caldo caliente.

El enfermero llega a media mañana del día siguiente acompañado por una persona joven que lleva, colgando de su hombro, una bolsa de manta.

-Mi sargento, este es el hijo del curandero del que le hablé, su padre no estaba, pero este joven dice que él también sabe curar. Jacinto observa atentamente al recién llegado: de diecisiete o dieciocho años: lampiño, delgado, sus lacios cabellos negros resbalándose por sus mejillas. Su limpia mirada, sagaz y profunda le inspira confianza. El curandero se acerca al enfermo, levanta sus párpados y observa sus ojos por un rato, luego destapa la herida.

-La herida no es muy profunda, pero está muy abierta y hay que sanarla. Tardará un largo tiempo en curarse, tiene que quedarse acostado y alimentarse bien para recuperarse. Le pondré unas hojas y raíces machacadas con poderes curativos que le ayudarán a cerrar la herida. El muchacho es joven y fuerte, saldrá adelante.

Un poco más tranquilo, Jacinto sale a buscar al cabo de guardia. No lo encuentra por ningún lado.

Pasan varias semanas antes de que la fiebre remita y la herida cicatrice. Lorenzo da cortos paseos por la orilla del río. La ribera aparece ante sus ojos como un tapiz de hermosas plantas: orquídeas increíblemente bellas, helechos, cactus y varios tipos de hongos. Unos los conoce porque su madre los preparaba, también sabe cuáles son los venenosos y mortales. Otros le son desconocidos. Recuerda los consejos de su abuela: cuando no los conozcas, toma un trocito muy pequeño y másticalo despacio. Espera unas horas, si no sientes ningún malestar, prueba con un trozo un poco más grande. Se decide a tomar uno y mastica un trocito, le sabe amargo, pero su frescura llega agradarle. Después de un rato empieza a sentirse contento, con cierta euforia. Se ríe sin motivo; mastica otros dos trozos algo más grandes. La euforia llega nuevamente, se mueve de aquí para allá, bailando con una sensación placentera. Poco a poco se apacigua y empieza a sentir cierta somnolencia. Se acuesta, y con los ojos cerrados ve un cuerpo envuelto en un sarape, listo para ser enterrado. Oye llantos, lamentos y cantos fúnebres. Presiente que lo que ha visto es una señal: alguno de los míos se murió. Asustado se levanta, regresa al cuartel y busca al sargento.

-Mi sargento, quiero regresar a mi casa. Un sueño me está diciendo que alguien en mi casa se murió. Vi un entierro en mi familia. Siento temor por mi madre.

-Los sueños no tienen que ser ciertos, no estés preocupado, pero tú aquí eres libre, si te sientes bien puedes irte, te voy a prestar mi pistola. Me contaste que ya tu padre te disparó una vez.

-Sí, ya pensé en eso, no me importa, quiero saber si mi madre está bien.

-Vete con cuidado y regresa tan pronto puedas, yo también quiero saber si Martina está bien.

Lorenzo sale a galope, lleva su diestra constantemente hacia el arma, para asegurarse que aún está allí. Su mirada y oídos atentos a cualquier ruido, a cualquier movimiento. Por fin ve su casa. Se acerca y oye un ruido. Un hombre armado abre la puerta.

-¡Apolonio! ¿Qué haces aquí? -pregunta Lorenzo al ver al marido de su hermana.

- ¿Qué haces tú aquí?, esta es ahora mi casa. Eulalio se murió. Tu madre se fue con tu abuela.

-¿Mi padre murió? Y ustedes, ¿corrieron a mi madre de su casa cuando se quedó sola y no tenía quién la defendiera! ¡Bandidos! ¡Esto no se va a quedar así! ¡Buscaré a mi madre y volveré!

El muchacho cabalga nuevamente hasta que vislumbra el pequeño jacal de sus abuelos con techo de ramas y hojas de platanar. Arde en deseos de ver a su madre y saber que está bien. Golpea la puerta y llama dando voces: “¡Tääkj!, ¡täähj!” (“¡Madre!, ¡madre!”).

-Lorenzo, ¿eres tú? -escucha el muchacho atrás de la puerta-, “Unk” (“hijo”). Los dioses me escucharon, te trajeron a mí. Entra, que empieza a llover.

-Yo voy a cuidarla siempre, trabajaré para usted y se repondrá -le dice abrazándola al verla pálida y desmejorada. -¡Recuperaremos las tierras y la casa que le quitaron!

-¿Dónde estuviste, hijo?, ¿dónde fuiste a parar? Tuve miedo de no verte más.

-Llegué a un cuartel del ejército, pero tuve suerte. Encontré a un sargento mixe, de acá de nuestro pueblo, que me cuidó. Se llama Jacinto, es hijo de María, la que fabrica cerámica.

-¿Estuviste con Jacinto? -pregunta la madre asombrada.

-Sí, y si no es por él no estaría vivo. Debo de regresar allá. Mi sargento me pidió que le cuente si la encontré a usted bien.

Dos días después de la marcha de Lorenzo, Jacinto recibe órdenes de sus superiores. Las fuerzas del movimiento de la “Soberanía” se reunirán en Ocotlán para detener el avance de la División 21. Se sumarán casi quinientos hombres comandados por quince generales. El comunicado dice: “La hora del enfrentamiento militar ha llegado. Es el momento de demostrar de lo que somos capaces.”

Antes de que fuera decretada la “Soberanía”, el gobierno de Dávila ya contaba con contingentes militares encuadrados en las llamadas: “Fuerzas Defensoras del Estado.” Las fuerzas a su mando tenían el deber

de resguardar la vía del Ferrocarril Mexicano del Sur, en las estaciones limítrofes con el estado de Puebla y coordinar las tareas de “Seguridad Pública” en la capital de Oaxaca. Debía mandar un contingente de diez hombres armados a cuidar las vías. Antes de salir, habló a sus hombres con la voz llena de emoción: “La hora de la verdad ha llegado. Es la hora de demostrar nuestra hombría. ¡Vamos a darles! ¡A no dejar un carrancista vivo! ¡Defenderemos la Soberanía de Oaxaca!”

Estando a punto de salir el sargento y sus hombres, llega Lorenzo a todo galope. Al ver todo aquel movimiento salta del caballo y se planta ante Jacinto.

-¡Sargento, si salen a pelear quiero ir con ustedes!

-¡No, de ninguna manera! No tienes la edad ni la preparación, ¡espéranos aquí o regresa a tu casa!

Cuando llegaron a Ocotlán, la descarga de la fusilería los ensordecía.

-La contienda ya empezó. ¡Vamos allá!, los anima Jacinto adelantándose el primero.

Los caballos se estremecen, las balas empiezan a abatirlos, algunos caen doblando las rodillas, un soldado, a su lado, impactado en el pecho, cae de su montura rodando por el suelo. Otra descarga y un cabo se va de espaldas sin una queja. Los soldados empiezan a retroceder.

-Se nos acaban las balas, gritan tomando las granadas de mano. El sargento mira hacia adelante. Los de la División 21 tienen ametralladoras y cañones. Su armamento no es comparable. Se tira al suelo disparando su fusil, animando a sus soldados, aunque sabe que aquella batalla está perdida.

Después de unas horas de combate, no pudiendo resistir más, empieza la retirada. La evacuación es posible gracias a que la línea del ferrocarril está resguardada. Al intentar llegar a él, Jacinto siente que algo le quema la espalda y cae al suelo.

Tres días después, abre los ojos. Cree estar soñando que está de regreso en el cuartel. No puede ser más que eso. Él sintió en la espalda un golpe caliente, como un disparo. Vuelve a cerrar los ojos. Sí, le duele la espalda, entonces... los abre nuevamente y pone atención a lo que tiene delante. La penetrante mirada del muchacho observa cómo parpadean sus verdes ojos.

-¡Lorenzo! ¿Estamos en el cuartel?

Sí, mi sargento, yo lo seguí a cierta distancia. Esperé escondido, no’más oía disparos y cañonazos, después, nuestros soldados salían corriendo, entonces lo vi caer. Un soldado me ayudó a subirlo a un caballo que andaba solo. Yo lo jalé hasta aquí montado en mi “Negro”. Busqué al curandero que me curó a mí, parece que hizo un buen trabajo.

-¡Hijo, me salvaste la vida!

Lorenzo lo mira abriendo mucho los ojos.

-Sí, hijo, yo soy tu padre.

GRAZIELLA ALTAMIRANO
Instituto Mora



El cine no es improvisación:

Roberto Gavaldón

Roberto Gavaldón es considerado como uno de los mejores directores de la época de oro del cine mexicano y su mayor representante en certámenes internacionales.

i Roberto Gavaldón durante la filmación de la película *La otra* en Lecumberri, ca. 1946, inv. 277594, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

87

El cine mexicano vivió el mayor esplendor de su época dorada en la década de 1940, alcanzando una significativa proyección y una gran relevancia a nivel internacional a través del reconocimiento de sus películas y de sus actores, así como por su amplia distribución y comercialización en varios países. Los avatares de la segunda guerra mundial acotaron la producción filmica en Europa y Estados Unidos, lo que coadyuvó al florecimiento del cine mexicano con la aparición de nuevas producciones nacionales que ingresaron al mercado internacional, convirtiéndose en una de las principales industrias del país.

La llamada época de oro del cine nacional descolló por su amplia variedad de contenidos y nuevas líneas temáticas a través de la adaptación literaria, la comedia musical, la exaltación nacionalista, las historias rurales y los melodramas citadinos y de los barrios bajos. De ella salió una pléyade de realizadores y figuras emblemáticas que obtuvieron fama internacional. En la década de 1950, la producción nacional sufrió una caída con la reincorporación al mercado de filmes europeos y estadounidenses que avivaron la competencia, lo cual condujo a la realización de producciones más baratas y afectó, en muchos casos, la calidad alcanzada en los años anteriores.

Entre los realizadores de aquellos años dorados de nuestro cine destaca Roberto Gavaldón (1909-1986), quien ha sido considerado como uno de los mejores directores mexicanos de todos los tiempos y uno de los principales exponentes de lo que se ha llamado “melodrama social” en la cinematografía nacional. Este prolífico director, autor de 48 largometrajes, incursionó en el cine escalando todos los peldaños que le dieron experiencia y le enseñaron los diferentes oficios del quehacer filmico hasta llegar a dirigir su primera película, *La barraca* (1945), ópera prima basada en un texto de Vicente Blasco

Ibáñez, con la que despegó su carrera y por la que recibió un Ariel, siendo el primer director mexicano galardonado con ese premio, reconocimiento que se repetiría en varias ocasiones a lo largo de toda su trayectoria filmográfica.

Las películas más conocidas de Roberto Gavaldón las realizó junto a grandes personalidades del séptimo arte, como los cinefotógrafos Alex Phillips y Gabriel Figueroa, el escritor y guionista José Revueltas, el músico Raúl Lavista, y estrellas de la gran pantalla como María Félix, Dolores del Río, Pedro Armendáriz y Arturo de Córdova, con quienes el cine mexicano alcanzó niveles internacionales.

Si bien su cine apuntó hacia el melodrama, Gavaldón trabajó diversos géneros como el policiaco, el musical, el fantástico y el drama rural. También realizó un ciclo de *western-ranchero* con el actor Antonio Aguilar. Entre sus películas destacan títulos como *La otra*, (1946); *La diosa arrodillada* (1947); *En la palma de tu mano* (1951); *El rebozo de Soledad* (1952); *Sombra verde* (1954); *Camelia* (1954); *La escondida* (1956), y *Miércoles de ceniza* (1958).

Fue estimado en su tiempo como “el mayor representante” del cine mexicano en los grandes certámenes internacionales de Cannes, Venecia y Berlín, siendo su película *Macario* (1959), protagonizada por Ignacio López Tarso y Pina Pellicer, ganadora del premio a la mejor fotografía en Cannes y la primera en ser nominada al premio Oscar de la Academia, en la categoría de mejor película en lengua extranjera. Por esta actuación, López Tarso fue premiado como mejor actor en el San Francisco International Film Festival. Se ha dicho que esta cinta, basada en un texto de Bruno Traven, es probablemente la mejor obra fantástica de esa época, ocupando el lugar 59 dentro de la lista de las 100 mejores películas del cine mexicano, publicada por la revista *Somos* en 1994, según la opinión de 25 críticos y especialistas del cine en México.



ii

María Félix durante la filmación de *La diosa arrodillada*, ca. 1945, inv. 281061, SINAFO. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

En décadas posteriores, Gavaldón cambió el tipo de temas tratados y se interesó más por asuntos políticos y sociales. Destacan *La rosa blanca* (1961), con el tema de la expropiación petrolera en México, obra que fue prohibida y por fin estrenada en 1972; *Días de otoño* (1962); *El gallo de oro* (1964), obra de Juan Rulfo, cuya adaptación la realizó junto a Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, y *Doña macabra* (1971), entre otras. En España realizó tres películas: *Don Quijote cabalga de nuevo* (1973); *La madrastra* (1974), y *La playa vacía* (1977). Su último film fue *Cuando tejen las arañas* (1979).

Roberto Gavaldón fue reconocido por sus cualidades técnicas y artísticas, siendo sus películas apreciadas por la refinada calidad de sus imágenes y el impecable manejo de la cámara, así como por una marcada inclinación hacia temáticas oscuras de crimen y misterio y personajes complejos y atormentados con un destino fatal. Se han considerado como características más definidas de sus películas la narrativa y los visuales del *noir film*:

fuertes contrastes del blanco y negro y el juego con las luces y las sombras.

La filmografía de Gavaldón ha sido reconocida en diferentes foros internacionales; en 2011 la Cinemateca de París exhibió varias de sus películas. Este año, The Museum of Modern Art (MoMA) de la ciudad de Nueva York realizó una retrospectiva titulada *Roberto Gavaldón: Night Falls in Mexico*, teniendo como objetivo presentar la dualidad de la sociedad mexicana: Por un lado, el campo y las zonas rurales y, por el otro, el caos de las grandes ciudades, como la capital del país. El Festival de Cine de San Sebastián también dedicó su 67 edición al cineasta mexicano proyectando una veintena de sus películas.

El texto que ahora presentamos es una edición de la entrevista con Roberto Gavaldón, realizada por Ximena Sepúlveda, los días 16 de agosto y 9 de septiembre de 1976 (PHO/2/81), en la que el cineasta, con una mirada retrospectiva, nos relata su larga trayectoria y su experiencia como director en el cine mexicano.

Historia Oral (PHO/2/81)

ENTREVISTA CON ROBERTO GAVALDÓN

XIMENA SEPÚLVEDA

Nací el siete de junio de 1909 en la ciudad de Jiménez, Chihuahua, de donde salimos muy chicos durante la revolución, y nos trasladamos a Torreón, Coahuila. Ahí vivimos ocho años y después nos fuimos a la ciudad de México. Cuando ya iba en la preparatoria me fui a vivir a Estados Unidos. Empezaba a estudiar odontología, pero tenía que estudiar y trabajar al mismo tiempo, entonces ya me dediqué exclusivamente a trabajar. Trabajé por curiosidad, sin ningún interés en la industria de Hollywood, nada más por saber cómo eran los estudios por dentro, pero por tener amigos dentro de ella, trabajé como extra en algunas películas de Estados Unidos en esa época, eso fue por el año de 1926... Regresé a México en 1932 y encontré ya aquí el cine sonoro. Pretendían que yo fuera actor, pero nunca me interesó ser actor, no me gustaba la actuación, para nada. Me sentía yo un poco ridículo actuando. Me interesaba más bien la parte técnica y empecé desde abajo, como utilero, luego como anotador, o sea *script clerk*, luego fui ayudante de edición y pasé a ser asistente de director durante doce años. En los últimos tres años llegué a ser codirector, o sea, iniciaba yo a directores nuevos y llevaba el crédito de la codirección en esa película.

Yo empecé a ser asistente de director con Gabriel Soria, que fue un director muy famoso de esa época; hizo películas muy importantes y le aprendí mucho. También aprendí mucho de Chano Urueta, de Fernando de Fuentes, y de muchos otros directores a los que asistí; entonces tuve una gran práctica en materia de dirección y la penetración de toda la parte técnica, de toda la aportación de los técnicos, que es tan importante como el reparto mismo, como el libro. Esas personas, esos técnicos, y trabajadores manuales son realmente los que ayudan a hacer la película y colaboran en una forma muy amplia y eficaz a hacerlo.

La mayor parte de los cineastas mexicanos se hicieron en el terreno del rodaje. Han surgido de ahí mismo grandes fotógrafos como Gabriel Figueroa, que al principio era un fotógrafo de fijas en un estudio. Luego, en esa época vino Alex Phillips. Alex, de hecho, fue el maestro de todos los fotógrafos de esa época. El propio Gabriel Figueroa fue asistente de Alex Phillips. En fin, todos nos hicimos en el terreno del rodaje. No teníamos ninguna escuela, ninguna academia que nos enseñara la filmación de películas, sino que fuimos aprendiendo sobre la marcha. En todo departamento de cine así fue. Yo seguí una especie de escalafón que me permitió poco a poco ir aprendiendo muchas cosas.

También colaboré en muchas ocasiones como coadaptador de películas. Uno se forma con el interés de estar en la industria y de aprender en los pocos medios que teníamos para aprender, y los muy personales, que era consultar libros de cine y analizar películas importantes. Con la adaptación comenzó mi relación con José Revueltas y con Jack Wagner, de Estados Unidos; hicimos una muy buena amistad los tres. De Revueltas ya tenía antecedentes hacía tiempo, por lo que leía de él, por sus inquietudes de tipo literario, y de toda clase de inquietudes ideológicas también. Siempre fui muy admirador de él. Hubo una gran amistad entre él y yo, hicimos juntos varias adaptaciones, afortunadamente con éxito. Él desconocía mucho de lo que era la técnica cinematográfica, cosa que yo ya tenía, por los años que había sido asistente de director, y ya había empezado a hacer algunas películas. En la adaptación el tema se visualiza cinematográficamente, con la medida y la técnica necesaria para llevarlo a la pantalla, porque el hecho de dirigir da una visión más amplia de lo que se debe hacer en el cine, en el orden técnico, en el orden artístico, en el orden literario. Se puede decir que es fácil adaptar una novela al cine si se sabe hacerlo,



iii

Roberto Gavaldón (dir.), *La barraca*, cartel publicitario, 1945. Colección particular.

iv

Roberto Gavaldón (dir.), *La otra*, cartel publicitario, 1946. Colección particular.

porque han fracasado muchos intentos de adaptaciones en donde casi con poca imaginación cinematográfica se someten demasiado a la novela misma, tratando de respetarla, o por imposición del autor. Es decir, el trasplantar una obra original, una novela al cine, en muchas ocasiones cambia mucho el original, porque ya se visualiza eso que el autor quiso decir en su novela en imágenes, y con otros recursos que son auxiliares para el cine, no para el teatro ni para la novela misma.

La primera película que dirigí fue *La barraca*, basada en la novela de Blasco Ibáñez. Me habían propuesto en varias ocasiones algunas historias para dirigir, pero nunca me interesaron, no me gustaron, no pensé que ninguna de ellas era la película con la que yo quería debutar como director. Cuando se me ofreció *La barraca*, pues incondicionalmente la acepté y afortunadamente tuve mucho éxito con ella...

En *La barraca*, el 90% era no solamente españoles, sino que eran valencianos; desde el músico, que era un gran músico en España, Samper, que hizo la música de la película. Tuve la asesoría, desde la adaptación misma, de Tito Davison, de la propia Libertad Blasco Ibáñez, la hija del autor. Estuve perfectamente documentado. Llegué a

hacer una película que fue aceptada no solamente como mexicana, sino que en muchos casos se veía como hecha en España. Se produjo fielmente la huerta valenciana aquí en México, con toda la asesoría de gentes que conocían y dominaban el ambiente valenciano. El propio libro, la novela ilustrada de Blasco Ibáñez tiene maravillosas estampas que nos servían de guía en cuanto al vestuario, carruajes, la misma escenografía nos daba muchas luces en todo eso. Fue una película muy bien documentada.

En mis películas la elección del reparto siempre fue absolutamente bajo mi responsabilidad y elegido por mí mismo. Así lo he llevado en todas, aunque nunca desconociendo –en el tiempo en que había muchos productores– los intereses de algunos de ellos, que contrataban a la actriz o al actor como principio de un proyecto para hacerse en el cine. En esa parte sí interviene el productor, en el interés de invertir en una figura que siente que después puede recuperar la inversión. Caso concreto como lo hubo con Pedro Infante, con las grandes figuras de taquilla, pues ya el proyecto se enfocaba a esa figura que está garantizada en gran parte a la inversión...

Por lo regular, durante la filmación de una película siempre había la promoción directa del productor que me

91



Roberto Gavaldón (dir.), *Macario*, cartel publicitario, 1960. Colección particular.



la solicitaba, me contrataban, y si se trataba de determinado actor o actriz que les interesaba, ellos escogían la historia o empezábamos a trabajar juntos en la misma. Con un adaptador y con la intervención del productor se iba creando esa historia para ese actor o esa actriz. Por ejemplo, con Libertad Lamarque, en muchos casos así fue...

Respecto a la edición, el editor es muy importante en el acabado de la película porque es el que le tiene que dar el ritmo, siempre coordinado con el director. Al menos en el caso mío, el editor no puede actuar por sí solo. Yo filmo en tal forma de que no le falta nada al editor, pero ese editor tiene que interpretar el mismo libro, el guion y la intención que tiene el director al haber hecho la película en determinada forma. O sea que está al servicio del director.

Cuando una película lleva música, hay casos en que cuando hay canciones, antes del rodaje se tienen que tener esas canciones, porque ese es el proceso. Se tiene como *play back* las canciones que va a cantar el actor o actriz, o coros, todo eso se graba antes de la iniciación del rodaje de la película, para que al momento que se vaya a rodar esa escena en donde intervienen canción, coros o música, se tenga ya para seguirlo en la actuación y en toda la acción de la película. En el caso de música de fondo, una vez aprobada la edición por el director, se señalan las partes donde se va a describir la acción en lo cómico, en lo dramático, en toda la intención que se le quiera dar musicalmente a la escena, de común acuerdo con el director de la música, se fijan los lugares, se toman las medidas y él escribe su música de acuerdo con esas medidas y con los momentos dramáticos o cómicos.

Ahora bien, aunque una película no lleva música se tienen que contratar músicos. Ese es el reglamento, es decir, a través del Sindicato de la Producción que reúne a las seis secciones de la industria, en donde están: actores, directores, escritores, músicos, compositores y filarmónicos. Son las seis secciones que componen este sindicato. Entonces, hay un contrato en donde todo productor debe de contratar cada una de esas secciones para los servicios

de la película. Se estableció un mínimo de músicos para cada película, ese mínimo se tiene que respetar, llévase o no se lleve. También hay casos en que en el mismo Sindicato de Técnicos y Manuales no se construyen decorados, sino que se trabaja fuera, pues hay que pagar desplazamiento de ese personal de construcción que no trabaja en la película...

Hemos tenido muy buenos escenógrafos y mano de obra muy buena. Decoradores en sí, también tuvimos estupendos, aunque ya la tendencia desde hace tiempo es hacer películas fuera de los estudios. Yo fui el que empecé en esto. La película que hice para Walt Disney, *El pequeño proscrito* (*The littlest outlaw*), la hice totalmente fuera de los estudios; filmé en Guanajuato, filmé en Querétaro, en varias partes de la república, y no usé un solo día de estudios, no construí un solo decorado. Desde hace muchos años he sido afecto a hacer todo fuera de los estudios; a mí los estudios me asfixian un poco y veo más ambiente, más aire fuera, lo auténtico...

Fuera de México también trabajé en Argentina... me parece que en el 50 filmé allá *Mi vida por la tuya*, con una actriz muy famosa, Meche Ortiz, y un reparto muy grande de figuras muy importantes de aquel tiempo. Trabajé en Hollywood, hice una película con Arturo de Córdova, *Casanova*, en inglés, un reparto muy grande de artistas mexicanos. Y luego hice *Flor de mayo* con Jack Palance, María Félix, Pedro Armendáriz, en inglés y en español. En estos casos, se hacen dos versiones, una en inglés y otra en español. Entonces se requiere de actores bilingües y se hacen con el mismo emplazamiento, el mismo alumbrado, la misma acción, y se tienen negativos separados. No es el caso como lo hacen en Europa, en un solo idioma y luego la doblan a todos los idiomas que quieran. Pedro Armendáriz hablaba inglés, Jack Palance también, y María Félix se aprendió su diálogo en inglés y fue su propia voz la que se quedó en la película, con el acento correspondiente de una latina, de una mexicana... El único caso de película que usé doblaje fue en la última que hice en España, *La madrastra* con Amparo Rivelles y un actor inglés

Llegó a gustar mucho el cine mexicano por el folclor y esos actores muy populares que había en ese tiempo, como Jorge Negrete y Pedro Infante, que eran verdaderos ídolos.

94

llamado John Moulden. La tomé toda silenciosa y después se hizo el doblaje.

Una de las películas, o posiblemente la película más premiada que he tenido yo es *Macario*, una historia de Traven, con López Tarso, que fue realmente la iniciación de López Tarso en un papel estelar en el cine, fue el lanzamiento para él en el cine. Desde luego, la historia siempre me fascinó y creo que tuvimos suerte en todo. La pretendía yo hacer entonces en color, pero en ese tiempo, Gabriel Figueroa, que fue quien la fotografió, no se sentía muy preparado para entrar en el terreno del color y la hicimos en blanco y negro. No dejaba de pensar, y en un tiempo y a través de amigos míos de Hollywood, supe que Charles Bronson se interesaba por hacer una nueva versión en inglés. Sigue siendo para mí una historia extraordinaria... pero con la película que me he sentido más satisfecho es, desde luego, más que otra, *La barraca*, porque fue la primera y fue un reto, un verdadero reto, porque es una película de ambiente español, 100%, netamente valenciana, hecha en México. Muchas películas me han dado grandes satisfacciones, muchas con Dolores del Río, con ella hice *La otra*, que es una historia que inclusive nos compraron el argumento en Hollywood después de que vieron la película, el argumento de Revueltas y mío, basado en un cuento por cierto de Rian James. La compró la Warner Brothers y la compró el director Michael Fischer para hacerla con Joan Crawford. En ocasiones veía yo a Michael Fischer en Hollywood y decía: “No encuentro la forma de mejorar –que era un halago para mí, realmente–, mejorar lo que tú hiciste. Estoy buscando ángulos diferentes y cosas para no repetir lo tuyo y no lo encuentro”... También la película *La escondida*, me gustó mucho trabajar con María Félix... Hice una cosa de producción con Pedro Armendáriz; en fin, he tenido grandes satisfacciones con las figuras más importantes.

Con todas las grandes figuras con las que yo trabajé nunca tuve problemas. En el caso de María Félix, que yo hice la primera película con ella, sí tuve problemas, porque ella también era de sus primeras películas, y era la época en donde, también copiando eso de Hollywood, las estrellas tenían que figurar y hacer que se conocieran más por su conducta. Había casos de indisciplina, incompreensión o simplemente por el afán de publicidad que se creaban a veces conflictos dentro del rodaje. Eso lo superó la misma María y comprendió que no funcionaba bien. Pero yo, en realidad, no he tenido problemas con ninguno. He hecho varias películas con Dolores del Río, muy disciplinada y profesional... Con Pedro Armendáriz, que era bronco, siempre fuimos muy amigos y no tuve ningún problema con él. Con Arturo de Córdova, siempre fue muy buena gente, muy profesional y muy colaborador.

Para mí las cualidades que debe reunir un buen director son tener cultura, preparación técnica, llegar a practicar alguna forma para iniciarse en todos los terrenos de la producción cinematográfica, pues se requiere experiencia. Independientemente de eso, que con el tiempo se adquiere, está la sensibilidad, la visión del cine... El cine no es improvisación, el cine es sólido, contundente hacia gente que esté preparada para hacerlo.

Yo fui secretario del Interior en la época del Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Cinematográfica, que fue cuando hubo un conflicto con el otro sindicato, el STIC, que quería controlar todos los sindicatos de la industria. Entonces formamos nuestro propio sindicato e intervine ahí como secretario del Interior en la sección de Técnicos y Manuales. Era yo asistente de director en esa época... Después, pasé a ser director y tiempo después me nombraron secretario general de la sección de directores, ya formado el Sindicato de la Producción. Es el puesto más alto en el terreno sindical, pues se coordinan todos

95

los trabajos de las seis secciones en que está compuesto. Es el cuerpo que coordina los intereses de los trabajadores que integran la industria. De ahí pasé a ser diputado federal. Esto fue en 1953... Yo elaboré una ley que quedó congelada en el Senado. Salió de la Cámara de Diputados y quedó sin efecto en el Senado. Claro que era producto de esa época y propia para esa época. Me tomó un año hacerla, acudieron todos los sectores de la industria a la audiencia pública para exponer experiencias, para integrar una ley con conveniencias con la participación de todos los sectores... Esa ley estaba muy directa hacia la parte impositiva de esa época por parte de las empresas distribuidoras, era de hecho un monopolio. Entonces se trataba de romper ese monopolio... abarcaba todos los problemas y todos los intereses que hay en la industria: exhibición, producción, distribución, se tocaban todos los renglones de la industria en su funcionamiento... pero desgraciadamente quedó congelada en el Senado.

Cuando entré en la política, abandoné un poco la cosa del cine, casi pensaba yo dedicarme a la política y dejar el cine del todo. Pero pudo más el cine que la política y volví al cine... Una experiencia que fue lo que me hizo también alejarme un poco fue cuando hice *La rosa blanca*, también de Traven, es el problema de la expropiación petrolera, esa película estuvo guardada diez años. Estuvo prohibida porque decían que era una película antiyanqui, y no era nada antiyanqui. Simplemente exponíamos el proceso legal que se siguió para llegar a la expropiación, cosa que no existía en la obra original de Traven, sino que se aprovechó la obra de Traven para exponer y demostrar el procedimiento que se siguió, el punto de vista legal para expropiar el petróleo.

En un tiempo, después de la guerra, que fue cuando realmente hubo el auge del cine, cuando no había competencia en otros cines de otros países, digamos que

México estuvo en un lugar privilegiado porque entró de lleno en todos los territorios de habla hispana y no había el cine extranjero en ese tiempo. El gusto en un tiempo se inclinaba por lo musical, por lo folclórico. Saturó el mercado de ese tipo de cine y vino mucho melodrama también. Libertad Lamarque, famosa, hacía el tipo de cine de melodrama... Llegó a gustar mucho el cine mexicano por el folclor y esos actores muy populares que había en ese tiempo como Jorge Negrete y Pedro Infante, que eran verdaderos ídolos. Entonces los productores se inclinaban a hacer películas de ese tipo porque era lo que les daba más dinero... Eso se ha ido acabando, no tenemos realmente arrastre de una figura que lleve a la gente al cine. Entonces, eso obliga mucho a hacer determinado tipo de cine.

Pienso que actualmente en el cine hay una evolución en los temas. La temática es la que se ha impuesto ahora como un cambio en el cine de todo el mundo. Se ha ido hacia el terreno de cine político. Los problemas son muy serios, sobre todo de tipo económico, de tipo social, hay problemas muy graves... Se ha dicho que en México hay un cine nuevo. Este no existe, es el mismo porque se sigue haciendo con los mismos elementos, lo único que cambia, y hay una razón para ello, es la apertura de la censura, la censura ahora autoriza cosas que antes no se autorizaban. Ahora se tocan temas que antes estaban prohibidos. Si eso es cine nuevo, yo nunca lo catalogaría como cine nuevo... No hay ninguna innovación de orden técnico, en lo absoluto...

La función que desempeña el cine es muy amplia. Debe cumplir como el medio más fuerte y más importante que existe actualmente, en principio debe divertir; que la gente disfrute de una película, que se desentienda de sus problemas. No debe tener límites, debe abordar todos los temas, todo aquello que tenga un sentido social, principalmente...

Un destino singular

Nada en esta imagen permite ubicar el lugar en el que se encuentra el jinete. La fotografía tampoco dice mucho de él; su amplio sombrero y ropa de manta es la vestimenta común de un campesino; posiblemente dentro de los estribos haya un par de huaraches, pero la pañoleta anudada al cuello y el caballo son otra cosa, indican cierta categoría del dueño. El equino de fina estampa y gran alzada, orgullo de su amo, luce hermoso y bien cuidado. No, este joven moreno, de bigote negro, no es un agricultor cualquiera. Tal vez es ya el dirigente campesino que encabezó la resistencia en contra de la expansión de las haciendas azucareras y la lucha por recuperar tierras y aguas arrebatadas al pueblo en aras de un comercio que, hacía tiempo, abastecía el mercado internacional. Quizá es ya líder revolucionario del sur, y aunque no luce cananas ni pistola, sólo vemos un rifle atravesado en un costado. La parsimonia con que fuma su puro es de sosiego de quien no espera ser atacado. Pudiera ser que acabara de ser liberado de su “enganche” en el noveno regimiento de caballería alojado en Cuernavaca. La imagen que tenemos frente a nosotros todavía no muestra al hombre que dejó la manta por el paño de lana y el vestido de charro “con trajes siempre pulcros, aun cuando estén hechos de materiales burdos”, como lo

GUADALUPE VILLA G.
Instituto Mora



describió en algún momento de su vida Rosa King, ni el personaje reseñado por León Canova, de “saco negro, pañoleta de seda azul claro, anudada al cuello (nótese que es uno de sus accesorios favoritos con cualquier tipo de atavío), camisa de intenso color turquesa, pantalones de charro negros, muy ajustados con botones de plata en la costura exterior de cada pierna”. Posiblemente el empleo de caballerizo mayor con Ignacio de la Torre y Mier lo educó en el conocimiento y gusto por los buenos caballos que, en la revolución, hicieron la diferencia entre la vida y la muerte; por fumar y beber ron, coñac y champaña. Este es Emiliano Zapata, un hombre que tuvo un destino singular: haberse convertido en líder indiscutible de la revolución por la justicia social en el campo.